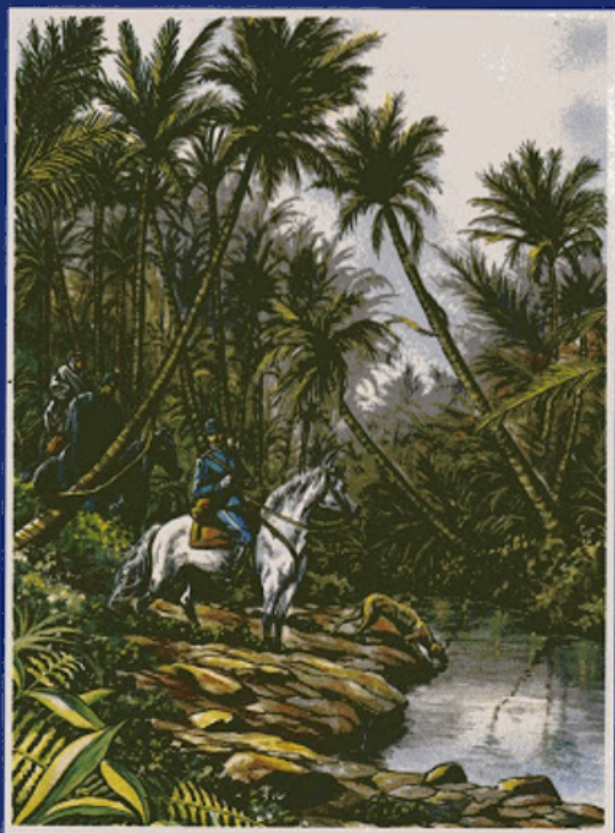


Julio Verne

La invasión del mar



de

La invasión del mar es la última novela publicada en vida de Julio Verne. Es una de sus novelas más enigmáticas, y también una de las menos conocidas. Está considerada como un férreo ataque al occidentalismo.

Un joven ingeniero pretende crear un mar artificial en un lugar del desierto. La clave consiste en hacer un canal que vaya del Mediterráneo hasta el Sahara, para así poder construir ciudades y crear nuevos cultivos. Pero varios obstáculos se presentan ante él, porque las tribus nómadas no están dispuestas a perder el negocio que les producen las caravanas que cruzan el desierto.



Jules Verne

La invasión del mar

Viajes extraordinarios - 54

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2017

Título original: *de la mer*
L'Invasion
Jules Verne, 1905
Ilustraciones: Henri Faivre

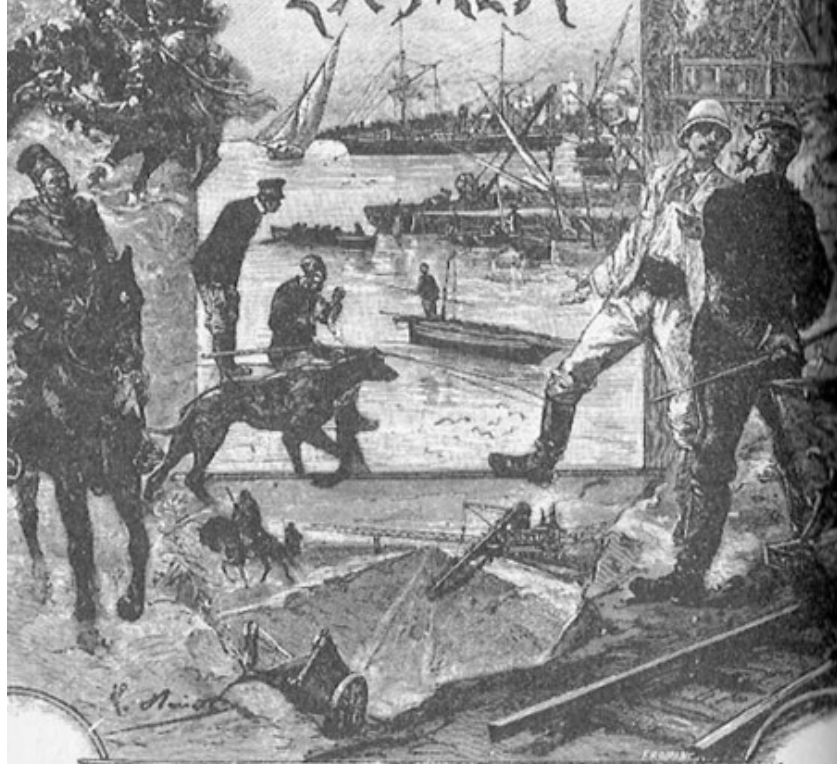
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



JULES VERNE



L'INVASION
DE
LA MER



CAPÍTULO I

EL OASIS DE GABES

—¿Qué es lo que tú sabes?

—Sé lo que he oído en el puerto.

—¿Se hablaba del barco que viene a buscar... que se llevará a Hadjar?

—Sí, a Túnez, donde será juzgado.

—¿Y condenado?

—Condenado.

—¡Alá no lo permitirá, Soban...! ¡No, no lo permitirá!...

—¡Silencio! —exclamó vivamente Sohar prestando atención, como si advirtiese ruido de pasos en la arena.

Sin levantarse, deslizose hacia la entrada del morabito abandonado, donde tenía lugar esta conversación. Aún no había anochecido, pero el sol no tardaría en desaparecer detrás de las dunas que bordean por aquel lado el litoral de la Pequeña Sirte.

En los primeros días de marzo, los crepúsculos no son largos a los treinta y cuatro grados del hemisferio septentrional.

El radiante astro no transpone el horizonte en lento y oblicuo descenso: más bien parece que sigue la vertical rápidamente, como un cuerpo sometido a las leyes de la gravedad.

Sohar se detuvo, luego avanzó algunos pasos sobre el suelo calcinado por los rayos solares. Su mirada recorrió en un instante la vasta llanura.



Hacia el norte, las verdosas cimas de un oasis que se dibujaba a kilómetro y medio de distancia. Al sur, las amarillentas arenas franjeadas de espuma producida por la resaca de la marea ascendente. Al oeste, las dunas se perfilaban sobre el cielo. Al este, un ancho espacio de aquella mar que forma el golfo de Gabes y baña el litoral tunecino.

La ligera brisa del oeste, que refrescaba la atmósfera durante aquel día, había caído al llegar la noche. Ningún ruido llegaba a los oídos de Sobar. Había creído sentir pasos alrededor de este cubo de vieja mampostería blanca, abrigado por una antigua palmera. Se había equivocado. Nadie andaba ni del lado de las dunas ni del de la playa. No obstante, dio la vuelta al pequeño monumento. No se veían más huellas que las que su madre y él habían dejado sobre la arena de la entrada del morabito.

Apenas había transcurrido un minuto de la salida de Sohar,

cuando Djemma apareció en el umbral, intranquila de no ver regresar a su hijo. Éste, que, en aquel momento doblaba el ángulo del morabito, la tranquilizó con un gesto.

Djemma era una africana tuareg que había cumplido los sesenta, alta, fuerte, erguida, de enérgica actitud. De sus ojos azules, como los de todas las mujeres de su raza, escapábase una mirada ardorosa y fiera. De blanca tez, aparecía amarilla bajo la tintura de ocre que recubría su frente y sus mejillas. Iba vestida con un amplio jaique de esa lana que tan abundantemente proporcionan los carneros de Hammáma que se encuentran en los alrededores de los *sebkhas* o *chotts* de la baja Tunicia. Un ancho capuchón recubría su cabeza, cuya espesa cabellera apenas comenzaba a blanquear.

Djemma permaneció inmóvil hasta que su hijo llegó hasta ella. Sohar no había advertido nada sospechoso en los alrededores, y sólo turbaba el augusto silencio algún que otro canto lastimero de las aves que revoloteaban hacia la parte de las dunas.

Madre e hijo se internaron en el morabito para esperar a que la noche les permitiese ganar Gabes sin llamar la atención.

La conversación continuó en estos términos:

—¿Ha salido el barco de la Goulette?

—Sí, madre mía, y por la mañana había ya doblado el cabo Bon... Es el crucero *Chanzy*.

—¿Llegará esta noche?

—Esta noche, a menos que no haga escala en Sfax... Pero lo probable es que venga a anclar a Gabes, donde tu hijo, mi hermano, le será entregado...

—¡Hadjar!... ¡Hadjar!... —murmuró la madre.

Y, balbuciente de cólera y dolor, exclamó:

—¡Mi hijo, mi hijo! ¡Esos infames me lo van a matar!... ¡Ya no le veré más, ya no podrá arrastrar a los tuaregs a la guerra santa! Pero ¡no, no! ¡Alá no lo permitirá!...

Y, como si esta crisis hubiera agotado sus fuerzas, Djemma cayó arrodillada en un ángulo de la reducida estancia y permaneció silenciosa.

Sobar había vuelto a colocarse en la puerta, inmóvil como una estatua. Ningún ruido sospechoso alteró su quietud. La sombra de las dunas prolongábase poco a poco hacia el este, a medida que el sol se abatía sobre el opuesto horizonte. Hacia el oriente de la

Pequeña Sirte empezaron a brillar las primeras constelaciones. El disco lunar, en los comienzos de su primer cuarto, deslizábase detrás de las extremas brumas de poniente. Preparábase una noche tranquila y oscura, porque un telón de ligeros vapores iba a ocultar las estrellas.

Poco después de las siete, Sohar volvió cerca de su madre y le dijo:

—Ya es hora.

—Sí —repuso Djemma—, ya es tiempo de que Hadjar sea arrancado de manos de sus carceleros. Es preciso que esté fuera de la prisión de Gabes antes de que amanezca... Mañana sería tarde.

—Todo está dispuesto, madre mía —afirmó Sohar—. Nuestros compañeros nos esperan... Los de Gabes han preparado la evasión... Los de Djerid servirán de escolta a Hadjar, y antes de venir el día, estarán todos en el desierto.

—Y yo con ellos —exclamó Djemma—. No quiero abandonar a mi hijo.

—Y yo también iré con vosotros —añadió Sohar—; no abandonaré a mi hermano ni a mi madre.

Djemma se levantó y le estrechó entre sus brazos. Luego, ajustando el capuchón del jaique, franqueó el umbral.

Precedida por Sobar, dirigieronse ambos hacia Gabes. En vez de seguir por el litoral, a lo largo del camino marcado por las hierbas marinas que la última marea dejara en la playa, siguieron la parte baja de las dunas, para pasar más inadvertidos en el trayecto de kilómetro y medio que tenían que recorrer. Allí estaba el oasis, la masa de árboles, cuya sombra creciente presentábase confusamente al ojo escrutador. A través de la oscuridad no brillaba ni un punto de luz. En las casas árabes, desprovistas de ventanas, la luz del día penetra por los patios interiores, y, cuando llega la noche, ninguna claridad se escapa al exterior.

Sin embargo, no tardó en aparecer un punto luminoso por encima de los vagos contornos del poblado. El rayo luminoso, bastante intenso, debía proceder de la parte alta de Gabes, tal vez del minarete de una mezquita, acaso del castillo que la dominaba.

Sohar mostró con el brazo aquella luz. —El fuerte...— dijo.

—¿Es allí, Sohar? —preguntó Djemma.

—Allí es donde está encerrado, madre mía.

La anciana se había detenido. Parecía que aquella luz había establecido una especie de comunicación entre ella y su hijo. Desde que este temible jefe tuareg cayera en manos de los soldados franceses, Djemma no había vuelto a ver a su hijo, ni conseguiría verlo más, a menos que aquella noche no consiguiera escapar a la suerte que la justicia militar le deparaba. Djemma permanecía inmóvil, y fue preciso que Sohar le repitiese por dos veces:



—Venga usted, venga usted, madre mía.

Los caminantes continuaron hacia el oasis de Gabes, el poblado más considerable que ocupa la orilla continental de la Pequeña Sirte. Sohar se dirigía hacia el grupo de casas que los soldados llaman Conquinville. Es una aglomeración de construcciones de madera, donde reside toda una población de mercaderes.

El poblado está cerca de la entrada del *uadi*, riachuelo que serpentea caprichosamente a través del oasis bajo la sombra de las palmeras. Allí se eleva el

«Fort-Neuf»,

de donde Hadjar no saldría más que para ser transferido a la cárcel de Túnez. De esa fortaleza era de donde los compañeros pensaban llevárselo, después de tomar todas las precauciones y hechos todos los preparativos necesarios para favorecer la evasión aquella misma noche. Reunidos en una de las cabañas de Coquinvill, esperaban a Djemma y a su hijo. Pero una extremada prudencia se imponía, y más valía no ser de ningún modo encontrados en las cercanías del pueblecito.

¡Con qué inquietud sus miradas dirigíanse hacia el mar!...

Su gran temor era que llegase aquella misma noche el crucero y transportase a bordo el prisionero antes de que pudiera llevarse a cabo la evasión. La mirada anhelosa trataba de descubrir si aparecía algún resplandor en el golfo de la Pequeña Sirte, y el oído atento escuchaba por si algún gemido de la sirena anunciaba que un buque anclaba en aquellas aguas... Pero nada, únicamente los faroles de los barcos de pesca se reflejaban en las aguas tunecinas, y ningún silbido desgarraba el aire.

Serían las ocho de la noche cuando Djemma y su hijo llegaron a la orilla del *uadi*. Diez minutos más y estarían en el lugar de la cita.

En el momento en que iban a emprender de nuevo la marcha, un hombre, oculto detrás de los eucaliptos de la orilla, se levantó y dijo:

—¿Sohar?

—¿Eres tú, Ahmet?

—Sí; ¿vienes con tu madre?

—Con ella vengo. ¿Qué noticias hay?

—Ninguna —contestó Ahmet.

—¿Están ahí los compañeros?

—Ahí están esperándonos.

—¿No se sospecha nada en el fuerte?

—Nada.

—¿Hadjar está advertido?

—Sí.

—Y ¿cómo has podido saberlo?

—Por Harrig, puesto en libertad esta mañana, y que ahora se encuentra entre los compañeros.

—Vamos —dijo la anciana.

Los tres se pusieron de nuevo en marcha remontando la orilla del *uadi*.

La dirección que entonces seguían no les permitía divisar la sombría masa del fuerte a través de la espesa frondosidad. El oasis de Gabes por aquella parte era un vasto bosque de palmeras.

Ahmet conocía perfectamente el terreno y marchaba con paso seguro. Tenían primeramente que atravesar Djara, poblado que está a caballo sobre el *uadi*. En este punto —antiguamente fortificado, y que ha sido, sucesivamente, cartaginés, romano, bizantino, árabe— es donde se encuentra el principal mercado de Gabes. A aquella hora el vecindario no se había recogido en sus viviendas, y Djemma y sus acompañantes hubieran encontrado dificultades para pasar inadvertidos. Verdad es que las calles del oasis tunecino no estaban todavía alumbradas por la electricidad ni por el gas, y, salvo el espacio ocupado por algunos cafés, el resto permanecía sumido en la más profunda oscuridad.

Sin embargo, muy prudente, muy circunspecto, Ahmet no cesaba de decir a Sohar que todas las precauciones serían pocas. Posible era que alguien reconociese a la madre del prisionero, cuya presencia en Gabes daría lugar a que se redoblase la vigilancia alrededor del fuerte. La evasión ofrecía serias dificultades, a pesar de lo bien preparada que estaba, e importaba que los vigilantes no se pusieran sobre aviso. Así es que Ahmet escogía con preferencia los caminos extraviados.

Además, la parte central del oasis durante aquella tarde no dejaba de estar animada. Era domingo. Este último día de la semana es muy festejado en todos los puntos que tienen guarnición, y, sobre todo, guarnición francesa, lo mismo en África que en Europa. Los soldados obtienen permiso extraordinario, ocupan las mesas de los cafés y vuelven tarde al cuartel. Los indígenas se asocian a esta animación, principalmente en el barrio de mercaderes italianos y judíos, en su mayor parte. La algazara se prolonga hasta alta hora de la noche.

Bien podía suceder que Djemma no fuese desconocida de las autoridades de Gabes. En efecto, desde la captura de su hijo había

rondado más de una vez por los alrededores de la prisión, con riesgo de su libertad y hasta de su vida. Las autoridades conocían la influencia que ejercía sobre Hadjar, esa influencia de la madre, tan fuerte en la raza tuareg. Después de haber impulsado a su hijo a la rebelión, era capaz de provocar otra nueva, bien fuera para salvar al prisionero o para vengarle, si el consejo de guerra lo enviaba a la muerte. ¡Si, había motivo para temerlo!... A su voz, todas las tribus se alzarían como un solo hombre, proclamando la guerra santa. En vano habíanse organizado pesquisas para apoderarse de su persona. En vano habíanse multiplicado las expediciones a través del país. Protegida por la abnegación de los suyos, Djemma había escapado hasta entonces a todas las tentativas hechas para capturar a la madre después de al hijo.

Y, sin embargo, he aquí que ella misma aparecía en este oasis, donde tantos peligros la amenazaban. Había querido unirse a los suyos para cooperar a la evasión. Si Hadjar conseguía burlar la vigilancia de sus guardianes, si lograba franquear los muros de la fortaleza, su madre emprendería con él la huida, y, a un kilómetro de allí, en lo más espeso del bosque, los fugitivos encontrarían los caballos. Era la libertad reconquistada, y quién sabe qué nueva tentativa de levantamiento contra la dominación francesa.

Los expedicionarios no tuvieron más remedio que pasar por entre grupos de franceses y árabes, que no pudieron reconocer a la madre de Hadjar bajo el amplio jaique que la cubría. Además, Ahmet se ingeniaba para sortear los encuentros, ocultándose en algún rincón oscuro, reanudando la marcha después de haber pasado el grupo peligroso.

Faltábales ya muy poco para llegar al punto de cita, cuando un tuareg, que parecía acechar su paso, se precipitó ante ellos.

La calle o, mejor dicho, el camino que oblicuaba hacia el fuerte estaba desierto en aquel momento, y, siguiéndolo durante un corto trayecto, bastaba remontar una estrecha callejuela lateral para ganar el lugar de la cita, hacia donde se dirigían Djemma y sus acompañantes.

El hombre hablase dirigido directamente hacia Ahmet; luego, añadiendo el gesto a la palabra, se detuvo diciendo:

—No vayáis más lejos...

—¿Qué ocurre, Horeb? —preguntó Ahmet, que había reconocido

a uno de los de su tribu.

—Nuestros compañeros no están en el lugar de la cita.

La anciana madre había suspendido su marcha, e interrogó a Horeb con voz llena de sobresalto y de cólera:

—¡Cómo!, ¿esos perros han descubierto nuestros planes?

—No, Djemma; los guardianes de tu hijo no sospechan nada.

—Entonces, ¿por qué no nos esperan nuestros compañeros?

—Porque los soldados tienen hoy permiso y no hemos querido estar con ellos. Estaba allí bebiendo el suboficial de espahíes Nicol, que te conoce, Djemma...

—Si —murmuró la africana—; me ha visto allá abajo... en el aduar... cuando mi hijo cayó en poder de su capitán... ¡Ah, sí, ese capitán...!

Y del pecho de la madre del prisionero Hadjar se escapó como un rugido de fiera.

—¿Dónde nos reuniremos con nuestros compañeros? —preguntó Ahmet.

—Venid —contestó Horeb.

Y poniéndose a la cabeza del grupo, internóse a través de un bosquecillo de palmeras, en dirección al fuerte.

Este bosque, desierto a aquella hora, no se animaba más que los días del gran mercado de Gabes. Era casi seguro que no hallarían alma viviente en los alrededores del fuerte, en el cual no sería posible penetrar. Aunque la guarnición gozase del asueto del domingo, no por eso la guardia de la prisión dejaría de estar en su puesto. Tanto más, puesto que tenía bajo su custodia a Hadjar, prisionero peligroso, que haría redoblar la vigilancia del fuerte hasta que estuviese a bordo del crucero que había de entregarlo a la justicia militar.

Nuestros caminantes marchaban al abrigo de los árboles, y pronto llegaron a la linde del bosquecillo.

En este lugar apiñábanse una veintena de cabañas, a través de cuyas estrechas aberturas filtrábanse débiles rayos de luz. Ya no les separaba más que un tiro de fusil del lugar de la cita.

Pero apenas Horeb habíase aventurado por una estrecha callejuela, un ruido de pasos y de voces le obligó a detenerse. Una docena de espahíes venían en sentido contrario, cantando y gritando bajo el influjo de las libaciones demasiado prodigadas en

las tabernas de las inmediaciones.

Ahmet consideró prudente evitar su encuentro, y para dejarles libre el paso se precipitó con Djemma, Sohar y Horeb en el fondo de un oscuro callejón, no lejos de la escuela franco-árabe.

Allí había un pozo, en cuyo brocal alzábase una armadura de madera, que soportaba la polea que servía para subir los cubos llenos de agua.

En un instante quedaron ocultos detrás de la mampostería, que los cubría por completo.

El grupo de soldados se detuvo al llegar allí, y a uno de ellos ocurriósele exclamar:

—¡Demonio, qué sed tengo!...

—Pues bebe; aquí tienes un pozo —le repuso el suboficial Nicol.

—¡Beber agua! —exclamó el cabo Pistache.

—Invoca a Mahoma, tal vez te la convierta en vino.

—¡Si estuviera seguro de eso...!

—¿Te harías mahometano?

—¡Ni por ésas!... Además, puesto que Alá prohíbe el vino a sus fieles, jamás consentiría hacer el milagro para los que no lo son.

—Bien razonado, Pistache —declaró el suboficial—; en marcha hacia el puesto.

Pero en el momento en que iban a reanudar la marcha, Nicol los detuvo con un gesto.

Dos hombres caminaban calle arriba, y el suboficial reconoció en ellos a un capitán y un teniente de su regimiento.

—¡Alto! —Mandó a sus hombres, que hicieron el saludo militar.

—¡Ah! —dijo el capitán—; es el bravo Nicol.

—¿El capitán Hardigan? —contestó el suboficial en tono que denotaba cierta sorpresa—. ¡El mismo!

—Acabamos de llegar de Túnez —añadió el teniente Villette.

—Y dispuestos para marchar a una expedición, a la que seguramente nos acompañará usted, Nicol.

—Estoy a sus órdenes, mi capitán, dispuesto a seguirle a todas partes.

—Ya lo sabía yo —repuso el capitán Hardigan, muy complacido—. Y ¿cómo está tu viejo hermano *Adelantado*?

—Tan tieso sobre sus cuatro patas, que yo tengo buen cuidado no se enmohezcan.

—Bien, Nicol. ¿Y también está bueno *Valiente*... el eterno amigo del veterano?

Siguen queriéndose tanto, mi capitán; no me extrañaría que fuesen gemelos.

—¡Sería gracioso que fuesen gemelos un perro y un caballo! —repuso riendo el oficial—. Descuida, Nicol, que no los separaremos cuando partamos.

—Claro que no; se morirían, mi capitán. En aquel momento sonó una detonación del lado del mar.

—¿Qué es eso? —preguntó el teniente Villette.

—Será el cañonazo del crucero que acaba de anclar en el golfo.

—Y que viene a recoger a ese bribón de Hadjar —añadió el suboficial—. Una buena captura que se debe a usted, mi capitán.

—Puede usted decir que la hicimos juntos —repuso el capitán Hardigan.

—Y también al caballo y al perro les corresponde su parte —declaró Nicol.

Luego, los dos oficiales reanudaron su interrumpida marcha, en tanto que Nicol y sus hombres descendían hacia los barrios bajos de Gabes.

CAPÍTULO II

HADJAR

Los tuaregs, de raza berberisca, habitaban Ixham, país comprendido entre Touat, aquel vasto oasis del Sahara, situado a 500 kilómetros al sudeste de Marruecos, Timbuctú al mediodía, Níger al oeste y Fezzan al este.

Pero en la época en que pasa esta historia habíanse ya desplazado hacia las regiones más orientales del Sahara. A principios del siglo xx, sus numerosas tribus, sedentarias las más, las otras nómadas, concentrábanse a la sazón sobre las vastas llanuras arenosas, designadas bajo el nombre de *outta*, en lengua árabe, en el Sudán y hasta en las comarcas donde el desierto argelino confina con el tunecino.

Ahora bien, hacia unos cuantos años, después de haberse abandonado los trabajos del mar interior, en el país del Arad, que se extiende al oeste de Gabes, y del cual el capitán Roudaire había estudiado la creación, el gobernador general y el bey de Túnez habían invitado a numerosos tuaregs a que se acantonaran en los oasis, con la esperanza de que, por sus cualidades guerreras, llegasen a ser los gendarmes del desierto. Esperanza quimérica, pues no solamente estos indígenas eran muy difíciles de reducir, sino que, de reanudar un día la empresa del mar interior sahariano, todas estas tribus hubieranse mostrado francamente hostiles a la inundación del interior.

Además, aunque el tuareg hacía el oficio de conductor para las caravanas, y aun de protector, ladrón por instinto, pirata por naturaleza, su reputación hacía que se desconfiase mucho de esta clase de auxiliares.

Prueba de ello es que, cuando el mayor Paing recorrió los peligrosos lugares del país negro, estuvo a punto de perecer

destrozado en un ataque de estos temibles indígenas. En 1881, cuando la expedición que partió de Uargla bajo las órdenes del comandante Flatters, este valiente oficial y sus compañeros perecieron en Bir-el-Gharama.

Así es que las autoridades militares de Argel y Tunicia deben mantenerse constantemente a la defensiva, y rechazar sin contemplaciones estas tribus, que forman una población bastante numerosa.

Entre las tribus tuaregs, la de Ahaggar lleva justa fama de ser una de las más guerreras. A ella pertenecen casi todos los cabecillas de los constantes rebeldes alzamientos que hacen tan difícil el sostenimiento de la influencia francesa sobre los extensos límites del desierto. Los gobernadores generales de Argelia y Tunicia, siempre sobre aviso, tienen que dedicar su especial atención a la vigilancia de estas tribus de los *chotts* o *sebkha*. Se comprenderá, por lo tanto, la importancia del proyecto que sirve precisamente de tema a este relato; el de la creación de un mar interior.

Este proyecto había de disgustar en extremo a las tribus tuaregs, al privarles de una gran parte de sus beneficios, al reducir el trayecto de las caravanas y, sobre todo, al hacer más raras, por la facilidad para reprimirlas, las agresiones que tantos nombres han aumentado la necrología africana.

La familia de Hadjar pertenecía precisamente a la tribu de Ahaggar. Emprendedor, audaz, despiadado, el hijo de Djernma había sido siempre tenido por uno de los más temibles jefes de esas bandas que se extendían por toda la parte sur de los montes Aurés.

Durante estos últimos años dirigió multitud de ataques contra caravanas y destacamentos aislados, y su renombre fue agrandándose entre las tribus que refluían poco a poco hacia el este del Sahara, nombre que se aplica a la inmensa llanura sin vegetación de esta porción del continente africano. La rapidez de sus movimientos era desconcertante, y aunque las autoridades habían reiterado las más apremiantes órdenes a los jefes militares para que a toda costa se apoderasen de su persona, él había sabido despistar a sus perseguidores. Cuando se le señalaba en las proximidades de un oasis, aparecía de improviso en los alrededores de otro; y a la cabeza de una banda de tuaregs, tan feroces como su jefe, batía todo el país, sembrando la alarma por todas partes. Las

cáfilas no osaban aventurarse a través del desierto sin la salvaguardia de una fuerte escolta. Así es que el importante tráfico que se efectuaba por aquella parte hasta los mercados de Tripolitania sufría no escaso quebranto con este estado de cosas.

Y, sin embargo, ni Nefta, ni Gafsa, ni Tozeur, capital de esta región, estaban desguarnecidos militarmente. Pero las expediciones contra Hadjar y su banda no habían tenido nunca éxito, y el audaz guerrero había siempre conseguido sustraerse a sus perseguidores, hasta el día en que cayó en poder de un destacamento francés.

Aquella parte del África septentrional había sido teatro de una de esas catástrofes que no son, desgraciadamente, raras en el continente negro. Nadie ignora con qué pasión, con qué abnegación, con qué intrepidez los exploradores, sucesores de los Burton, de los Speke, de los Livingstone, de los Stanley, se han lanzado, desde hace años, a través del vasto campo de los descubrimientos. Podría contárseles por centenas. ¡Y cuántos habrá que añadir todavía a la lista hasta el día, indudablemente lejano, en que nos entregue sus últimos secretos la cuarta parte del antiguo mundo...! ¡Cuántas expediciones llenas de peligros han terminado en desastres...! La más reciente concierne a un valeroso belga que se había aventurado en regiones casi inexploradas del Touat.

Después de organizar una caravana en Constantina, Carl Steinx dejó aquella población dirigiéndose hacia el sur.

La caravana era poco numerosa. Una docena de árabes reclutados en la región, caballos y bestias de tiro para los dos carros que componían el material de la expedición.

Carl Steinx había primeramente ganado Uargla por Biskra, Touggourt, Negoussia, donde le fue fácil reponer sus provisiones. Además, en estas villas había autoridades francesas que se apresuraron a auxiliar a este explorador.

En Uargla encuéntrase, por decirlo así, el corazón del Sahara, en el paralelo treinta y dos.

Hasta entonces la expedición no había experimentado grandes pruebas; fatigas muchas, pero no serios peligros. Verdad es que la influencia francesa dejábase sentir en aquellas lejanas comarcas. Los tuaregs mostrábanse sumisos, en apariencia al menos, y las caravanas podían dedicarse al tráfico del comercio interior sin correr grandes riesgos.

Durante su estancia en Uargla, Carl Steinx hubo de modificar la composición de su personal. Algunos de los árabes que le acompañaban negáronse a seguir adelante. Fue necesario arreglarles su cuenta, lo que no se hizo sin dificultades, reclamaciones, insolencias y malos modos. Sin embargo, preferible era desembarazarse de aquella gente que tan mala voluntad mostraba, y que hubiera constituido un peligro constante para la expedición.

Por otra parte, el viajero belga no hubiera podido continuar su camino sin reemplazar a los que se iban, y no teniendo mucho donde escoger, tuvo que salir del país aceptando los servicios de algunos tuaregs, que se ofrecieron mediante fuertes remuneraciones, comprometiéndose a seguirle hasta el fin de su expedición, bien fuera a la costa occidental o a la oriental del continente africano.

Aunque abrigando alguna desconfianza contra la gente de la raza tuareg, Carl Steinx no sospechaba que introducía traidores en su caravana, acechada desde su salida de Biskra por la banda de Hadjar, el temible jefe, que sólo esperaba una ocasión propicia para atacar. Y ahora, estos partidarios mezclados al personal, aceptados como guías en aquellas regiones desconocidas, iban a llevar al explorador a donde Hadjar le esperaba.

Esto fue lo que sucedió. Al dejar Uargla, la caravana descendió hacia el sur, franqueó la línea del trópico, llegando hasta el país de Ahaggar, y oblicuando al sudeste, contaba dirigirse hacia el lago Chad. Pero, a partir del decimoquinto día de su partida, no volvió a tenerse noticias de Carl Steinx ni de sus compañeros.

¿Qué había sucedido? ¿Había podido la caravana llegar a la región de Chad y seguía las rutas de regreso por el este o por el oeste?

La expedición de Carl Steinx había despertado el más vivo interés entre las numerosas sociedades geográficas que se ocupaban muy especialmente de los viajes al interior de África. Hasta Uargla habían estado al corriente del itinerario.

Durante un centenar de kilómetros más allá todavía recibieron algunas noticias, llevadas por los nómadas del desierto y transmitidas a las autoridades francesas. Creíase, pues, que en algunas semanas más Carl Steinx lograría llegar a los alrededores del lago Chad en circunstancias favorables.

Pero transcurrieron semanas y meses, y ninguna nueva llegaba del audaz explorador belga. Enviáronse emisarios hasta Uargla. Los destacamentos militares franceses ayudaron a las pesquisas, dirigidas en todas direcciones. Estas tentativas no dieron ningún resultado, y empezaron a temer que la caravana hubiera perecido por completo, bien fuera por un ataque de los nómadas o por la fatiga y enfermedades inherentes a la arriesgada expedición, en medio de las inmensas soledades del desierto.

El mundo de los geógrafos no sabía qué suponer, y empezaba a perder la esperanza de volver a ver a Carl Steinx y de recibir noticias de su suerte, cuando, tres meses más tarde, la llegada de un árabe a Uargla vino a esclarecer el misterio que rodeaba esta desdichada expedición.

Éste árabe, que pertenecía al personal de la caravana, había conseguido escapar. Se supo por él que los tuaregs que tomara a su servicio habían traicionado a Carl Steinx, llevándole a la emboscada que de antemano le preparara Hadjar, ya célebre por las agresiones de que algunas caravanas habían sido víctimas. El explorador habíase defendido valerosamente con los fieles de su escolta, y durante cuarenta y ocho horas, parapetado en una choza abandonada, consiguió tener a raya a los asaltantes. Pero la inferioridad numérica de su reducida tropa no le permitió más prolongada resistencia, y cayó en poder de los tuaregs, que le destrozaron con sus compañeros.

Es de suponer la emoción que produciría esta nueva. No hubo más que un sentimiento común: vengar la muerte del audaz explorador, y vengarla sobre el despiadado jefe tuareg, cuyo nombre fue objeto de la execración pública. ¡Y cuántos otros atentados contra las caravanas había que cargarle en cuenta!... Así es que las autoridades francesas decidieron organizar una expedición para apoderarse de su persona y castigarle por tantos crímenes, destruyendo al mismo tiempo la funesta influencia que ejercía sobre las tribus, que poco a poco iban ganando terreno hacia el este del continente africano cuyo hábitat tendía a establecerse en las regiones meridionales de Tunicia y Tripolitania. El considerable comercio que se hacía en esta región estaba expuesto a sufrir honda perturbación, acaso a desaparecer, si no se reducía a los tuaregs a un estado de completa sumisión.

Se organizó, pues, la expedición militar, y tanto el gobernador de Argel como el residente general de Túnez dieron las órdenes para que fuese auxiliada en los pueblos del país de los *chotts* y de los *sebkhas* por todos los puestos militares. La columna formábala un escuadrón de espahíes, a las órdenes del capitán Hardigan, que el ministro de Guerra designó para esta difícil campaña, de la que se esperaban importantes resultados.

Un destacamento de unos 60 hombres fue llevado al puerto de Sfax por el *Chanzy*. Algunos días después del desembarco, con sus víveres, sus tiendas a lomo de camellos y dirigidos por guías árabes, dejó el litoral, tomando la dirección del oeste. Debía encontrar puntos donde aprovisionarse en las villas del interior, Tozeur, Gafsa y otras; no faltan oasis en esta región del Djerid.

El capitán Hardigan tenía bajo su mando a otro del mismo grado, dos tenientes y varios suboficiales, entre ellos Nicol. Y desde el momento que éste formaba parte de la expedición, no cabía duda de que su veterano *Adelantado* y su fiel *Valiente* eran también de la partida.

La expedición, pautando sus etapas con una regularidad que debía asegurar el éxito del viaje, atravesó todo el Sahel tunecino. Después de haber rebasado Dar-el-Mehalla y El Ouittar, vino a reposar cuarenta y ocho horas en Gafsa, en plena región del Henmara.

Gafsa está situada en el codo principal que forma el Oued Bayoeh. Esta villa ocupa una gran terraza encuadrada por colinas, a las cuales suceden unas montañas formidables a unos cuantos kilómetros de allí. Entre las diversas ciudades de Tunicia meridional, es la que posee mayor número de habitantes, agrupados en una aglomeración de casas y de cabañas. El fuerte que la domina, y donde antiguamente vigilaban soldados tunecinos, está en la actualidad confiado a la custodia de soldados franceses e indígenas. Gafsa se envanece de ser un centro de cultura donde funcionan diversas escuelas en provecho de las lenguas árabe y francesa. Al mismo tiempo, la industria es allí muy próspera; se fabrican hermosas telas y tejidos de seda, y mantas y albornoces de lana, proporcionada por los numerosos carneros de Hammáma. Allí se ven todavía las termas de la época romana, la temperatura de las cuales alcanza entre los 29 y los 32 grados centígrados.

En aquella villa el capitán Hardigan obtuvo noticias precisas respecto a Hadjar; la banda tuareg habíase señalado en los alrededores de Ferkane, a 113 kilómetros al oeste de Gafsa.

La distancia que habían de recorrer era grande, pero los espahíes no tienen en cuenta la fatiga ni el peligro.

Y cuando la columna supo lo que sus jefes esperaban de su energía y de su resistencia, todos desearon que llegara el momento de ponerse en marcha.

—Mi veterano —decía Nicol— está presto a doblar las jornadas, si fuera preciso, y mi fiel *Valiente* está deseando tomar la delantera.

El capitán, muy bien aprovisionado, partió con sus hombres. Fue necesario atravesar primero, al sudoeste de la ciudad, un bosque que no cuenta con menos de 100.000 palmeras, después del cual existe una arboleda, que sólo tiene frutales.

Un solo poblado importante encuéntrase en el recorrido, entre Gafsa y la frontera de Argelia y Tunicia, Chebika, donde fueron confirmadas las informaciones relativas a la presencia del jefe tuareg. El terrible árabe operaba sin cesar contra las caravanas que frecuentaban las extremas regiones de la provincia de Constantina, y los atentados contra personas y propiedades aumentaban de día en día el considerable número de sus criminales hazañas.

Después de unas cuantas etapas, al franquear la frontera, el capitán Hardigan forzó la marcha para llegar al poblado de Negrine en las orillas del *uadi* Sokhna.

La víspera de su llegada, los tuaregs habían sido señalados algunos kilómetros más al oeste, precisamente entre Negrine y Ferkane.

Según los informes recibidos, Hadjar, a quien su madre acompañaba, llevaba con él unos 100 hombres; pero aunque el capitán Hardigan no contaba más que con la mitad, ni él ni sus espahíes dudaron un momento en el ataque. La proporción de uno contra dos no es para amedrentar a las tropas de África, acostumbradas a batirse en condiciones mucho más desfavorables.

Esto fue lo que ocurrió en esta ocasión, cuando el destacamento hubo alcanzado los alrededores de Ferkane. Hadjar había sido prevenido por sus parciales, y no se cuidó de afrontar la lucha. ¿No era preferible dejar que el escuadrón se internara en aquel difícil país, ir molestándolo con incesantes agresiones y hacer, por fin, un

llamamiento a las tribus nómadas, que no rehusarían su concurso a Hadjar, el prestigioso caudillo indígena?

Por otra parte, desde el momento en que había encontrado sus huellas, el capitán Hardigan continuaría la persecución, por larga que fuera.

En consecuencia, Hadjar había resuelto no hacer frente a la tropa, y si conseguía cortar la retirada al escuadrón, después de haber reclutado nuevos partidarios, aniquilaría sin duda alguna la pequeña columna enviada contra él. Y esta nueva y deplorable catástrofe completaría el desastre del explorador Carl Steinx.

Pero el plan de Hadjar no pudo realizarse. En tanto que su banda remontaba el curso del Sokhna, para ganar en el norte la base de Djebel Cherchar, un pelotón, al mando del suboficial Nicol, a quien su perro había dado la alerta, les cerró el paso.

La lucha se entabló, a pesar de los propósitos de los rebeldes, y no tardó en tomar parte en ella el resto del destacamento. Abrióse de una y otra parte un nutrido fuego de fusil y revólver, cayendo muertos y heridos de una y otra parte. Sin embargo, un grupo de los tuaregs logró forzar el obstáculo y huir; pero su jefe no estaba entre ellos.



En el momento en que Hadjar intentaba reunirse a sus compañeros, lanzándose a toda la velocidad de su caballo, el capitán Hardigan se echó tras él a galope tendido. En vano Hadjar trató de detenerle de un pistoletazo: la bala no hizo blanco. Su caballo dio un violento giro, y desmontó al jinete. Antes de que hubiese tenido tiempo de levantarse, uno de los oficiales se precipitó sobre él, y otros jinetes acudieron, apoderándose de Hadjar, a pesar de los terribles esfuerzos que hizo para desasirse.

En aquel momento Djemma, que se había lanzado hacia

adelante, hubiese llegado hasta su hijo, de no haberla detenido Nicol. Pero una media docena de tuaregs lograron arrancarla de manos del suboficial y huir con ella, a pesar de los furiosos ataques de *Valiente*.

—¡Mala suerte! —exclamó Nicol—; tenía ya la loba y se me ha escurrido de entre las manos.

—¡Aquí, *Valiente*, aquí! —llamó al animal—. De todos modos, no es mala la presa que hemos hecho.

Hadjar estaba cogido, y bien cogido, y si los tuaregs no lograban rescatarlo antes de llegar a Gabes, la comarca veríase libre de uno de sus más temibles malhechores.

La banda hubiese intentado, sin duda, dar el golpe para libertar a su jefe, si el destacamento no se hubiese reforzado con soldados de los puestos militares de Tozeur y de Gafsa.

Al cabo de tres semanas la expedición había ganado el litoral y el prisionero estaba encerrado en el fuerte de Gabes, esperando ser transportado a Túnez, donde sería juzgado por un tribunal militar.

Tales son los acontecimientos ocurridos antes de los comienzos de esta historia.

El capitán Hardigan, después de un corto viaje a Túnez, acababa de regresar a Gabes aquella misma noche en que el crucero *Chanzy* fondeaba en el golfo de la Pequeña Sirte.

CAPÍTULO III

LA EVASIÓN

Después de la partida de los dos oficiales, del suboficial Nicol y los espahíes, Horeb se deslizó con grandes precauciones, y se puso a observar los alrededores.

Cuando se hubo perdido el ruido de los pasos, el tuareg hizo un signo a sus compañeros para que le siguieran.

Djemma, su hijo y Ahmet se le reunieron en seguida remontando una sinuosa calle bordeada de viejas casas deshabitadas.

El oasis estaba desierto por este lado, y no llegaban hasta allí los rumores de los barrios más populosos. En el espacio cerníanse inmóviles densas nubes negras. Apenas el último soplo de la brisa rizaba la superficie del agua empujándola suavemente sobre la arena de la playa.

Un cuartó de hora bastó a Horeb para ganar nuevamente el lugar de la cita: la sala baja de una especie de café o de taberna, servida por un mercader levantino que estaba metido en el complot, y con la fidelidad del cual podía contarse, mediante una fuerte suma, que sería doblada si la empresa tenía éxito. Su intervención era muy útil.

Entre los tuaregs reunidos en el cafetín encontrábase Harrig. Era uno de los más fieles y más audaces partidarios de Hadjar. Pocos días antes, a propósito de una riña en las calles de Gabes, se había hecho detener y encerrar en la prisión. Durante las horas pasadas en el patio común no le fue difícil entrar en conversación con su jefe. Nada tenía de particular que dos hombres de la misma raza entablasen conversación. Ignorábase que este Harrig formaba parte de la banda de Hadjar. Había logrado escapar cuando la lucha, y acompañar a Djemma en su huida. Luego volvió a Gabes, conforme al plan ideado por Sobar y Ahmet, y provocó su encarcelamiento

para combinar la evasión con Hadjar.

De todos modos, era necesario que recobrase la libertad antes de la llegada del crucero que había de hacerse cargo del jefe tuareg, y he aquí que el barco, señalado ya a su paso por el cabo Bon, iba a fondear aquella misma noche en el golfo de Gabes. Era preciso que Harrig saliera de la prisión a tiempo para concertarse con sus compañeros. La evasión había de verificarse durante la noche; si amanecía sin llevarse a cabo, todo estaba perdido. Al lucir el sol, Hadjar sería transportado a bordo del *Chanzy* y no sería posible arrancarlo a la autoridad militar.

El dueño del cafetín intervino; conocía al alcaide del fuerte. La pena impuesta a Harrig había terminado la víspera; pero lo cierto era que el indígena no había sido puesto en libertad, y precisaba que se le abrieran las puertas de la cárcel, en caso de que no hubiese incurrido en una agravación por alguna falta disciplinaria, lo cual era poco probable.

El levantino resolvió, por lo tanto, dirigirse en busca del alcaide, quien durante sus horas de asueto solía acudir al cafetín. En cuanto anocheció tomó el camino del fuerte.

Pero no fue necesaria su diligencia, que más tarde, una vez cumplida la evasión, hubiera podido aparecer sospechosa. Cuando el levantino se aproximaba a la poterna, un hombre se cruzó en el camino.

Era Harrig. Solos los dos en medio del sendero que desciende del fuerte, no podían temer ser vistos ni oídos, ni siquiera espiados. Harrig no era un prisionero que se evade, sino un preso a quien se pone en libertad por haber cumplido su pena.

—¿Y Hadjar? —preguntó el levantino.

—Está prevenido —contestó Harrig.

—¿Para esta noche?

—Para esta noche... ¿Y Sobar, y Ahmet, y Horeb?

—No tardarás en verlos.

Diez minutos después Harrig se reunía con sus compañeros en la sala baja del cafetín, y como medida de precaución uno de ellos se quedó en la puerta vigilando.

Harrig les puso al corriente de la situación.

Durante los días que duró su arresto tuvo repetidas ocasiones de conferenciar con Hadjar. No podía parecer sospechoso que dos

tuaregs encerrados en la misma prisión entablaran relaciones. Por otra parte, el jefe rebelde sería conducido a Túnez, en tanto que Harrig quedaría bien pronto en libertad.

La primera pregunta, que fue dirigida a este último cuando Djemma y sus compañeros llegaron al cafetín del levantino, la hizo Sohar.

—¿Y mi hermano?

—¿Y mi hijo? —añadió la anciana.

—Hadjar está prevenido —contestó Harrig—. En el momento de salir de la prisión he oído el cañonazo del *Chanzy*... Hadjar sabe que será embarcado mañana temprano, y esta misma noche intentará la evasión.

—Si así no lo hace —dijo Ahmet—, todo estará perdido.

—¿Y si no lo consiguiera? —murmuró Djemma con voz sorda.

—Lo conseguirá con nuestra ayuda —afirmó Harrig resueltamente.

—¿Y de qué manera? —preguntó Sohar. He aquí las explicaciones que fueron dadas por Harrig:

La celda en que pernoctaba Hadjar ocupaba un ángulo del fuerte en la parte que daba al mar, a unos cuantos metros del agua. Esta celda tenía acceso a un patinillo limitado por altas murallas, que el prisionero no hubiera podido franquear.

En un ángulo de este reducido patio abríase un orificio, especie de sumidero que vertía al exterior. Un enrejado metálico cerraba este agujero, situado a una docena de pies sobre el nivel del mar.

Hadjar había comprobado que el hierro estaba en muy mal estado, corroído por el óxido del aire salino. No sería difícil, por lo tanto, arrancar los barrotes de la reja y deslizarse hasta el exterior.

Pero aun suponiendo que así fuera, ¿cómo realizaría Hadjar su evasión? ¿Sería posible, arrojándose al mar, ganar la playa más próxima después de doblar el ángulo del bastión? ¿Tendría fuerza suficiente para arriesgarse en medio de las corrientes del golfo?

El jefe tuareg aún no tenía cuarenta años. Era un hombre alto, de blanca tez bronceada por el sol de fuego de las zonas africanas, delgado, fuerte, duro para todos los ejercicios corporales, destinado a gozar durante mucho tiempo de todas sus facultades físicas, dada la sobriedad que distingue a los indígenas de su raza, que con una alimentación puramente vegetal, dátiles e higos, mantiénense

robustos y fuertes.

No sin razón Hadjar había adquirido una poderosa influencia sobre los tuaregs nómadas del Touat y del Sahara. Su audacia igualaba a su inteligencia. Sus cualidades habíalas heredado de su madre, que pertenecía a una raza en la que las mujeres sirven de norma para la descendencia, hasta el punto de que el hijo de un padre esclavo y una mujer noble, es noble de origen, sin que se verifique lo contrario. Toda la energía de Djemma habíánla heredado sus hijos, que no se separaron de ella en los veinte años que llevaba de viudez. Bajo su influjo había adquirido Hadjar las cualidades de apóstol, ornadas por una hermosa figura, barba negra, ojos ardientes y actitud resuelta. A su voz las tribus se hubieran alzado en rebeldía, de haber querido lanzarlas contra el extranjero proclamando la guerra santa.

Era, pues, un hombre en todo el vigor de la edad; pero no hubiese podido llevar a cabo su evasión sin la ayuda de los de fuera. Efectivamente, no bastaba llegar al orificio del sumidero después de forzar la reja.

Hadjar, conocedor del golfo, sabía que se formaban corrientes de gran violencia, aunque las mareas fuesen tan débiles como en casi todo el Mediterráneo; no ignoraba que ningún nadador podría resistirlas y que el que lo intentase sería llevado mar adentro antes de lograr poner el pie en una de las playas próximas al fuerte. Era, por lo tanto, indispensable disponer de una barca que estuviese apostada al pie del bastión.

Tales fueron los informes que Harrig proporcionó a sus compañeros.

Cuando hubo acabado, el dueño del cafetín se limitó a decir:

—Tengo allá abajo una canoa a vuestra disposición...

—¿Y me conducirás tú hasta el lugar donde está? —preguntó Sohar.

—Desde luego.

—Pues cumple tus promesas, que nosotros cumpliremos las nuestras y doblaremos la suma prometida si logramos salir con éxito de nuestra empresa.

—Conseguiréis vuestros propósitos —afirmó el levantino, que no veía en todo esto más que un negocio del que sacar no escasos beneficios.

Sohar, que se había puesto en pie, dijo:

—¿A qué hora nos espera Hadjar?

—Entre once y doce —contestó Harrig.

—La barca estará allí antes de esa hora, y una vez mi hermano en ella, le conduciremos al lugar donde están preparados los caballos.

—Desde allí debéis seguir por la playa, que estará desierta hasta el amanecer, y no hay cuidado de ser descubiertos —dijo el levantino.

—Pero ¿y la barca? —observó Horeb.

—Dejadla sobre la arena, de donde yo la recogeré.

No quedaba más que una cuestión por resolver.

—¿Quién de nosotros irá en busca de Hadjar? —preguntó Ahmet.

—Yo —contestó Sohar.

—Y yo te acompañaré —añadió la madre.

—No, madre mía, no. Basta con que seamos dos para conducir la barca... Además, en caso de un encuentro, vuestra presencia sería sospechosa. Debéis ir al lugar donde esperan los caballos, acompañada por Horeb y Ahmet. Harrig y yo iremos en la barca a recoger a mi hermano.

Sobar tenía razón, y comprendiéndolo así Djemma, se limitó a decir:

—¿Cuándo nos separamos?...

—Al instante —contestó Sobar—. En media hora vosotros podéis estar en el morabito; nosotros al pie del fuerte con la barca en el ángulo del bastión, donde no corremos el riesgo de ser descubiertos... Y si mi hermano no apareciese a la hora convenida, yo trataría, ¡sí!, trataría de llegar hasta él.

—¡Sí, hijo mío, sí! ¡Si esta noche no logramos salvarlo, ya no volveremos a verle más!

Había llegado el momento de la acción. Horeb y Ahmet tomaron la delantera, bajando por la estrecha calle que se dirige hacia el mercado. Djemma les seguía, recatándose en la sombra cuando se cruzaban con algún grupo. La casualidad hubiera podido ponerla frente al suboficial Nicol, que era casi seguro que la reconocería. Más allá del oasis, el peligro habría desaparecido, y siguiendo la base de las dunas no se encontraría alma viviente que les

interceptase el paso hasta el morabito.

Poco después, Sohar y Harrig salieron del café. Sabían en qué sitio se encontraba la barca del levantino y preferían que éste no les acompañase: podría ser advertida su presencia por cualquier transeúnte.

Eran las nueve aproximadamente. Sobar y su, acompañante remontaron el fuerte por la parte orientada hacia el sur.

No se escuchaba el más leve ruido en medio de aquella atmósfera tan en calma, que no atravesaba ni un tenue soplo de brisa; tan oscura bajo las espesas nubes que, inmóviles, cubrían el cielo de uno a otro extremo del horizonte.

Únicamente al llegar a la playa, Sohar y Harrig encontraron cierta animación. Algunos pescadores desembarcaban con el producto de la faena; otros disponíanse a hacerse a la mar a bordo de sus embarcaciones. Aquí y allá los faroles de a bordo se cruzaban en todos sentidos agujereando la sombra.

A medio kilómetro de la costa señalábase el crucero *Chanzy* por sus potentes focos, que marcaban haces luminosos sobre la superficie del mar.

Los dos tuaregs tuvieron buen cuidado en evitar los encuentros con los pescadores, y se dirigieron hacia un muelle en construcción en el extremo del puerto. Al pie de este muelle estaba amarrada la barca del levantino. Dos remos descansaban en el fondo, de suerte que no había más que embarcar.

En el momento en que Harrig iba a soltar la amarra, Sobar le cogió del brazo. Dos aduaneros de vigilancia en la playa avanzaban hacia aquella parte. Tal vez conocieran al propietario de la barca y se extrañaran de ver que Sohar y su compañero la tomaban. Más valía no despertar sospechas para que la intentona quedara en el mayor misterio posible. Los aduaneros preguntarían probablemente lo que pretendían hacer con una barca que no era suya, y no llevando Sohar y Harrig aparejos de pesca, mal podían pasar por pescadores.

Remontaron, pues, la playa, y se ocultaron al pie de la mole sin ser advertidos.

Transcurrió media hora sin que los aduaneros desaparecieran. ¿Es que iban a permanecer allí toda la noche de facción...? Sohar y su amigo no tardaron en tranquilizarse al ver que los vigilantes

alejábanse al fin.

Entonces, Sobar avanzó hacia la orilla, y en cuanto los aduaneros hubiéronse perdido en la oscuridad llamó a su compañero.

Soltada la amarra de la barca, nuestros hombres saltaron presurosos, asiendo los remos.

En un cuarto de hora, Harrig y Sohar lograron doblar el ángulo del bastión y detenerse al pie del orificio del sumidero por donde Hadjar había de intentar la huida...

El jefe tuareg estaba en aquel momento solo en la celda, donde había de pasar la última noche. Una hora antes, el carcelero habíale dejado allí, cerrando con gruesos cerrojos la puerta del patinillo que daba acceso a la prisión.

Hadjar esperaba el momento propicio con esa paciencia que caracteriza al árabe, tan fatalista y tan dueño de sí mismo en todas las circunstancias de la vida. Había oído el cañonazo del *Chanzy*, y no ignoraba, por lo tanto, la llegada del crucero; también sabía que no le quedaba más que aquella noche de fortaleza, y que en cuanto amaneciese sería trasladado a bordo, sin que volviera ya a ver más a los suyos. Pero a la resignación musulmana uníase la esperanza de obtener éxito en la tentativa.

Hadjar estaba seguro de poder franquear el orificio del sumidero; pero ¿estarían allí sus compañeros con la embarcación necesaria para ganar la orilla?

Transcurrió una hora. De vez en cuando Hadjar salía de la celda, se colocaba en la boca del sumidero y prestaba oído a los rumores del exterior. El ruido de una embarcación rozando la muralla hubiera llegado distintamente hasta él. Pero nada oía y volvíase a su puesto, donde guardaba una inmovilidad absoluta.

A veces iba también a escuchar cerca de la puerta del patinillo, espionando los pasos de algún vigilante, temiendo que se procediese a su embarque aquella misma noche. El silencio más completo reinaba en los alrededores del fuerte, y únicamente lo interrumpían de vez en cuando los pasos de un centinela situado en la plataforma del bastión.

Sin embargo, aproximábanse las doce, y según lo convenido con Harrig, media hora antes debía haber ganado la extremidad del paso, después de forzar la reja. Si en aquel momento la barca estaba

lista, el fugitivo caería a bordo inmediatamente. Si no había llegado, esperaría hasta las primeras luces del alba. Y quién sabe si, de no acudir sus compañeros, se arriesgaría Hadjar a salvarse a nado, a pesar del peligro de ser arrastrado por las violentas corrientes del golfo. Ésta sería la última probabilidad de escapar a la pena de muerte.

Hadjar se aseguró de que nadie se dirigía hacia el patinillo, ciñó sus vestiduras alrededor de su cuerpo, y deslizóse por el orificio del sumidero.

Éste medía una treintena de pies de longitud y su anchura era la precisa para que un hombre de regular corpulencia pudiera introducirse en él. Hadjar tuvo que hacer algún esfuerzo para llegar hasta la reja, desgarrándose el jaique contra las piedras de las paredes.

Ya hemos dicho que los barrotes de la reja estaban en muy mal estado, y, después de unas cuantas sacudidas, el obstáculo se abatió, dejando libre el paso.

El jefe tuareg no tenía, pues, que avanzar más que dos metros para dar vista al exterior, y éste fue el trayecto más penoso, porque el orificio se achicaba al llegar a su extremidad. No obstante, Hadjar logró llegar hasta el fin y no tuvo necesidad de esperar.

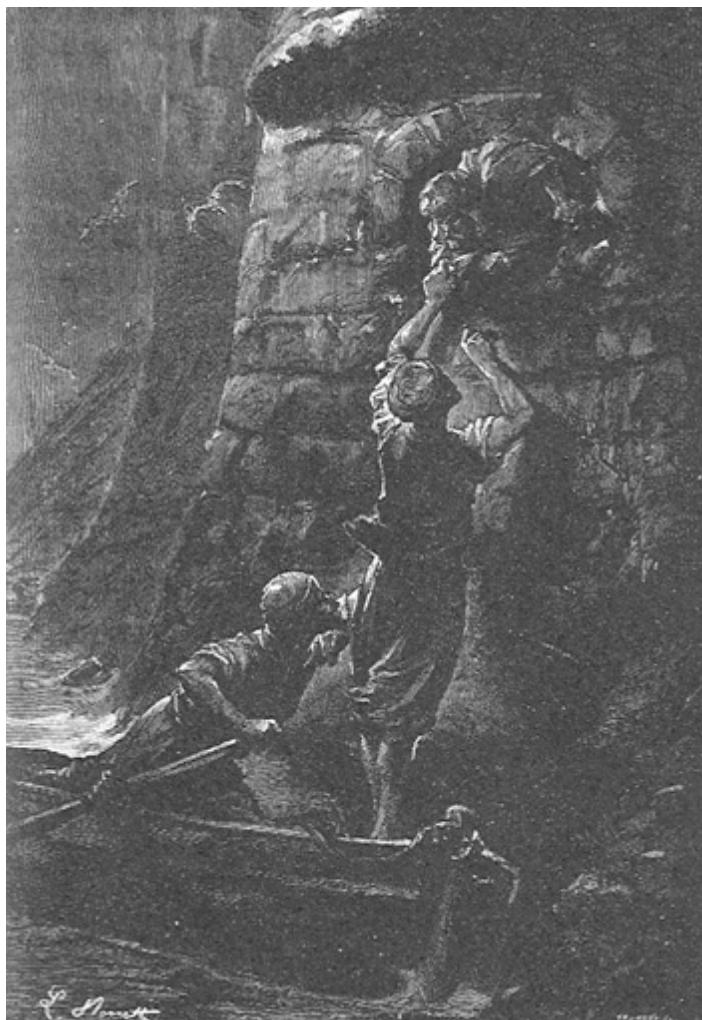
Apenas había sacado la cabeza al exterior, llegaron distintamente a sus oídos estas palabras:

—Hadjar, aquí estamos.

El rebelde hizo un último esfuerzo, y la parte anterior de su cuerpo salió fuera del orificio, a la altura de diez pies sobre el agua.

Harrig y Sohar se alzaron hacia él, y en el mismo momento dejóse oír un ruido de pasos. Parecía proceder del patinillo; tal vez algún carcelero enviado a vigilar al preso o a sacarle para proceder a su inmediato traslado a bordo. Si la evasión llegaba a ser descubierta, inmediatamente se daría la voz de alarma en el fuerte y todo podría darse por perdido.

Afortunadamente, no era nada. El centinela, que se paseaba cerca del parapeto, era quien producía aquel ruido. Tal vez la barca habría despertado su atención al aproximarse; pero desde el lugar que ocupaba el soldado no era posible advertir esta pequeña embarcación en medio de la oscuridad.



De todos modos, era necesario obrar con mucha prudencia. Pasados unos instantes, Sohar y Harrig cogieron a Hadjar por los hombros, le fueron atrayendo poco a poco, y al fin estuvo junto a ellos en la canoa.

De un golpe vigoroso, la barca se separó de la muralla. Era preferible no costear la fortaleza ni la playa; más valía remontar el golfo hasta la altura del lugar donde esperaban los caballos. También había que evitar el encuentro con los barcos que salían y entraban en el puerto, pues aquella noche de calma favorecía a los pescadores.

Al pasar a la altura del *Chanzy*, Hadjar se puso en pie y, con los brazos cruzados, lanzó al crucero una mirada de odio. Luego, sin pronunciar una palabra, volvió a sentarse en la popa de la embarcación.

Media hora después desembarcaban en la playa; una vez la barca en seco, el jefe rebelde y sus acompañantes se dirigieron al morabito, sin que tuvieran que lamentar ningún mal encuentro.

Djemma se abalanzó hacia su hijo, a quien estrechó entre sus brazos, sin decirle más que esta palabra:

—¡Ven!

Luego, le abrazaron Ahmet y Horeb.

Tres caballos esperaban dispuestos a lanzarse bajo las espuelas de sus jinetes.

Hadjar montó de un salto; Harrig y Horeb hiciéronlo también.

«¡Ven!» había dicho Djemma al volver a ver a su hijo, y, esta vez, ella no pronunció más que una palabra:

—¡Ve! —dijo, tendiendo la mano hacia las sombrías regiones de Djerid.



Un momento después, los tres desaparecían en la oscuridad.

Hasta la mañana siguiente, la vieja africana se quedó con su hijo Sohar en el morabito, pues quiso que Ahmet volviese a Gabes.

¿Era ya conocida la evasión de su hijo? ¿Habíase esparcido la noticia por el oasis? ¿Se perseguía ya al fugitivo? ¿En qué dirección habían salido los destacamentos de tropa?... ¿Se reanudaría, en fin, contra el jefe tuareg y los suyos la campaña que diera por resultado la captura de Hadjar?

He aquí todo lo que Djemma quería saber antes de emprender la marcha.

El levantino no había oído hablar todavía de la evasión, y esto era prueba de que aún no se conocía la noticia, pues de haberse propagado, seguramente hubieran llegado los ecos hasta el cafetín.

Las primeras luces del alba no tardarían en alumbrar el horizonte, y Sohar no quiso retardar la partida.

Importaba que la anciana dejara aquellos parajes antes de ser de día, pues era conocida y, a falta del hijo, la madre sería una buena presa.

De noche cerrada todavía, y guiada por Sobar, Djemma emprendió el camino de las dunas.

Al día siguiente, uno de los botes del crucero se dirigió al puerto para hacer el traslado del prisionero a bordo.

Cuando uno de los carceleros hubo abierto la puerta de la prisión, se encontró con que el pájaro había volado.

Fácil fue comprobar en qué forma se verificó la evasión al ver desmontada la reja que cerraba la salida del sumidero. Pero luego, surgió inmediatamente la duda. ¿Había intentado Hadjar salvarse a nado, y en este caso lo más probable era que hubiese sido arrastrado por las corrientes del golfo?... ¿Una embarcación dispuesta por sus cómplices habíale recibido a bordo, conduciéndolo a un punto cualquiera del litoral?...

Esto era lo que no podía saberse.

Fueron inútiles todas las pesquisas que se practicaron en los alrededores del oasis. El fugitivo no había dejado tras sí huella alguna, y ni las llanuras del Djerid, ni las aguas de la Pequeña Sirte le devolvieron vivo o muerto.

CAPÍTULO IV

EL MAR DEL SAHARA

Después de dirigir sus sinceros cumplimientos a la asistencia que había respondido a su convocatoria; después de dar las gracias a los funcionarios franceses y tunecinos que, con los notables de Gabes, asistían a la conferencia, el señor de Schaller habló en estos términos:

«Preciso es convenir, señores, en que con los progresos de la ciencia, la confusión entre la historia y la leyenda tiende a ser más imposible cada día. La una acaba por hacer justicia a la otra. Ésta pertenece a los poetas; la otra es del dominio de los sabios, y cada cual tiene su clientela especial. Aunque reconociendo los méritos de la leyenda, no tengo más remedio que relegarla al campo de la imaginación, sin fijarme más que en las realidades probadas por las observaciones científicas».

La nueva sala del Casino de Gabes difícilmente hubiese reunido un público mejor dispuesto a seguir al conferenciante en sus trascendentales demostraciones. El auditorio estaba iniciado de antemano en el tema que se iba a desarrollar. Así es que sus palabras fueron acogidas desde los primeros momentos con un murmullo halagador.

Tan sólo algunos indígenas mezclados en el público parecían guardar una prudente reserva. Y era que el proyecto, del cual el señor Schaller se proponía hacer la historia, no era visto con buenos ojos desde hacía medio siglo por las tribus sedentarias o nómadas del Djerid.

«Haremos de reconocer de muy buen grado —continuó diciendo el señor Schaller— que los antiguos eran gente de imaginación, y los historiadores sirvieron sus gustos ofreciendo como historia lo que en realidad sólo eran tradiciones, inspirándose

en relatos de puro origen mitológico.

»No olviden, señores, lo que refirieron Herodoto, Pomponio Melas y Ptolomeo. El primero, en su *Historia de los pueblos*, habla de un país que se extiende hasta el Tritón, que desagua en la bahía de este nombre. ¿No cuenta como un episodio del viaje de los Argonautas que el navío de Jasón, empujado por la tempestad sobre las costas, fue arrojado al oeste hasta la referida bahía del Tritón, de la que no se divisaba el límite occidental?... De todo esto sería lógico deducir que la bahía en cuestión comunicaba entonces con el mar. Es, por otra parte, lo que cuenta Escílax en su *Periplo del Mediterráneo*, relativo a este considerable lago, cuyas costas estaban habitadas por diferentes pueblos de Libia, y que debían de ocupar el emplazamiento actual de los *sebkhas* y *chotts*, pero que no se enlazaba con la Pequeña Sirte más que por un estrecho canal.

»Después de Herodoto, fue Pomponio Melas quien, casi en los comienzos de la era cristiana, notó la existencia de ese gran lago Tritón, denominado también lago Palas, la comunicación del cual con la Pequeña Sirte —que es el moderno golfo de Gabes— ha desaparecido a consecuencia del descenso de las aguas, debido a la evaporación.

»Por último, según Ptolomeo, el nivel de estas aguas continuó descendiendo. Definitivamente éstas fueron fijadas en cuatro depresiones, los lagos Tritón y Palas, los lagos de Libia y de las Tortugas, que son los *chotis* argelinos Melrir y Rharsa y los *chotis* tunecinos Djerid y Fedjedj, estos últimos normalmente reunidos bajo el nombre de Sebkha Faraoun.

»Señores, hay donde tomar y dejar —sobre todo dejar— en estas leyendas de la antigüedad, que nada tienen que ver con la precisión de la ciencia contemporánea. No; el barco de Jasón no fue empujado a través de este mar interior, que jamás comunicó con la Pequeña Sirte, y no hubiera podido franquear el litoral de no poseer las poderosas alas de ícaro, el aventurero hijo de Dédalo. Las observaciones hechas desde fines del siglo XIX demuestran que no ha podido existir el mar interior del Sahara, puesto que la altura media de las depresiones rebasa en 15 y 20 metros el nivel del golfo de Gabes, principalmente las más próximas a la costa, y, por lo tanto, jamás ha podido el mar extenderse más de cien leguas tierra adentro, como suponen los espíritus imaginativos.

»Y sin embargo, señores, reduciéndolo a las dimensiones que permite la naturaleza del terreno, no sería imposible realizar el proyecto de un mar del Sahara, que sería alimentado por las aguas del golfo de Gabes.

»Tal es la empresa acometida por sabios audaces y prácticos, la ejecución de la cual no ha podido llevarse a cabo por circunstancias que yo trato de reavivar en vuestros recuerdos, así como las vanas y penosas tentativas que tantos años han durado estérilmente».

Un murmullo de aprobación dejóse oír en el auditorio, y como el conferenciante indicara con la mano un mapa suspendido de la pared, por encima del estrado, todas las miradas dirigieronse hacia aquella parte.

El mapa comprendía la parte de Tunicia y de Argelia meridionales, atravesada por el paralelo 34y que se extiende desde el tercer grado de longitud este hasta el octavo. Dibujábanse allí las grandes depresiones al sudeste de Biskra, de un nivel inferior al de las aguas del Mediterráneo, comprendidas bajo la denominación de Melrir de Gran Chott, de Chott Asludje y otros hasta la frontera de Tunicia. Desde la extremidad de la última depresión, sobre el séptimo meridiano, estaba indicado el canal inacabado que los había de enlazar con la Pequeña Sirte.

Al norte, en la parte tunecina, se desenvolvían las llanuras recorridas por las tribus de los hammemas; al sur, en la parte argelina, la inmensa región de las dunas. En su posición exacta figuraban las principales villas y caseríos de la comarca: Gabes a orillas de su golfo; Hamma, sobre la orilla derecha del nuevo canal; Limagnes, Softim, Bou Abdallah y Bechia, sobre esa lengua de tierra *que se prolonga entre Fedjedj y Djerid, y entre éste y Rharsa, Seddada, Kri, Tozeur y Nefta; Chebika al norte y Bir Klebia al oeste de este último; en fin, Zeribet, Ain Naga, Tahir Rassou, Mraïi, Fagoussa, próximos al ferrocarril transhariano proyectado.*

El auditorio podía, pues, abarcar en el mapa el conjunto de estas depresiones, entre las cuales Rharsa y Melrir, casi completamente inundables, podían constituir el nuevo mar africano.

«Pero —repuso el señor de Schaller— aunque la naturaleza haya dispuesto las depresiones para recibir las aguas de la Pequeña Sirte, esto no podría realizarse sino después de un serio trabajo de nivelación. En 1872, durante una expedición a través del desierto

de Sahara, el senador de Orán, señor Pomel, y el ingeniero de minas señor Rocard pretendían que este trabajo no podía ser efectuado por la especial constitución del terreno. El estudio fue emprendido de nuevo, en condiciones más seguras, durante el año 1874 por el capitán de Estado Mayor Roudaire, al que corresponde la idea inicial de esta extraordinaria creación».

Los aplausos estallaron al escucharse el nombre del oficial francés, que fue aclamado, como lo había ya sido en diferentes ocasiones, y como debe serlo siempre. A este nombre era justo asociar el del señor Freycinet, presidente del Consejo de Ministros, y el de Ferdinand de Lesseps, quienes más tarde preconizaron esta empresa gigantesca.

«Señores, a este dato lejano hay que adjudicar el primer reconocimiento científico de esta región, que limita al norte las montañas de Aurés, a 30 kilómetros al sur de Biskra. Fue efectivamente en 1874 cuando el audaz oficial concibió este proyecto de mar interior, al que tantos esfuerzos había de consagrar, sin poder prever qué número de obstáculos insuperables habían de oponerse a la realización de su empresa. De todas suertes, nuestro deber es rendir el homenaje que merece este hombre, que dio pruebas de una inteligencia y de un valor nada comunes».

Después de los primeros estudios hechos por el promotor de la gran empresa, el ministro de Instrucción pública encargó oficialmente al capitán Roudaire de diversas misiones científicas, que tenían por objeto el conocimiento exacto de la región. Las operaciones geodésicas dieron por resultado fijar el relieve de esta parte del Djerid.

Entonces fue cuando la leyenda no tuvo más remedio que desvanecerse ante la realidad: aquella región, que se decía haber sido un mar en comunicación con la Pequeña Sirte, no habíase encontrado nunca en semejantes condiciones. Por otra parte, esta depresión del suelo, que se decía enteramente inundable, no lo era más que en un espacio relativamente restringido. Pero de que el mar del Sahara no tuviera las dimensiones que la creencia popular le había atribuido, no se deducía que el proyecto debiera ser abandonado.

«Desde el principio, señores —continuó diciendo el señor de Schaller—, se creyó que este mar podría extenderse en una

superficie de 15.000 kilómetros cuadrados. Pero de esta cifra fue necesario restar una tercera parte, constituida por los puntos cuyo nivel es superior al del Mediterráneo. En realidad, según las evaluaciones del capitán Roudaire, es de 8.000 kilómetros cuadrados la superficie inundable de los *chotts*, Rharsa y Melrir, con una profundidad media de 27 metros más bajo que el nivel del golfo de Gabes».

Y entonces, paseando por el mapa un puntero que tenía en la mano, detallando la vista panorámica, que también estaba expuesta, el señor de Schaller pudo arrastrar a su auditorio a través de todas aquellas regiones.

A partir del litoral, la más baja de las cotas superiores al nivel del mar era de 15,52 metros, y la superior, de 31,45, inmediata a Gabes. Dirigiéndose hacia el oeste, no se encuentran las primeras depresiones hasta los 227 kilómetros del mar en la cubeta del *chott* de Rharsa. Luego, el suelo se levanta durante 30 kilómetros hasta el umbral de Ashoudje, para descender de nuevo durante 50 kilómetros hasta el *chott* del Melrir, que es en gran parte inundable en una extensión de 55 kilómetros. En este punto se cruza el grado de longitud 3,40 con el paralelo, y la distancia que hay desde aquí hasta el golfo de Gabes ha de cifrarse en 402 kilómetros.

—Tal fue, señores —continuó el conferenciante—, el trabajo geodésico llevado a cabo en estas regiones. Pero si 8.000 kilómetros cuadrados, por razón de su cota negativa, estaban en condiciones para recibir las aguas del golfo, la apertura de un canal de 227 kilómetros, dada la naturaleza del suelo, ¿no sería superior a las humanas fuerzas?...

»Después de profundos estudios y de experiencias varias, el capitán Roudaire opinó resueltamente que la empresa era factible.

»No se trataba, como se ha dicho en un notable artículo del señor Maxime Helene, de abrir un canal a través de un desierto arenoso, como en Suez, o en las montañas calcáreas, como en Panamá y en Corinto. Esto sería en una corteza salina en la que se efectuaría el desbrozamiento, y, gracias a un drenaje, el terreno estaría suficientemente seco para las necesidades de este trabajo. E, incluso, aunque sobre el paso bajo que separa Gabes de la primera *sebkha* haya una extensión de veinte kilómetros, el pico no debe encontrar más que un banco calcáreo de treinta metros de

profundidad. Todo el resto de la obra efectuaríase en terreno relativamente blando».

El conferenciante resumió y recordó entonces con gran precisión las ventajas que, según Roudaire, debían resultar de esta obra gigantesca. En primer lugar, el clima de Argelia y Tunicia mejoraría notablemente. Bajo la acción de los vientos del sur, las nubes, formadas por los vapores de la nueva mar, resolveríanse en lluvias beneficiosas para toda la región en provecho de su rendimiento agrícola. Además, estas actuales depresiones de las *sebkhas* tunecinas de Djerid y de Fedjedj, los *chotts* argelinos de Rharsa y de Melrir, actualmente depósitos de aguas pantanosas, se sanearían bajo el profundo lecho de las aguas permanentes. Y después de estas mejoras físicas, ¡qué de incremento no recibiría el comercio de esta región, transformada por la mano del hombre!

Por último, el señor Roudaire hacía valer estas razones: que la región al sur del Aurés y del Atlas contaría con nuevas vías de comunicación, por donde las caravanas podrían viajar con mayores seguridades; que el comercio, gracias a una flotilla, se desenvolvería en toda aquella comarca, cuyas condiciones topográficas impedían hasta entonces la comunicación entre los diversos puntos, y que las tropas, en condiciones de acudir a cualquier punto, asegurarían la tranquilidad, aumentando la influencia francesa en aquella parte de África.

«Y sin embargo —añadió el conferenciante—, aunque ese proyecto de un mar interior haya sido estudiado con un cuidado escrupuloso, aunque en las operaciones geodésicas ha presidido la más rigurosa atención, numerosos contradictores quieren negar las ventajas que la región obtendría de este gran trabajo».

Luego, el señor de Schaller examinó uno por uno los argumentos reproducidos en los artículos de diferentes periódicos en la época en que se hizo una guerra sin cuartel a la obra del capitán Roudaire.

Primero se dijo que, dada la longitud del canal que había de conducir las aguas y la cubicación de las depresiones, éstas no se llenarían jamás.

Luego se pretendió que, poco a poco, el agua salada del mar del Sahara se infiltraría a través del suelo de los oasis vecinos, y remontando a la superficie, por un efecto natural de la capilaridad, destruiría las vastas plantaciones de dátiles que constituyen la

riqueza del país.

Algunos críticos de carácter serio han asegurado que las aguas del mar no llegarían jamás a las depresiones porque se evaporarían cotidianamente a través del canal. Y contra esto puede argüirse que en Egipto, bajo los ardientes rayos de un sol comparable al del Sahara, el lago Monzalet, que se suponía no podía ser llenado, lo está, a pesar de no tener entonces la sección del canal más que cien metros.

Se ha expuesto también la imposibilidad, o, por lo menos, las grandes dificultades que se opondrían a la apertura del canal. Pues contra esto están las experiencias demostrativas de que el suelo desde Gabes hasta las primeras depresiones es de naturaleza tan blanda, que a veces la sonda penetraba tan sólo por la acción de su propio peso.

Además, los detractores de la obra echaron por delante pronósticos alarmantes.

En las partes planas se formarían lagunas cenagosas que con sus pestilencias infestarían la región. Los vientos dominantes, en vez de soplar del sur, como suponían los autores del proyecto, soplarían generalmente del norte. Las lluvias producidas por la evaporación de la nueva mar, lejos de caer sobre las campiñas de Argelia y de Tunicia, irían a perderse inútilmente sobre las inmensas llanuras arenosas del gran desierto.

Estas críticas fueron como el punto de partida eje un período nefasto, en el que se produjeron acontecimientos hechos para evocar la idea de la fatalidad en estas comarcas donde el fatalismo reina como dueño y señor; acontecimientos que están grabados en la memoria de todo el que por entonces vivía en Tunicia.

Los proyectos del capitán Roudaire habían seducido la imaginación de los unos y despertado la pasión especuladora de los más. El gran Lesseps acogió la empresa con gran entusiasmo, hasta el momento de solicitarse su concurso para la apertura del canal de Panamá.

Todo esto trascendió hasta los indígenas de las tribus nómadas o sedentarias, que vieron en el proyecto una amenaza a sus intereses y a su independencia. Así es que se promovió una agitación sorda entre los africanos, que consideraban la empresa como un atentado a lo que ellos tenían por intangibles derechos seculares.

Poco después el capitán Roudaire sucumbía, más bien bajo el influjo de la decepción que a consecuencia de la enfermedad. La obra iniciada por él durmió largo tiempo, cuando algunos años después, en 1904, habiendo los americanos tomado por su cuenta el canal de Panamá, ingenieros y capitalistas extranjeros desempolvaban el proyecto del pobre Roudaire, fundando una sociedad que, bajo el nombre de Compañía franco-extranjera, se organizó para comenzar los trabajos y llevarlos rápidamente a buen fin en provecho de Tunicia, y por contragolpe, de la prosperidad argelina.

Entretanto, la idea de penetración hacia el Sahara hablase impuesto a muchos espíritus, y el movimiento en este sentido crecía en la misma proporción del abandono del proyecto de Roudaire. El ferrocarril del Estado rebasaba ya Beni-Oenif, en el oasis de Figuig, y se transformaba en cabeza del transhariano.

«No puedo entrar aquí —continuó el señor de Schaller— en consideraciones retrospectivas sobre las operaciones de aquella compañía, sobre la energía que desplegó y sobre los considerables trabajos que hubo de emprender, con más audacia que reflexión. Operaba, como ya sabéis, en un territorio muy vasto, y no ofreciendo a sus ojos sombra de duda, la compañía se preocupó de todo, entre otras cosas, del servicio forestal, al que dio por cometido el fijar las dunas, ejecutando trabajos idénticos a los que en las Landas de Francia habían protegido las costas contra la doble invasión del mar y de la arena. Es decir, que antes de la realización de sus proyectos, le pareció necesario, indispensable, el poner a los poblados existentes, y a los que en lo sucesivo se fundaran, al abrigo de las sorpresas de una mar futura, que no había de ser, ciertamente, un lago tranquilo, y del que era prudente prevenirse de antemano.

»Al mismo tiempo, imponíase todo un sistema de trabajos hidráulicos para la distribución de agua potable de los *ued* y de los *rhiss*. ¿No era necesario evitar herir a los indígenas en sus hábitos y en sus intereses? El triunfo era a este precio. ¿No era necesario también, sin excavar, instalar puertos en los que el cabotaje, rápidamente organizado, produciría inmediatamente provecho?

»Pero estos trabajos, emprendidos en cien lugares a la vez, exigían un número enorme de trabajadores, y poblados

provisionales surgieron allí donde la víspera reinaba la más completa soledad. Los nómadas, aunque moralmente rebelados, estaban contenidos por aquella falange de obreros. Los ingenieros se prodigaban sin reserva, y su ciencia infatigable imponíase a aquella masa de hombres que trabajaban bajo sus órdenes y que tenían en ellos una confianza ilimitada. Por aquel entonces el sur tunecino empezaba a convertirse en una verdadera colmena humana, donde los especuladores de toda laya, comerciantes, traficantes, etc., se dedicaban a explotar a los trabajadores, que, no pudiendo vivir del país, no tenían más remedio que entregarse a los proveedores, procedentes de no se sabe dónde, pero que siempre se encuentran donde se producen estas afluencias.

»Había en aquel ambiente el sentimiento de una amenaza indefinida, algo así como la vaga angustia que precede a todos los cataclismos atmosféricos, y que turbaba a toda aquella gran muchedumbre, rodeada por la inmensa soledad; una soledad donde se adivinaba algo, no se sabía qué, pero seguramente algo misterioso en los alrededores sin límites, por decirlo así, donde no se veía a un ser viviente, hombre o bestia, y donde todo parecía sustraerse a las miradas de los trabajadores.

»Vino el fracaso, como consecuencia de imprevisiones y de cálculos erróneos, y la Compañía franco-extranjera se vio en la necesidad de suspender pagos, y bien pronto de dar por terminados sus trabajos. Desde entonces las cosas han quedado en tal estado, y yo trato de convencerlos de la posible continuación de estos grandes trabajos interrumpidos. La Compañía franco-extranjera había querido hacerlo todo a la vez: trabajos de los órdenes más diversos, especulaciones de todo género, y muchos de ustedes se acordarán del triste día en que fue obligada a hacer su liquidación, sin haber podido acabar su vasto programa. Los mapas que acabo de mostraros indican los trabajos emprendidos por la Compañía franco-extranjera.

»Pero estos interrumpidos trabajos existen; el clima africano, esencialmente conservador, no los ha destruido, y nada más legítimo para una nueva sociedad que utilizarlos sabiamente, satisfaciendo una indemnización que dependerá del éxito que obtenga nuestra empresa. Pero es indispensable conocerlos *de viso*, saber a ciencia cierta el partido que de ellos puede sacarse. Para

esto me propongo inspeccionarlos detenidamente, primero solo, más tarde en compañía de sabios ingenieros y siempre bajo la protección de una escolta suficiente para garantizar nuestra seguridad.

»No es que me inspiren gran cuidado los indígenas, a pesar de la complicación debida al acantonamiento de algunas tribus tuaregs en los territorios del sur, acontecimiento que tal vez tenga su lado bueno. ¿No fueron los beduinos del desierto excelentes colaboradores en la empresa del canal de Suez? Por el momento, parece que están tranquilos; pero permanecen vigilantes, y no sería prudente fiarse demasiado de las apariencias. Con un soldado tan bravo y experto como el capitán Hardigan, seguro de los hombres que manda y al corriente de las costumbres de los habitantes de estas comarcas, nada tendremos que temer los expedicionarios. Al regresar, os comunicaremos observaciones absolutamente precisas y estableceremos con exactitud el presupuesto para la terminación de los trabajos, de suerte que podáis asociaros a la gloria y me atrevo a decir que a los beneficios de una empresa grandiosa, tan feliz como patriótica, condenada en sus comienzos, pero que, gracias a ustedes, realizaremos ahora, para honor y prosperidad de la patria, que nos ayudará, y que, como ya en el sur oranés, sabrá hacer de las tribus todavía hostiles los más seguros y fieles guardianes de nuestra incomparable conquista sobre la naturaleza.

»Señores: ya saben quién soy y qué fuerzas apporto a esta gran obra; fuerzas financieras y fuerzas intelectuales, que, estrechamente unidas, vencerán a todos los obstáculos. Os garantizo que lograremos el éxito que nuestros antecesores no tuvieron la fortuna de alcanzar. Con absoluta confianza en la victoria y una constante energía, lo demás vendrá por sí mismo. Cien años después que la bandera francesa flotó por primera vez en Argelia, veremos evolucionar nuestra flotilla por el mar del Sahara y aprovisionar nuestros puertos del desierto».

CAPÍTULO V

LA CARAVANA

Después de la expedición proyectada en la forma que el señor de Schaller había expuesto en la reunión del Casino, reanudaríanse los trabajos con orden y energía, y las aguas del golfo introduciríanse a través del nuevo canal. Pero antes era indispensable inspeccionar sobre el terreno todo lo que quedaba de los antiguos trabajos, y para ello había parecido conveniente recorrer toda aquella parte del Djerid, seguir el trazado del primer canal hasta su desembocadura en el *chott* Rharsa; la del segundo desde aquí al de Melrir a través de los de menor importancia que los separan, dar la vuelta a este último tras la reunión de una columna de trabajadores, contratados en Biskra, y luego fijar definitivamente el emplazamiento de los diversos puertos del mar del Sahara.

Para hacer valer los dos millones quinientas mil hectáreas de terreno concedidas por el Estado a la Compañía franco-extranjera, y para indemnizar a los acreedores de los trabajos efectuados, así como lo que quedaba de materiales, habíase creado una poderosa sociedad, bajo la dirección de un consejo de administración cuyo domicilio social estaba en París. El público hizo muy buena acogida a las obligaciones emitidas por esta nueva sociedad. En Bolsa empezaron a negociarse con alza, justificada por los éxitos financieros obtenidos en grandes negocios por los que estaban a la cabeza de esta gran empresa. El porvenir de esta obra, una de las más considerables del siglo xx, —parecía estar asegurado bajo todos los aspectos.

El ingeniero-jefe de esta nueva sociedad era precisamente el conferenciante que acababa de hacer la historia de los trabajos ejecutados con anterioridad. El reconocimiento del estado actual de esos trabajos había de ser hecho por él.



El señor de Schaller frisaba en los cuarenta, y era hombre de estatura regular, frente despejada, pelo de un rubio rojizo, ojos muy vivos y mirada penetrante. Su anchura de hombros, la robustez de sus músculos, su desarrollo torácico indicaban una constitución de las más sólidas. Su aspecto moral no le iba en zaga a la parte física. Obtenido el título de ingeniero con brillantes concepciones, sus primeros trabajos llamaron justamente la atención, y desde entonces caminó con paso rápido por el camino de la fortuna. Jamás mentalidad alguna fue más positiva que la suya. Espíritu

reflexivo, metódico, matemático —si puede admitirse este epíteto—, no se dejaba arrastrar por la fantasía: calculaba el pro y el contra de una situación o de un negocio con una precisión llevada «hasta la décima cifra decimal», como decían sus admiradores. Todo lo reducía a ecuaciones, y si alguna vez el sentido imaginativo fue rehusado a un ser humano, bien puede decirse que era a este hombre-cifra, al hombre-álgebra que estaba encargado de dirigir los colosales trabajos del mar del Sahara.

Desde el momento en que el señor de Schaller, después de haber estudiado, fría y minuciosamente, el proyecto del capitán Roudaire lo declaraba realizable, no era admisible que bajo su dirección hubiera un fracaso, ni en la parte material ni en la financiera.

«Puesto que Schaller está metido en el asunto —repetían los que conocían al ingeniero—, el negocio tiene que ser bueno»; y todo hacía creer en el éxito.

El ingeniero quiso conocer el perímetro del futuro mar, comprobar que nada detendría el paso de las aguas a través del primer canal hasta Rharsa, y del segundo hasta Melrir; verificar el estado de las orillas que habían de contener aquella masa líquida de veintiocho mil millones de toneladas.

Como el cuadro de sus futuros colaboradores debía comprender tanto elementos procedentes de la compañía, como ingenieros o contratistas nuevos, pues muchos y los más importantes no podían encontrarse en esa época en Gabes, el ingeniero-jefe, para evitar todo conflicto ulterior de atribuciones, había tomado el partido de llevar consigo a algún miembro del personal todavía incompleto de la Sociedad.

Acompañaba al señor de Schaller un ordenanza. Puntual, metódico, «militarizado», por decirlo así, aunque no había servido en el ejército, Francois era el hombre que convenía a su señor. Dotado de una excelente salud, soportaba sin queja las mayores fatigas, y eso que no le habían faltado en los diez años que llevaba al servicio del ingeniero. Hablaba poco, pero la economía de las palabras redundaba en provecho del pensamiento. Un hombre reflexivo, si los hay, y a quien el ingeniero estimaba como un perfecto instrumento de precisión. Era sobrio, discreto, limpio; no usaba ni bigote ni patillas, y se afeitaba todos los días, sin que por difíciles que fueran las circunstancias dejara de ejecutar esta

operación cotidiana.

Huelga advertir que la expedición organizada por el ingeniero-jefe de la Sociedad francesa del mar del Sahara no se llevó a cabo sin antes tomar las debidas precauciones. Aventurarse a través del Djerid sin más compañía que su criado, hubiese sido una imprudencia insigne. Sabido es que allí los caminos no son seguros, ni siquiera para las caravanas. No era posible olvidar las agresiones de Hadjar y de su banda, y precisamente este temible jefe, después de haber sido preso y encarcelado, acababa de evadirse antes de que la justa condenación que le esperaba hubiese librado al país de sus fechorías.

No era mucho suponer que el bandido volviese a las andadas. Las circunstancias le favorecían, porque los árabes del sur de Argelia y de Tunicia, a más de los sedentarios y nómadas del Djerid, no habían de aceptar sin protesta la resurrección del proyecto del capitán Roudaire, que suponía la desaparición de varios oasis del Rharsa y del Melrir. Aunque los propietarios recibiesen una indemnización, nunca la cuantía llenaría la medida de su deseo. Había, pues, intereses lesionados, y los indígenas sentían un odio profundo contra los que trataban de que desaparecieran sus fértiles plantíos bajo las aguas procedentes de la Pequeña Sirte. Y ahora, entre los muchos a quienes el nuevo estado de cosas perturbaba en su modo de ser, era preciso contar los tuaregs, siempre dispuestos a reanudar su vida de aventuras, de agresores de caravanas.

¿Qué sería de ellos cuando faltaran las rutas entre los *sebkha* y los *chau*, cuando el comercio no se efectuara más por las cáfilas que desde tiempo inmemorial cruzaban por el desierto entre Biskra, Touggourt y Gabes?... Luego sería una flotilla la que transportase las mercancías. ¿Y cómo la iban a atacar los tuaregs?... Era la ruina en breve plazo: la ruina de los hamámma, de los souafa, de los benizid, de los nememcha, de los omaghama, de todas las tribus que vivían de la piratería y del pillaje.

Se comprenderá, pues, qué irritación sorda habíase producido entre estos africanos. Sus sacerdotes les excitaban a la rebelión. En más de una ocasión los obreros árabes empleados en las obras del canal fueron asaltados por las bandas sobreexcitadas, y fue necesario que las tropas argelinas los protegieran.

—¿Con qué derecho —decían ellos— estos extranjeros quieren

convertir en mar nuestros oasis y nuestras llanuras?... ¿Por qué se pretende deshacer lo que ha creado la naturaleza? ¿No es ya bastante grande el Mediterráneo, para que quieran meterlo en nuestra casa?... Que naveguen ellos cuanto quieran, si así les place; nosotros somos gente de tierra, y el Djerid está destinado para que lo recorran las cáfilas y no los barcos... ¡Es necesario aniquilar a estos extranjeros antes que hayan logrado inundar la tierra que nos pertenece, el país de nuestros antepasados, por la invasión del mar!...

Esta agitación, siempre creciente, había influido no poco en la ruina de la Compañía franco-extranjera. Con el tiempo pareció apaciguarse, en vista de que abandonaban los trabajos; pero la invasión del desierto por el mar había quedado indeleble en el espíritu de los pobladores del Djerid. Cuidadosamente mantenido por los tuaregs desde su establecimiento al sur de Arad, así como por los «hadjis» o peregrinos que regresaban de La Meca y atribuían al canal de Suez la pérdida de la independencia de sus correligionarios de Egipto, continuaba siendo para todos una preocupación que no se concertaba apenas con el fatalismo musulmán. Las instalaciones abandonadas, con su material fantástico de enormes dragas provistas de extraordinarios elevadores con la apariencia de brazos monstruosos, de excavadores que, con justa razón, eran comparados a gigantes pulpos terrestres, representaban un papel fabuloso en los relatos de los noveladores del país, cuya raza gusta de lo maravilloso, al estilo de los cuentos de *Las mil y una noches* y de otros innumerables inventados por árabes, persas o turcos.

Estos relatos mantenían en el espíritu de los indígenas la obsesión de la invasión del mar, reavivando los antiguos recuerdos.

No era, pues, de extrañar que más de una vez Hadjar y sus partidarios hubieran tomado parte en diversas agresiones en la época a que hacemos referencia.

La expedición del ingeniero iba a efectuarse bajo la protección de una escolta de espahíes, que iría a las órdenes del capitán Hardigan y del teniente Villette, y hubiera sido difícil hacer una elección más acertada que la de estos dos oficiales, que, conociendo el sur y habiendo conducido a buen fin la dura campaña contra Hadjar y su banda, debían estudiar las medidas de seguridad a

tomar para el porvenir.



El capitán Hardigan estaba en todo el vigor de la vida —apenas contaba treinta y dos años—; era inteligente, audaz, pero de una audacia que no excluía la prudencia; muy hecho a los rigores del clima africano y de una resistencia física de la que ya había dado pruebas en varias campañas. Era un oficial en la más completa acepción de la palabra; alma de soldado, que no concebía otra profesión que la de militar. Además, soltero y hasta sin parientes cercanos, puede decirse que su familia era su regimiento y sus

hermanos, los camaradas. Era muy estimado de sus jefes y compañeros, y en cuanto a sus subordinados, le eran tan afectos que por él irían hasta el sacrificio. Todo podía esperarlo de ellos, puesto que estaban siempre dispuestos a obedecerle ciegamente.

Por lo que al teniente Villette respecta, bastará decir que era valiente como su capitán, enérgico y resuelto como él, como él, infatigable y excelente jinete, de todo lo cual había ya dado pruebas en anteriores expediciones. Era un oficial distinguido, perteneciente a una acaudalada familia de industriales, y ante el que se abría un brillante porvenir. Procedente de la Escuela de Saumur, con uno de los primeros números, no tardaría en obtener el grado inmediato.

El teniente Villette debía volver a Francia cuando ya estaba decidida la expedición a través del Djerid. Cuando supo que la escolta la mandaría Hardigan, fue en su busca y le dijo:

—Mi capitán, me alegraría mucho ser de los vuestros.

—Y yo también lo celebraría —le contestó el capitán, en el tono de un franco compañerismo.

—Mi regreso a Francia lo dejaré para de aquí a dos meses.

—Muy bien, mi querido Villette; así llevaríais a la patria impresiones frescas acerca del mar del Sahara.

—Es verdad, mi capitán, y veremos por última vez esos oasis argelinos antes de que desaparezcan bajo las aguas...

—Desaparición que verosíblemente durará tanto como la vieja África —contestó Hardigan—; es decir, tanto como nuestro mundo sublunar.

—Es de creer, mi capitán. Quedamos en ello, ¿no es así? Tendré el gusto de hacer con usted esta pequeña campaña, que no será más que un paseo.

—Nada más que un paseo, mi querido Villette; sobre todo, desde que hemos logrado desembarazarnos de ese endiablado Hadjar.

—Es una captura que le honra a usted, mi capitán.

—Y también a usted, Villette.

No hay para qué advertir que esta conversación tenía lugar antes de que el jefe tuareg lograra evadirse del fuerte de Gabes. Pero una vez conocida su fuga, había motivo para temer nuevas agresiones y hasta un levantamiento de aquellas tribus, cuya condición de existencia había de modificar considerablemente al proyectado mar interior.

La expedición había de caminar, pues, Con gran cautela a través del Djerid, y el capitán Hardigan pondría en ello toda su atención y experiencia.

Hubiera sido muy sorprendente que Nicol no formase parte de la escolta. Donde iba el capitán Hardigan, allí estaba el suboficial. Se recordará que tomó parte en la captura de Hadjar, y no habíade dejar en esta ocasión a su capitán, que tal vez tuviera que habérselas de nuevo con las bandas de los tuaregs.

El suboficial Nicol contaba treinta y cinco años de edad y había servido siempre en el mismo regimiento de espahíes. No pretendía más que ganar para la vejez un modesto retiro; pero esto lo más tarde posible. Soldado de una extraordinaria resistencia y amor al oficio, Nicol no tenía más culto que el de la disciplina. Era para él la gran ley de la existencia, y hubiese querido que se aplicase lo mismo al elemento civil que al militar. Pero si bien admitía que el hombre fue creado únicamente para servir bajo la bandera, también opinaba que hubiera quedado incompleto de no haber encontrado su complemento natural en el caballo.

Nicol solía decir:

«Mi caballo y yo no constituimos más que un solo ser... Yo soy su cabeza, él es mis piernas... Convendréis conmigo en que las patas del caballo están mejor dispuestas para la marcha que las del hombre. ¡Y si al menosuviésemos cuatro!... Pero no tenemos más que dos, cuando nos hacen falta lo menos media docena».

Como se ve, el suboficial envidiaba a los miriápodos. Lo cierto era que su caballo y él estaban hechos el uno para el otro.

Nicol era hombre de buena estatura, ancho de hombros, el pecho abombado, seco y nervioso; antes que engordar hubiera sido capaz de todos los sacrificios. Se hubiera considerado como el más infeliz de todos los humanos si hubiese advertido el más ligero síntoma de obesidad. Llevaba siempre una perilla puntiaguda, el bigote espeso; los ojos, de un gris acerado, se movían incesantemente en las órbitas; su mirada era de tan extraordinario alcance que distinguía, como las golondrinas, una mosca a cincuenta pasos, lo que provocaba la profunda admiración del cabo Pistache.

Éste era un tipo de eterno buen humor, que jamás se quejaba de tener hambre, aun cuando se pasara mucho tiempo sin comer; ni de

sed, a pesar de que el agua escaseaba mucho en las interminables llanuras calcinadas por el sol de fuego del desierto. Era uno de esos buenos meridionales de Provenza, en los que nunca prende la melancolía, y por quien Nicol sentía debilidad. Así es que siempre estaban juntos, y seguramente no se separarían durante la expedición.

La escolta del ingeniero Schaller estaba compuesta de un cierto número de espahíes, con dos carros tirados por mulos para el transporte de material de campamento y víveres.

Al hablar de los caballos que montaban los oficiales y sus hombres, debe hacerse mención especial al de Nicol, así como al perro, que jamás le abandonaba.

El caballo había recibido de su dueño el significativo nombre de *Adelantado*, y esta calificación la justificaba el animal por el incesante afán de avanzar más que los otros, siendo necesario ser tan buen jinete como Nicol para mantenerle en la fila. Por lo demás, sabido es que el hombre y la bestia se entendían a maravilla.

Pero, si es admisible que un caballo se llame *Adelantado* ¿cómo un perro ha podido jamás llamarse *Valiente*? ¿Es que este perro tenía los talentos de un Munito o de otras celebridades de la raza canina?... ¿Es que aparecía en los circos ambulantes?... ¿Es que jugaba a las cartas en público?...

No, el compañero de Nicol y de *Adelantado* no poseía ninguno de estos talentos de sociedad. No era más que un bravo y fiel animal que hacía honor al regimiento, donde todos le festejaban, lo mismo jefes que soldados. Pero su verdadero amo era el suboficial, como su más íntimo amigo era el caballo.

Nicol tenía una extraordinaria pasión por el juego de *rams*; a decir verdad, era su única pasión, la única en los ratos de ocio de la guarnición. Le parecía difícil que existiera alguna cosa más atrayente para el empleo de los simples mortales; él tenía entonces bastante fuerza, y sus numerosas victorias le habían hecho valer el sobrenombre de «Mariscal Rams», del que estaba muy orgulloso.

Pues bien, dos años antes, Nicol había dado un golpe feliz entre todos, un golpe de última hora, del cual gustaba acordarse. Sentado en una mesa de un bar de Tunicia, con dos de sus camaradas, delante del tapete en el que se mostraba un juego de 32 cartas, después de una sesión bastante larga, con gran satisfacción de sus

amigos, su suerte y su maestría habituales habían cambiado completamente. Cada uno de los tres adversarios había ganado tres partidas; ya era tiempo de hacer una cuarta, y una última partida debía decidir la victoria final. El «Mariscal Rams» sentía que ésta se le escapaba: tenía un día de mala suerte. Cada uno de los jugadores no tenía más que una carta en la mano: sus dos adversarios echaron, uno, la dama de corazones; el otro, el rey de corazones, su suprema esperanza. Ellos podían suponer que el as de corazones o el último triunfo estarían en el montón de las once cartas sobrantes.

—¡Corto a corazones! —exclamó Nicol con voz retumbante, y golpeando la mesa con tal golpe de puños que su carta de triunfo voló hasta el medio de la sala.

Quien la recogió delicadamente, quien la llevó entre sus dientes, fue el perro, el cual, hasta aquel día memorable, se había llamado Misto.

—Gracias, gracias, mi camarada —exclamó Nicol, más orgulloso de su doble victoria que si hubiera arrebatado dos banderas al enemigo—. ¡Corto a corazones! ¿Entiendes? ¡He cortado a corazones! ¡Valiente!

El perro dejó escapar un largo ladrido de satisfacción.

—Sí... Valiente —repetía Nicol—, y no será Misto como te llamarás ahora... ¡será Valiente! ¿Te gusta?...

Sin duda, este nuevo nombre le gustaba a este digno animal, pues, después de muchos brincos, saltó sobre las rodillas de su amo, que se encontró boca arriba de golpe.

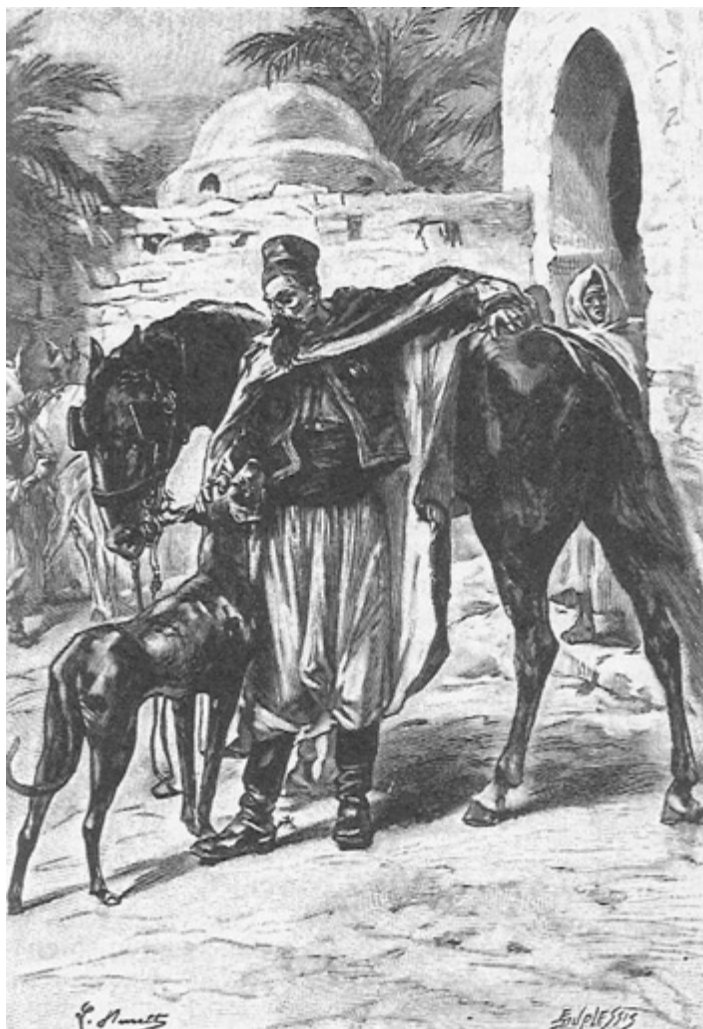
No se dudará de que este proyecto de una nueva expedición no fue acogido con una extrema satisfacción por el suboficial Nicol y por el cabo Pistache. Pero seguro que no causaría una alegría menor a *Adelantado* y a *Valiente*.

La víspera de la partida, el bueno de Nicol, en presencia del cabo, tuvo una conversación con sus dos inseparables.

—Sabes, mi viejo *Adelantado*? —dijo el suboficial, dando palmaditas en el cuello al caballo—, vamos a emprender otra campaña.

Es probable que el cuadrúpedo comprendiese lo que le decía su dueño, porque lanzó un relincho de alegría.

A este relincho el perro correspondió con una serie de pequeños ladridos de placer.



—Si, to también seras de la partida —añadio su amo, en tanto que el can daba saltos como si se quisiera subir a lomos del caballo, lo que no hubiera sido la primera vez que se verificaba, sin que pudiera decirse, cuando tal cosa sucedía, cual de los dos estaba más satisfecho, si el perro por ir a caballo o el caballo por llevar al perro.

—Mariana dejaremos Gabes —continuo diciendo Nicol—, y espero que estareis despiertos y que no os quedareis detrás.

Nuevos relinchos y nuevos ladridos para responder a la recomendación.

—A propósito, sin duda no sabéis que ese demonio de Hadjar se ha largado a la chita callando...; ese maldito tuareg que habíamos cazado juntas.

Si el perro y su compañero no estaban enterados, ya sabían por su amo que el bandido aquel andaba otra vez suelto.

—Pues bien, camaradas —declaro Nicol—, es bien posible que volvamos a encontrarlo, y no habrá más remedio que echarle de nuevo el guante... Vaya, hasta mañana.

Y seguramente, de haber estado en los famosos tiempos en que hablaban las bestias y decían, indudablemente, muchas menos majaderías que los hombres, el perro y el caballo hubiesen contestado:

¡Hasta mañana, amo nuestro, hasta mañana!

CAPÍTULO VI

DE GABES A TOZEUR

El 17 de marzo, a las cinco de la mañana, la expedición salía de Gabes, en el momento en que el sol aparecía en el horizonte de la Pequeña Sirte, haciendo brillar las extensas Llanuras arenosas de los *chotts*.

El tiempo estaba hermoso; una ligera brisa del norte atravesaba el espacio, barriendo el cielo de unas cuantas nubecillas que iban disipandose rápidamente.

Tocaba a su fin el invierno. Las estaciones, sucédense con regularidad bajo el clima del Africa oriental. El periodo de las lluvias, el *echchta*, no dura más que los meses de enero y febrero. El estío, con sus extremadas temperaturas, es de mayo a octubre, dominando los vientos nordeste al noroeste. El ingeniero Schaller y su escolta viajaban en muy buena época, y la campaña de reconocimiento se terminaría, seguramente, antes de los terribles calores, que hacen tan penoso el camino a través de las llanuras del desierto sahariano.

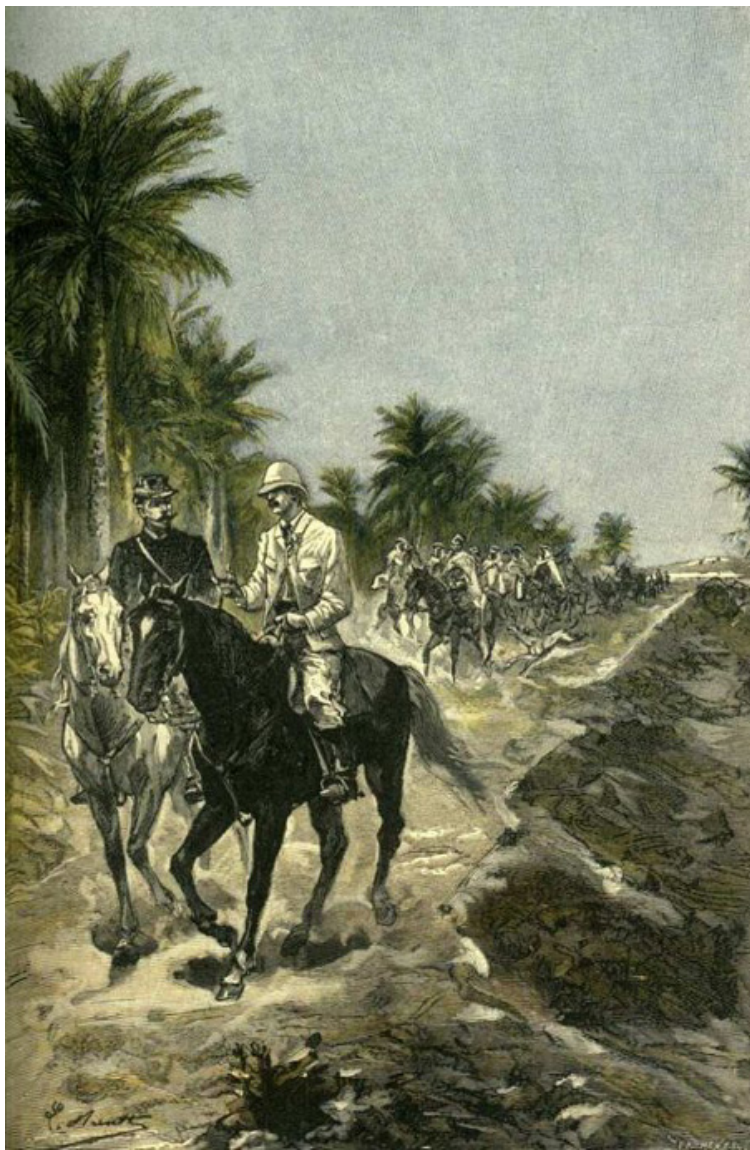
Gabes no tenía puerto, propiamente dicho. La antigua caleta de Tnoupe no era abordable mas que para los barcos de poco calado. El golfo, en forma de semicírculo, entre el grupo de las Kerkenna y las islas Lotófagas, es lo que se llama Pequeña Sirte, y los navegantes la temen tanto coma a la Grande, tan fecunda en siniestros marítimos.

En la embocadura del Oued-Melah es donde habíanse hecho todos los preparativos para el nuevo puerto, que era, ademas, donde el canal había de comenzar. De la playa de Gabes habíanse ya extraído veintidós millones de metros cúbicos de tierra y arena, quedando sólo lo necesario para retener las aguas del golfo. Para suprimir esta masa de contención bastarían unos cuantos días; pero

excusado es decir que la operación no había de efectuarse hasta el último momento, cuando estuviesen terminados todos los trabajos de defensa, abertura y profundización en el interior. También había que tener en cuenta el establecimiento de un puente para la línea del ferrocarril de Kairuán a Feriana y Gafsa.

Esta primera sección del canal era la que había costado más trabajo y producido más gastos. El terreno por aquella parte ofrece una especial estructura, encontrándose entre las arenas grandes masas rocosas de muy difícil extracción.

A partir de la desembocadura del Oued-Melah, el canal se dirigía hacia las llanuras del Djerid, y siguiendo su trazado, tan pronto por una como por otra orilla, el destacamento dio comienzo a sus etapas. Del kilómetro veinte partía la segunda sección del canal, que seguía en lo posible la ribera septentrional para disminuir las dificultades y los escollos propios de la naturaleza misma del terreno de los *chotts*.



El ingeniero Schaller y el capitán Hardigan marchaban a la cabeza, escoltados por unos cuantos espahíes. Después iba el convoy que transportaba el material de víveres y de campamento a las órdenes del suboficial Nicol. Un pelotón, mandado por el teniente Villette, formaba la retaguardia.

Esta expedición había de hacer jornadas cortas, puesto que no

tenía por objeto más que reconocer el estado de los trabajos en el trazado del canal en todo su recorrido, primero hasta el *chott* Rharsa y luego hasta el de Melrir. Si es cierto que las caravanas yendo de oasis en oasis, bordeando al sur las montañas y mesetas de Argelia y Tunicia, llegan a recorrer hasta cuatrocientos kilómetros en diez o doce días, el ingeniero resolvió no hacer más que jornadas de una docena de kilómetros cada veinticuatro horas, pues había que tener en cuenta el mal estado en que estaban las pistas y las viejas rutas.

—No vamos a hacer ningún descubrimiento —decía el señor de Schaller—, sino sencillamente a darnos cuenta de lo que nos dejaron nuestros antecesores.

—Perfectamente, mi querido amigo —le contestó el capitán Hardigan—; además, que desde hace mucho tiempo no hay nada que descubrir en esta parte del Djerid. Por lo que a mí respecta, no me disgusta visitarlo por última vez antes de que sea transformado. ¿Ganaré en el cambio?

—Cierto, capitán, y si quiere usted volver... —¿Dentro de quince o veinte años?...

—No, no tanto; estoy convencido de que bien pronto encontraría usted la animación de la vida comercial allí donde ahora no reinan más que las soledades del desierto...

—Lo que tiene su encanto, mi compañero. —Sí... todo el encanto que pueden tener el abandono y el vacío.

—Para un espíritu como el vuestro, claro está que no existe ese encanto; pero ¿quién sabe si los viejos y fieles admiradores de la naturaleza no tendrán motivo para lamentar las transformaciones que el género humano le impone!

—Vaya, vaya, mi querido Hardigan, no se queje usted demasiado, pues si todo el Sahara hubiera sido de un nivel inferior al del Mediterráneo, esté usted seguro de que lo hubiéramos convertido en mar desde el golfo de Gabes hasta el litoral del Atlántico, como así ha debido de ser en algunos períodos geológicos.

—Decididamente —declaró sonriendo el oficial—, los ingenieros modernos no respetan nada. Si se les dejara hacer, acabarían por nivelarlo todo, y nuestro globo no sería más que una bola lisa y pulida, como un huevo de avestruz, convenientemente dispuesta para el establecimiento de ferrocarriles.

Bien puede decirse que, durante el tiempo que duró la expedición a través del Djerid, el ingeniero y el capitán continuaron mirando las cosas desde puntos de vista diferentes; pero no por eso fueron menos amigos.

La travesía del oasis de Gabes se hizo por medio de un país encantador. Allí es donde se encuentran ejemplares de la diversa flora africana entre las arenas marítimas y las dunas del desierto. Los botánicos llevan recogidas allí 563 especies de plantas. No pueden quejarse los habitantes de este afortunado oasis, pues la naturaleza les ha prodigado sus favores. Si bien los bananos, los morales y la caña de azúcar son raros, al menos se encuentran en abundancia higueras, almendros, naranjos, que se multiplican bajo los altos abanicos de las innumerables datileras, sin hablar de sus ribazos ricos en viñas y de sus campos de cebada que se desarrollan hasta perderse de vista. Además, el Djerid es el país de los dátiles, y cuenta con más de un millón de estos árboles, de los que existen 150 variedades, entre otras el «dátil-luminoso», que tiene la carne transparente, y es de calidad superior a los de otras regiones.

Más allá de los extremos límites de este oasis, remontando el curso del Oued-Melah, la caravana se internó en un terreno árido, a través del cual prolongábase el nuevo canal. Allí es donde los trabajos habían exigido el concurso de millares de brazos. A pesar de todas las complicaciones, la Compañía franco-extranjera había dispuesto de todos los obreros árabes que necesitó, pagándoles un jornal más elevado. Únicamente las tribus tuaregs y algunas otras nómadas habían rehusado tomar parte en la apertura del canal.

El ingeniero iba tomando notas por el camino.

Había que hacer algunas rectificaciones en los taludes de las orillas y en el lecho del canal para encontrar la pendiente calculada, con el fin de obtener un rendimiento suficiente, como lo había establecido el capitán Roudaire, «tanto para llenar las depresiones, como para mantenerlas a un nivel constante, sustituyendo el agua que se evapora cada día». Esta pendiente era de cinco centímetros por kilómetro, y teniendo el canal 190 kilómetros de largo hasta Rharsa, debía ser abierto con una profundidad de seis metros en el comienzo, para alcanzar hasta 15 al final.

—Estas cifras indicadas por Roudaire —dijo el ingeniero— no han sido rebasadas, y más vale así, dada la movilidad del suelo por

donde cruza el canal.

—¿Qué anchura debe tener en el principio? —preguntó el capitán Hardigan.

—Sólo de veinticinco a treinta metros de media. Además, contarnos con la velocidad de la corriente, que irá ensanchando las orillas, dejando pasar mayor cantidad de aguas del golfo. Sin embargo, aunque esto supondría un mayor trabajo y, por tanto, un mayor gasto, se creyó necesario ampliar la anchura a 80 metros, tal como hoy veis.

—Esto, sin duda, amigo mío, a fin de abreviar el tiempo que se necesitará para inundar los *chotts* de Rharsa y Melrir...

—Seguro, y, os lo repito, contamos con la rapidez de la corriente para rechazar las arenas lateralmente, lo que dejará pasar mayor cantidad de agua al golfo.

—Pero, en fin, se dice que no pasarán menos de diez años antes de que el futuro mar del Saharatenga su nivel normal.

—Lo sé, lo sé —repuso el ingeniero—; hasta se ha pretendido que el agua se evaporaría durante su paso a través del canal, hasta el punto que no llegaría ni una gota de agua al Rharsa. Yo opino que hubiese sido mejor mantener la anchura primitivamente fijada, dando también más profundidad al canal, al menos en su primera parte. Hubiera sido infinitamente más practico y menos dispendioso; pero ya sabe usted que no es este el Único error de nuestros antecesores. Por otra parte, estudios fundados en cálculos más precisos permiten refutar esos asertos, y no son necesarios diez años para que queden llenas las depresiones argelinas. Antes de cinco, los barcos mercantes recorrerán el nuevo mar desde el golfo de Gabes hasta el puerto más alejado del Melrir.

Las dos etapas de esta primera jornada se hicieron en excelentes condiciones; la caravana deteníase tantas veces como el ingeniero necesitaba examinar trabajos o maquinas. A los 15 kilómetros de Gabes, hacia las cinco de la tarde, el capitán Hardigan dio la serial de alto para la noche.

Organizose enseguida el campamento en la orilla norte del canal, a la sombra de un bosquecillo de datileras. Los jinetes echaron pie a tierra y llevaron sus cabalgaduras a una pradera que les ofrecía fresca y abundante hierba. Un riachuelo de agua muy limpia serpenteaba por entre el verdor.

Inmediatamente armáronse las tiendas de campaña para pasar en ellas la noche, y la tropa se puso luego a cenar bajo los arboles. El ingeniero y los dos oficiales, servidos por Francois, hicieron honor a las provisiones Llevadas de Gabes. Carrie y legumbres en conserva aseguraban la subsistencia de la caravana para unas cuantas semanas, y además, en los poblados de la baja Tunicia y de la baja Argelia siempre sería fácil renovar las provisiones.

El suboficial Nicol y sus hombres establecieron sus tiendas en un abrir y cerrar de ojos, después de haber puesto a la entrada del bosque los dos carromatos que completaban el convoy. Pero antes de pensar en él, Nicol hablase cuidado del cabila, que correspondió a la solicitud de su dueño con alegres relinchos coreados por los ladridos del perro.

No hay para qué decir que el capitán Hardigan había tomado todas las medidas necesarias para la vigilancia del campamento. El silencio de la noche no fue turbado más que por ciertos rugidos, cuya procedencia conocían sobradamente los nómadas de la región; pero las fieras se mantuvieron a distancia, y la caravana no recibió en toda la noche ninguna desagradable visita.

A las cinco de la mañana, todo el mundo estaba en pie, y a las cinco y diez minutos Francois hablase ya afeitado delante de un pedazo de espejo suspendido de una cuerda de la tienda. Reuniéronse los caballos, los carros se cargaron de nuevo, y la reducida tropa volvió a emprender la marcha en el mismo orden que la víspera.

A medida que se avanzaba por las orillas del canal, velase que estaban formadas por tierra blanda o arena, deduciéndose que no resistirían al empuje del agua cuando la corriente adquiriese fuerza. Así es que, como había sido previsto por los ingenieros y temido por los indígenas, el canal se ensancharía por sí mismo, lo que abreviaría el tiempo necesario para la inundación de las depresiones. Pero, en suma, el lecho del canal parecía sólido, que era lo que quería comprobar el señor de Schaller. Fue más bien en la travesía de la gran *sebkha* tunecina donde los lechos blandos habían hecho que la excavación fuese más rápida que en los terrenos ribereños de la Pequeña Sirte.

El país ofrecía constantemente los mismos caracteres de soledad y esterilidad que al salir del oasis de Gabes. Únicamente de vez en

cuando alguna que otra espesura de datileras y llanuras erizadas de esparto, que constituían la verdadera riqueza de la región.

Desde la partida, la expedición había marcado rumbo hacia el oeste para alcanzar, siguiendo el canal, la depresión designada bajo el nombre de Fedjedj, y luego el poblado de La Hamma. Este poblado no debe confundirse con otro del mismo nombre situado a la entrada del Rharsa, y que la expedición visitaría después del recorrido completo del Fedjedj y del Djerid.

Después de las dos etapas regulares del día 18 de marzo, el capitán Hardigan decidió pernoctar con su tropa en La Hamma, al sur del canal.

Los diversos pueblecitos de aquella región ocupan todas las posiciones idénticas en medio de pequeños oasis. Están rodeados, lo mismo que las villas, de vastos muros de tierra, que les permiten resistir las agresiones de los nómadas y aun el ataque de las grandes fieras africanas.



Vivían por allí unos cuantos centenares de indígenas, entre los que había algunos colonos franceses. Un pelotón de soldados indígenas ocupaba una especie de fortín, que no era, en suma, más que una caseta situada en medio, dominando el resto de las del poblado. Los espahíes, a quienes esta población hizo un buen recibimiento, repartiéronse en las casas de los árabes, en tanto que el ingeniero y los oficiales recibían hospitalidad en casa de sus compatriotas.

Cuando el capitán Hardigan trató de inquirir si se sabía algo del

jefe tuareg evadido de la prisión de Gabes, el colono le contestó que no tenía la menor noticia. Por ninguno de aquellos alrededores habíase señalado la presencia de Hadjar. Todo hacía creer, por lo tanto, que el fugitivo habría ido a buscar refugio entre las tribus tuaregs del sur. Un habitante de La Hamma, recién llegado de Tozeur, había oído decir que Djemma, la madre del fugitivo, había sido vista en los alrededores; pero se ignoraba la dirección que había tomado. De todos modos, conviene recordar que después de la rápida entrevista, después de la evasión, entre Hadjar y su madre, ésta no había seguido la ruta de su hijo.

El 19 por la mañana, bajo un cielo algo cubierto, que prometía una jornada menos calurosa, el capitán Hardigan dio la señal de partida. Ya habían sido franqueados los 30 kilómetros que existen entre Gabes y La Hamma; no restaban más que la mitad para llegar a Fedjedj. Sería cosa de un día de marcha, y la caravana acamparía en un punto próximo al *chott*.

En la última etapa en que se habían dirigido a La Hamma, el ingeniero tuvo que alejarse un poco del canal, y, durante la primera parte de esta jornada, se encontraría de nuevo con él a su entrada en el *chott*. Era, pues, sobre un recorrido de 185 kilómetros a través de esta larga depresión del Fedjedj, estimada entre 15 y 25 metros por debajo del nivel del mar, donde el ahondamiento fue ejecutado sin ofrecer grandes dificultades.

Durante las siguientes jornadas, el destacamento pudo seguir el trazado del canal sobre un suelo que no ofrecía toda la consistencia deseable. En algunos puntos, las sondas se hundieron por completo sin más esfuerzo que su propio peso, y lo que ocurría a un útil pudiera suceder a un hombre.

Esta *sebkha* tunecina es la más extensa de todas. Más allá de la punta Bou-Abdallah, el Fedjedj y el Djerid —que no se han de confundir con la parte del desierto designada con este nombre— forman una sola depresión, hasta sus extremidades occidentales. Es, por otra parte, a través del Fedjedj, a partir del pueblo de Mtocia, por encima de La Hamma, donde el canal se había establecido, y donde hubo que seguir el trazado, dirigido casi en línea recta hasta el kilómetro 153, a partir del cual se desviaba hacia el sur, paralelo a la costa, entre Tozeur y Nefta.

Nada de curioso tiene observar estos estanques lacustres,

conocidos con los nombres de *sebkha* y *chotts*.

Y a propósito de las dos grandes depresiones geográficamente denominadas Djerid y Fedjedj, que no han conservado agua ni aun en su parte central, he aquí lo que el señor de Schaller dijo al capitán Hardigan:

—No vemos la superficie líquida porque la recubre una corteza salina; pero en realidad no está separada de la superficie más que por esta corteza, verdadera curiosidad geológica, y notaréis que los pasos de nuestros caballos resuenan como si marchásemos sobre una bóveda.

—Efectivamente —repuso el teniente—, y a veces hasta parece que el suelo va a faltar de improviso.

—Si, hay que tomar precauciones, y yo no ceso de recomendárselas a mis hombres. No sería la primera vez que, en las partes más bajas de estas depresiones, el agua ha surgido de pronto hasta el pecho de los caballos. Esto es lo que le ocurrió al capitán Roudaire precisamente durante el reconocimiento de esta *sebkha*. Y no hablemos de caravanas súbitamente rodeadas de agua al dirigirse a Tozeur, a Nefta, a Gafsa, a los diversos poblados de esta comarca.

—Una comarca que no es ni mar ni lago, y que tampoco es tierra, en la verdadera acepción de la palabra —observó el teniente Villette.

—Lo que no hay en el Djerid se encuentra en el Rharsa y en el Melrir —repuso el ingeniero—; además de las aguas ocultas, existen otras superficiales en las lagunas de una cota inferior al nivel del mar.

—Pues sí, apreciado amigo —dijo el capitán Hardigan—, ¡es verdaderamente fastidioso que este *chott* no tenga estas condiciones!... Hubiera sido suficiente un canal de unos 30 kilómetros para llevar las aguas desde el golfo de Gabes, y, después de algunos años, se navegaría en el mar sahariano.

—Es muy lamentable, en efecto —afirmó el señor de Schaller—, y no sólo porque la duración y la importancia de los trabajos disminuirían en una proporción considerable, sino porque la extensión del nuevo mar sería de este modo doblada. En lugar de 7.200 kilómetros cuadrados, es decir, 720.000 hectáreas, ¡recubriría cerca de 1.500.000! Examinando el mapa de esta comarca, se ve

que el Fedjedj y el Djerid tienen una superficie superior a la de Rharsa y Melrir, y esta última, sobre todo, no será inundada.

—Después de todo —dijo el teniente Villette—, puesto que pisamos un terreno inestable, ¿no podría ocurrir que, en un porvenir más o menos lejano, el terreno no se deprimirá más todavía, sobre todo cuando tenga que soportar el peso de las aguas del canal? ¿Quién sabe si toda la parte meridional de Argelia y de Tunicia, a consecuencia de una modificación brusca o lenta del suelo, no se convertirá en inmenso receptáculo de un nuevo océano... si el Mediterráneo no lo invadirá de este a oeste!...

—Lo que realzaría el proyecto de los ingleses de un mar marroquí —replicó el capitán Hardigan.

—He aquí que nuestro amigo Villette se deja impresionar por los fantasmas que sobreexcitan la imaginación de los árabes en sus relatos.

—A fe mía, capitán —repuso el oficial, riendo—, pienso que todo pudiera suceder.

—¿Y usted qué opina, mi querido Schaller?

—No me gusta apoyar mi opinión más que sobre hechos bien establecidos, sobre observaciones precisas —concluyó el ingeniero—. Pero, en verdad, cuanto más estudio el suelo de esta región, más anormal lo encuentro; y es cosa de preguntarse qué cambios podrán producirse en él, andando el tiempo, por eventualidades imposibles de prever. Pero entretanto, reservando lo demás al porvenir, contentémonos con poder realizar el magnífica proyecto del mar del Sahara.

Después de varias etapas a Limagnes, Seftimi, Bou-Abdallah, pueblecitos situados sobre la lengua de tierra que se prolonga entre el Fedjedj y el Djerid, la expedición acabo la exploración del primer canal hasta Tozeur, donde se detuvo en la tarde del 30 de marzo.

CAPÍTULO VII

TOZEUR Y NEFTA

—Aquí —decía aquella noche el suboficial Nicol al cabo Pistache y a Francois— estamos en el país de los dátiles por excelencia, en la verdadera datilera como dice mi capitán y dirían seguramente mis camaradas *Adelantado* y su inseparable compañero, si Dios les hubiera concedido el don de la palabra.

—Buena —repuso Pistache—, los dátiles son siempre dátiles, y sean de Gabes o de Tozeur, no cabe duda que proceden de una palmera... ¿No es así, señor Francois?

Se decía siempre «señor Francois» cuando se nombraba a este personaje. El mismo ingeniero le llamaba siempre así, y el ordenanza lo tenía a gran orgullo.

—No se que decirle a usted —contesto con voz grave, pasando la mano por su barbilla, que rasuraba todos los días—. Confieso que no me entusiasma esa fruta, buena para los árabes, no para los normandos como yo.

—Verdaderamente es usted un hombre difícil, señor Francois —exclama Nicol—. ¡Buena para los árabes!

—Querra usted decir demasiado buenos para ellos, pues son incapaces de apreciarlos como se merecen. ¡Los dátiles, si yo daría por ellos las peras, las manzanas, las naranjas... todas las frutas de Francia!

—Pues no son de desdeñar —declaro Pistache, deslizando la lengua entre sus labios.

—Para hablar así —replica Nicol— es preciso no haber probado los dátiles del Djerid. Yo le daré a usted mañana uno, cogido en el mismo árbol, duro y transparente, y que, cuando se seca, forma una deliciosa pasta azucarada... Ya me dirá usted lo que le ha parecido... Es sencillamente un fruto del paraíso terrenal, y siempre

he creído que si Adan, nuestro primer padre, sucumbió, fue porque Eva le dio a probar un dátil y no una manzana.

—Es posible —añadía el cabo Pistache, que siempre respetaba la autoridad del suboficial.

—Y no crea usted, señor Francois, que soy el único que tiene esta opinión de los dátiles del Djerid, y especialmente de los del oasis de Tozeur. Preguntele usted al capitán Hardigan y al teniente Villette si los conocen. Y, por ultimo, pregunte usted también al *Adelantado* y al perro.

—¡Cómo! —exclama Francois, cuyo semblante expresaba la sorpresa—. ¿También el perro y el caballo?...

—Ya lo creo, se vuelven locos por los dátiles, y los olfatean a una legua de distancia. Mañana se regalaran con un puñado que yo les echare.

—Buena, señor Nicol —contesto Francois—; si a usted le place, el cabo Pistache y yo haremos honor a unas cuantas docenas de esos estimables productos del Djerid.

El suboficial no exageraba. En todo el pals, y sobre todo en los alrededores de Tozeur, los dátiles son de superior calidad, y en este oasis hay más de 200.000 palmeras que producen más de ocho millones de kilogramos de fruto. Ésta es la gran riqueza del país, la que atrae numerosas caravanas portadoras de lana, goma, trigo, que dejan a cambio de millares de sacos de exquisitos dátiles.

Con sólo este dato se comprenderá desde luego lo justificado de los temores de los indígenas a propósito del proyectado mar interior. Efectivamente, según ellos, a consecuencia de la humedad que provocaría la inundación de las depresiones, los dátiles perderían sus excelentes cualidades. Gracias a la sequedad del aire del Djerid, sus dátiles ocupan el primer lugar entre los frutos, que constituyen el principal alimento de las tribus, y pueden conservarse indefinidamente, por decirlo así. Si el clima cambiase, ya no serían más estimados que los que se recogen en la vecindad del golfo de Gabes o del Mediterráneo.

¿Estaban justificadas estas aprensiones? Ya hemos visto que las opiniones acerca del proyecto estaban divididas; pero lo cierto era que los indígenas de la baja Argelia y de la baja Tunicia protestaban y se indignaban contra la ejecución del mar del Sahara, al pensar en los irreparables perjuicios que había de producir el proyecto

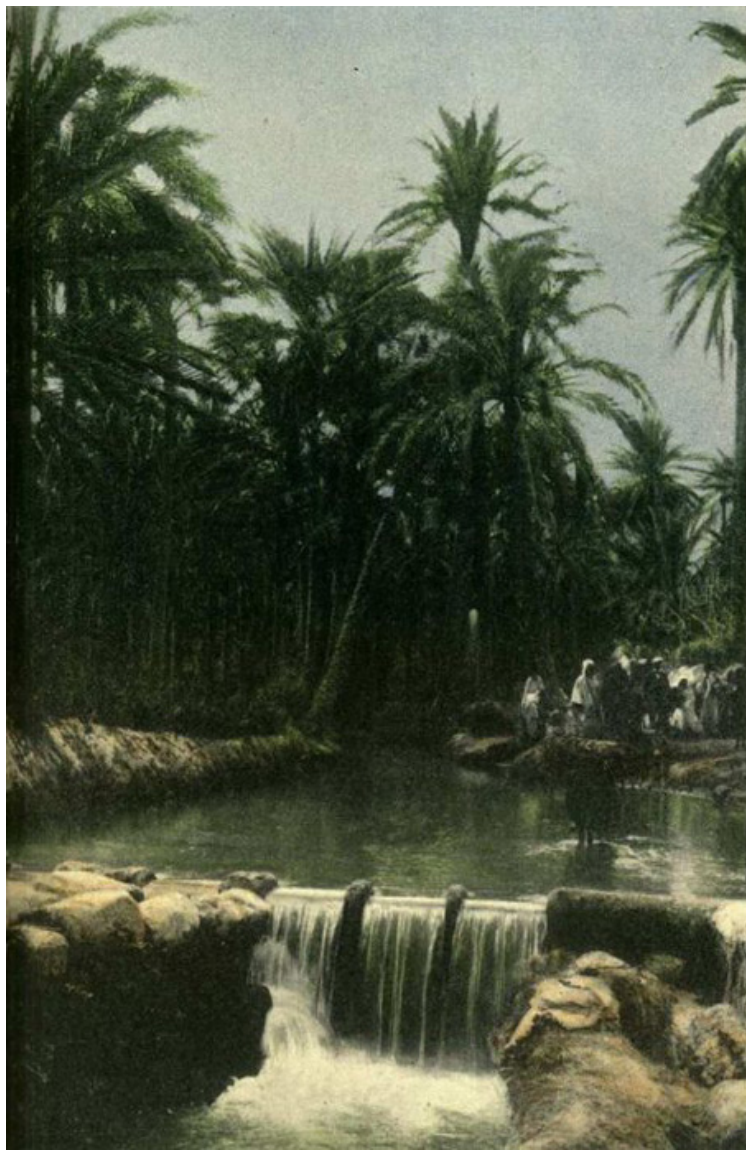
Roudaire.

Desde aquella época, y para proteger la comarca contra la invasión progresiva de las arenas, habíase organizado un servicio forestal embrionario que había ido desenvolviéndose, como lo probaban las múltiples plantaciones de abetos y de eucaliptus y las operaciones de empalizadas, análogas a las del departamento de las Landas. Pero, si los medios de oponerse a los progresos de la invasión son conocidos y puestos en práctica, es necesario que no se interrumpa lucha tan laboriosa, sin la cual las arenas no tardan en franquear los obstáculos y en reanudar su obra de destrucción.

En el punto donde se encontraba la expedición, es decir, en el corazón mismo del Djerid tunecino, Gafsa, Tameghza, Medas, Chebika, Nefzaua y Tozeur son los principales centros, comprendidos también los grandes oasis de Nefta, de Oudiane y de La Hamma, —podía darse cuenta del estado de los trabajos de la Compañía franco-extranjera, tan bruscamente interrumpidos por las infranqueables dificultades financieras. Tozeur cuenta 10.000 habitantes, y tiene en cultivo cerca de mil hectáreas de tierra. Su industria se limita a la confección de mantas y tapices; pero, como ya hemos indicado, las caravanas que afluyen allí exportan millones de kilogramos de dátiles.

Tal vez extrañará que la instrucción esté bastante bien cuidada en aquellas lejanías del Djerid; pero lo cierto es que más de 600 niños frecuentan 18 escuelas. En cuanto a las órdenes religiosas, son numerosas en el oasis.

Si Tozeur no excitaba mucho la curiosidad del ingeniero desde el punto de vista forestal, en cambio, el trazado del canal, que pasaba a unos cuantos kilómetros, con dirección a Nefta, solicitaba la atención de Schaller. Además, era la primera vez que el capitán Hardigan y el teniente Villette visitaban este punto. El día que le dedicaron hubiera satisfecho a los más curiosos turistas. Nada tan encantador como algunas plazas, algunas calles bordeadas de casas en las que los ladrillos de colores están dispuestos en dibujos de una sorprendente originalidad. Y esto es lo que atrae allí la mirada del artista, más que los vestigios de la ocupación romana, que son poco importantes en Tozeur.



Desde el día siguiente, a primera hora, suboficiales y soldados tenían permiso de su capitán para vagar a su albedrío por el oasis, con la condición de que todos estuvieran presentes a las listas de mediodía y de la tarde. Además no debían aventurarse más allá del límite que podía vigilar el puesto militar, a las órdenes del comandante de la plaza. Era necesario tener muy en cuenta la

sobreexcitación que entre las tribus sedentarias o nómadas del Djerid habían de producir la decisión de reanudar los trabajos y la próxima inundación de la comarca.

No hay para qué decir que el suboficial Nicol y el cabo Pistache se paseaban juntos desde el alba. Si el caballo, hartado de forraje, se quedaba aquel día en la cuadra, el perro, en cambio, iba y venía dando saltos al lado de su amo, y, seguramente, sus impresiones de perro curioso y cazador las explicaría a su gran amigo el caballo.

En el mercado de Tozeur encontrábanse frecuentemente el ingeniero, los oficiales y los soldados. Allí afluía gran parte del vecindario. Este zoco toma el aspecto de un campamento cuando se arman las tiendas, bajo las cuales instálanse los vendedores. Delante de la tienda se exponen las mercancías, tendidas sobre una estera o sobre una ligera tela que soportan unas ramas de palmera, que han sido llevadas a lomo de los camellos de oasis en oasis.

El suboficial y el cabo tuvieron allí la ocasión, que frecuentemente se les presentaba, de beber unos cuantos vasos de vino de palmera, esa bebida indígena conocida con el nombre de *lagmi*. Proviene de la palmera, a la que se le corta la parte superior para obtener el líquido, decapitación que supone la muerte del árbol; a veces la operación se limita a practicar incisiones que no dejan escapar la savia en tal cantidad que acarree el inmediato aniquilamiento.

—Pistache —recomendó el suboficial a su subordinado—, ya sabéis que no se puede abusar de lo bueno... y este *lagmi* es traidor como un diablo.

—¡Oh! Menos que el vino de dátiles —contestó el cabo, que tenía nociones más exactas.

—Menos, sin duda; de acuerdo; pero es necesario desconfiar, pues ataca a las piernas y a la cabeza.

—Esté usted tranquilo; y a propósito, aquí vienen dos árabes que darían un mal ejemplo a nuestros hombres.

Efectivamente, dos o tres indígenas, que habían bebido más de la cuenta, pasaban por el zoco haciendo eses, en un estado de embriaguez poco conveniente, sobre todo para los árabes, lo que provocó esta justa reflexión del cabo Pistache:

—Yo creía que Mahoma había prohibido emborracharse a todos sus fieles...

—Así es, Pistache; les está prohibido emborracharse con toda clase de vinos... menos con *lagmi*. El Corán hace una excepción a favor de ese producto del Djerid.

—Y veo que los árabes se aprovechan de la excepción.

Efectivamente, parece ser que el *lagmi* no figura en la lista de las bebidas fermentadas prohibidas a los hijos del profeta.

Si la palmera es, por excelencia, el árbol de la región, el sol del oasis es de una fertilidad maravillosa, y los jardines se enriquecen de los más variados productos vegetales. El *uadi* Berkuk pasea sus aguas vivificantes a través del campo, ya sea con su lecho principal o por las diversas corrientes que de él derivan. ¿No es digno de admiración el ver que una gallarda palmera cobija un olivo, una higuera, un granado, bajo el cual serpentea la viña, cuyos sarmientos se deslizan entre las espigas de trigo o entre legumbres?...

Durante la velada, que el ingeniero y los oficiales pasaron en las habitaciones del comandante de la plaza, la conversación giró alrededor del estado actual de los trabajos, acerca de la fecha probable de la inauguración del canal y sobre las ventajas que a la región reportaría el mar interior.

—Es absolutamente cierto —dijo el comandante militar— que los indígenas se resisten a admitir que el Djerid pueda beneficiarse en alto grado con el mar del Sahara. Yo he tenido ocasión de hablar con jefes árabes, y, con raras excepciones, muéstranse todos hostiles al proyecto y no he podido convencerles. Lo que más temen es que el cambio de clima perjudique considerablemente a las palmeras. Y, sin embargo, todo demuestra lo contrario; los sabios más autorizados no muestran temor alguno respecto a este punto: lo que el canal reportaría a esta región sería una gran riqueza. Pero estos indígenas son muy testarudos y no hay quien les haga apearse de su burro.

El capitán Hardigan preguntó entonces:

—¿La oposición no es más bien de los nómadas que de los sedentarios?

—Seguramente —respondió el comandante—, pues la vida de los nómadas no podrá ser lo que hasta ahora ha sido... Entre todos, los tuaregs se distinguen por su violencia, y esto se concibe. Ya no habrá caravanas que conducir o que saquear. Todo el comercio se

efectuará por los barcos a través del nuevo mar, ¡y a menos que los tuaregs no cambien el oficio de ladrones por el de piratas!... Pero aun así, bien pronto quedarían reducidos a la impotencia. No es, pues, de extrañar que procuren soliviantar las tribus sedentarias, haciéndoles ver un porvenir de ruina por el abandono del género de vida de sus antepasados. Gracias al fatalismo musulmán, las cosas no han pasado a mayores; pero todo este estado de opinión puede estallar el mejor día en forma de violenta agitación. Evidentemente, estas pobres gentes no conciben todo el alcance del gran proyecto. No ven en él más que una obra de hechiceros que puede acarrear un espantoso cataclismo.

El comandante no decía nada nuevo a sus huéspedes.

El capitán Hardigan no ignoraba que la expedición encontraría mala acogida entre las tribus del Djerid. Pero la cuestión era saber si el estado de los ánimos era tal que hubiera de temerse un próximo levantamiento entre los habitantes de las regiones del Rharsa y del Melrir.

—Todo lo que yo puedo responder —declaró el comandante—, es que los tuaregs y otros nómadas, aparte de alguna que otra agresión aislada, no han amenazado seriamente el canal por esta parte. Según lo que he podido averiguar, muchos de entre ellos atribuyen los trabajos a la inspiración de Cheitan, el diablo musulmán, y esperan que una potencia superior a la suya acuda a impedir el mal. Pero ¿cómo conocer las ideas precisas de estas gentes tan disimuladas? Tal vez esperen a que se reanuden los trabajos y que lleguen los obreros contratados por la compañía para intentar pillajes más fructuosos y quizás algún golpe de fuerza.

—¿Cuál? —preguntó el ingeniero.

—¿No podrían, señor Schaller, reunirse varios miles y tratar de obstruir el canal en un trozo de su recorrido, arrojar en su lecho la arena de las orillas e impedir a fuerza de brazos el paso de las aguas del golfo?...

—Les costaría tanto trabajo llenar, como a nuestros antecesores abrir, y al final no conseguirían su propósito.

—No será el tiempo lo que les falte. ¿No se dice que transcurrirá una decena de años antes de que exista el mar interior?

—No, comandante, no —contestó el ingeniero—. Ya he expuesto acerca de esto mi opinión, que se funda en datos exactos. Con la

constante ayuda del brazo del hombre y de las poderosas máquinas de que disponemos, no diez años, ni cinco siquiera, exigirá la inundación del Rharsa y del Melrir. Lasaguas irán ensanchando y profundizando el lecho que se les haya abierto. ¡Quién sabe si Tozeur, aunque distante algunos kilómetros, no será un día puerto de mar! Esto explica ciertos trabajos de defensa, en los cuales he tenido que pensar, como en los anteproyectos de puertos, tanto al norte como al sur, lo que constituye uno de los objetos importantes de este viaje.

Dado el espíritu metódico y concienzudo del señor de Schaller, había motivo para creer que no se abandonaba a quiméricas esperanzas.

El capitán Hardigan hizo algunas preguntas relativas al jefe tuareg, que se había evadido del fuerte de Gabes. ¿Había sido señalada su presencia en los alrededores del oasis? ¿Se tenían noticias de la tribu a que pertenecía?... ¿Sabían los indígenas del Djerid que Hadjar había recobrado la libertad?... ¿No trataría de levantar la población árabe contra el proyecto del mar del Sahara?

—No puedo informarles a ustedes con exactitud —contestó el comandante de la plaza—; no cabe duda de que la evasión se conoce en el oasis, porque ha hecho tanto ruido como su captura, en la que usted, capitán, tomó parte. Pero si nada me han comunicado referente al fugitivo, al menos he sabido que toda una banda de tuaregs dirigíase hacia la parte del canal que une el Rharsa con el Melrir.

—¿Y cree usted en la exactitud de esa noticia? —preguntó Hardigan.

—Sí, capitán, porque me la ha comunicado uno de esos individuos que han permanecido en el país donde los indígenas han trabajado, y que se dicen o se creen vigilantes o guardas de los trabajos, esperando sin duda crearse algún título a la benevolencia de la administración.

—Esos trabajos, ya acabados —añadió el ingeniero—, debían vigilarse más activamente. Si los tuaregs intentan algo contra el canal, será seguramente por esa parte.

—¿Y por qué?

—Porque la inundación del Rharsa les excita menos que la del Melrir. El primero no encierra ningún oasis de mucho valor, en

tanto que existen en el Melrir algunos de gran importancia, que han de desaparecer bajo las aguas. Es, pues, lógico pensar que los ataques han de dirigirse contra el segundo canal que pone en comunicación los dos *chotis*. También es necesario tomar medidas militares, en previsión de posibles agresiones.

—De donde se deduce que nuestra columna debe marchar con precaución —dijo el teniente Villette.

—No estará de más —declaró el capitán—. Hemos cogido una vez a Hadjar, y volveremos a prenderle, guardándole mejor que lo han hecho en Gabes, hasta que el consejo de guerra le condene en definitiva.

—Si, es de desear que eso ocurra lo antes posible —añadió el comandante—; pues ese Hadjar ejerce una gran influencia sobre las tribus nómadas, y pudiera levantar todo el Djerid. En todo caso, una de las ventajas del nuevo mar será hacer que desaparezcan del Melrir unos cuantos malhechores.

Pero no todos, pues según la nivelación del capitán Roudaire, quedarían varias zonas, entre ellas el Hinguiz y su principal poblado Zenfig, a donde las aguas no habían de llegar.

La distancia que separa Tozeur de Nefta es de 25 kilómetros, aproximadamente, y el ingeniero contaba emplear dos jornadas en recorrerla, acampando durante la noche en una de las orillas del canal. En esta sección, en la que el trazado no coincidía con el de Roudaire, y que conducía a la transformación de Tozeur y Nefta, con gran satisfacción de sus habitantes, en una especie de península entre el Djerid y el Rharsa, los trabajos estaban concluidos y en buen estado de conservación.

La reducida tropa salió de Tozeur en la madrugada del 1.º de abril con tiempo incierto, que bajo latitudes menos elevadas hubiera provocado abundantes chaparrones. Mas, en esta parte de Tunicia, no eran de temer tales lluvias, y las nubes, muy elevadas, atemperaban un tanto el ardor del sol.

Primero se siguieron las orillas del *uadi* Berkuk, atravesando varios de sus ramales sobre puentes construidos con los restos de monumentos antiguos.

Extendíanse hacia el oeste interminables llanuras de un amarillo grisáceo, en las que se hubiera buscado inútilmente un abrigo contra los rayos del sol, afortunadamente débiles. Durante las dos

etapas de esta primera jornada no se encontró en medio del terreno arenoso más que esa seca planta que los indígenas denominan *driss*, y que tanto gusta a los camellos, lo que constituye un gran recurso para las cáfilas del Djerid.

Ningún incidente interrumpió la marcha desde la salida hasta la puesta del sol, y la tranquilidad del campamento no fue turbada hasta el día. Algunas bandas de árabes mostráronse a gran distancia de la orilla norte del canal, remontando hacia las montañas Aurés. Pero no inquietaron para nada al capitán Hardigan, que no trató de ponerse en comunicación con ellos.



A la mañana siguiente, 2 de abril, se emprendió la marcha sobre Nefta en las mismas condiciones que la víspera, con cielo cubierto y calor soportable. Al ir aproximándose al oasis, el país se transformaba poco a poco y el suelo aparecía menos estéril. La llanura verdeaba, y algunas florecillas de un azul pálido erguíanse aquí y allá; algunos grupos de árboles surgían en las orillas de

cursos de agua, olivos e higueras, y, por último, las grandes masas de acacias destacábanse sobre el horizonte.

La fauna de esta comarca contaba casi sólo con antílopes, que, huyendo a bandadas con gran velocidad, desaparecían como por encanto. El mismo *Adelantado* no hubiera podido darles alcance. En cuanto al perro, limitábase a ladrar furiosamente cuando los monos, bastante numerosos en la región, saltaban por entre las ramas de los árboles. Se veían también búfalos y musmones manchados, a los que hubiera sido inútil perseguir, puesto que el abastecimiento debía hacerse en Nefta.

Las fieras más comunes en esta parte del Djerid son los leones, los ataques de los cuales son muy de temer. Pero desde los trabajos del canal habían ido replegándose poco a poco hacia la frontera argelina y en las regiones vecinas al Melrir.

Pero si no era de temer un ataque de las fieras, en cambio había que precaverse contra los escorpiones y las serpientes de cascabel que pululan en las proximidades del Rharsa. Además, la abundancia de reptiles es tal, que ciertas regiones resultan inhabitables, teniendo que haber sido abandonadas por los árabes. En el campamento no pudieron dormir sin antes tornar las más minuciosas precauciones. Se admitirá que el suboficial Nicol no durmió más que con un ojo, mientras que *Adelantado* durmió con los dos.

Es cierto, pues el perro vigilaba, y hubiera oído cualquier ruido de arrastramiento sospechoso que hubiera amenazado al caballo o a su amo.

Durante aquella noche no se produjo incidente alguno, y las tiendas fueron levantadas con el alba. La dirección seguida por el capitán Hardigan manteníase siempre hacia el sudoeste, que era el rumbo constante del canal desde Tozeur. En el kilómetro 207, éste remontaba hacia el norte, y a partir de este codo, la columna caminaría por el meridiano, dejando Nefta, a la que llegaba este día, al mediodía.

La longitud del canal se hubiera reducido a una quincena de kilómetros, si hubiera sido posible unirlo con Rharsa en un punto de su límite oriental en la dirección de Tozeur. Pero las dificultades de ejecución hubieran sido muy grandes, por tener que trabajar sobre un suelo excesivamente duro, en el que abunda la roca. Hubiera

sido mucho más duradero y más costoso que en ciertas partes del lecho de Gabes, y un desnivel de 30 a 35 metros por debajo del nivel del mar hubiera impuesto un considerable trabajo. Por esta razón, después de un profundo estudio de la región, los ingenieros de la Compañía franco-extranjera habían renunciado al primer trazado, para adoptar uno nuevo partiendo del kilómetro 207, al oeste de Nefta. De este punto, tomaba la dirección norte. Esta tercera y última sección del primer canal había sido llevada a cabo en un buen trecho, aprovechando las numerosas depresiones y alcanzaba el Rharsa al fondo de una especie de ensenada que se encontraba en uno de los desniveles de los más bajos de este *chott*, casi en medio de su límite meridional.

La intención del señor de Schaller, de acuerdo con el capitán Hardigan, no era detenerse en Nefta hasta el día siguiente. Les bastaría pasar las últimas horas de la tarde y toda la noche para reponer las provisiones y dar algún descanso a hombres y caballos, que no debían estar muy fatigados, porque el recorrido de 190 kilómetros habíanlo hecho desde el 17 de marzo al 2 de abril. Les sería fácil en todo el día siguiente franquear la distancia que les separaba del Rharsa, a donde el ingeniero quería llegar en la fecha precisa fijada de antemano.

El oasis de Nefta, desde el punto de vista del país, de la naturaleza del suelo, de las producciones vegetales, no difiere sensiblemente del de Tozeur: las mismas casas en medio de los árboles, la misma disposición de la *kasbah*, la misma ocupación militar; pero es menos poblado, puesto que no cuenta más que con 8.000 habitantes.

Franceses e indígenas hicieron muy buen recibimiento a la columna y se apresuraron a alojarla lo mejor posible. Había en toda esta solicitud su buena dosis de interés. El comercio de Nefta iba a beneficiarse considerablemente con el paso del canal por la proximidad del oasis. Todo el tráfico que hubiera perdido si, más allá de Tozeur, el canal se hubiera dirigido hacia el *chott*, lo recuperaría. Era casi como si Nefta estuviera a la espera de transformarse en villa ribereña del nuevo mar. Así es que los habitantes no sabían qué hacer para agasajar al ingeniero-jefe de la Sociedad francesa del mar del Sahara. Sin embargo, a pesar de las instancias hechas por retener la expedición, la partida verificóse al

amanecer del siguiente día. El capitán estaba preocupado por las referencias que recibía acerca del estado de ánimo de las tribus de los alrededores del Melrir.

Apenas brillaron los primeros rayos del sol, hombres, caballos y carros estaban ya dispuestos y se dio la señal de partida. La docena de kilómetros, desde Nefta hasta el recodo, se franquearía en la primera etapa, y hasta Rharsa en la segunda. Ningún incidente ocurrió en el camino, y serían las seis de la tarde cuando el capitán Hardigan hizo alto en el fondo de lo que había de ser una caleta cuando vertiera allí las aguas el canal, completamente acabado hasta aquel punto.

CAPÍTULO VIII

RHARSA

El campamento, en la noche del 4 al 5 de abril, fue establecido al pie de las dunas, en un relieve bastante acusado que encuadraba el fondo de la caleta. El lugar no ofrecía ningún abrigo. Los últimos árboles de aquella región desolada habíalos dejado la tropa hacía tres o cuatro kilómetros de allí, entre Nefta y el *chott*. Era el desierto arenoso, con insignificantes vestigios de vegetación: el Sahara en toda su aridez.

Levantáronse las tiendas de campaña. Los carros, que en Nefta llenáronse de provisiones, aseguraban para unos cuantos días el sustento de hombres y caballos. Además, al dar la vuelta al Rharsa el ingeniero se detendría en los oasis que por allí abundan, donde se encuentra forraje fresco, que inútilmente hubieran buscado en el interior de aquel desierto.

Así se lo explicaba el señor de Schaller al capitán Hardigan y al teniente Villette, reunidos los tres bajo la misma tienda antes de la comida, que se disponía a servirles el señor Francois. Un plano del Rharsa extendido sobre la mesa les permitía hacerse cargo de su configuración. Esta gran depresión, cuyo límite meridional se aparta poco del paralelo 34, pronuncia su convexidad hacia el norte, a través de la región que rodean los montes Aurés, en las proximidades de Chebika. Su mayor longitud, medida precisamente en el 34º de latitud, se valúa en 60 kilómetros; pero su superficie sumergible no mide más que 1.300 kilómetros cuadrados, o sea, como dijo el ingeniero, de tres a cuatro mil veces la extensión del Campo de Marte de París.

—Y lo que es enorme para un Campo de Marte —observó el teniente Villette—, resulta mediano para un mar.

—Indudablemente —repuso el ingeniero—; pero si a eso añade

usted la superficie del Melrir, o sea, seis mil kilómetros cuadrados, tenemos setecientas veinte mil hectáreas de mar del Sahara. Y, además, es muy posible que con el tiempo, después de grandes trastornos geológicos, se amplíe hasta abarcar el Djerid y el Fedjedj.

—Veo, mi querido amigo, que usted cuenta siempre con esta eventualidad. ¿La tendrá reservada el porvenir? —dijo el capitán Hardigan.

—¿Quién puede leer en el porvenir? No hay duda de que a nuestro planeta le han sucedido cosas más extraordinarias, y no niego que esta idea, sin obsesionarme, me absorbe de vez en cuando. Indudablemente, habrán ustedes oído hablar de un continente desaparecido que se llamó Atlántida; pues bien, por encima de él pasa hoy un mar, el océano Atlántico. Los ejemplos de esta especie de cataclismos no faltan, aunque sean en proporciones menos extraordinarias. Ved lo que ocurrió en Insulindia en el siglo XIX, después de la terrible erupción del Krakatoa; entonces, ¿por qué lo que se produjo ayer no puede suceder mañana?

—El porvenir es la gran caja de sorpresas de la humanidad —dijo, riendo, el teniente Villette.

—Así es, mi querido teniente; y cuando la caja esté vacía...

—Se acabará el mundo —concluyó el capitán Hardigan.

Luego, pasando un dedo sobre el plano, en el punto donde terminaba el primer canal de 227 kilómetros de largo, preguntó:

—¿Se construirá aquí un puerto?

—Ahí mismo; y todo hace creer que resultará uno de los más frecuentados del mar del Sahara. Están estudiados los planos, y seguramente estará en disposición de servicio en cuanto el Rharsa se convierta en navegable. Además, en la extremidad oriental del *chott*, el pueblo La Hamma se transformará ya en previsión de la importancia marítima y comercial que contaba tener cuando el primer trazado, y que le asegurará probablemente, a pesar del cambio, su posición de puerto avanzado de Gafsa.

Tener un puerto comercial en el corazón mismo del Djerid era un ensueño que en otro tiempo hubiera parecido irrealizable. Y, sin embargo, el genio del hombre iba a hacer de él una hermosa realidad. Sólo lamentará una cosa, y es que el primer canal no haya podido desembocar en su puerto. Pero ya se conocen las razones por las que los ingenieros han debido juntar el *chott* en el fondo de

esta caleta, que lleva actualmente el nombre de caleta Roudaire, esperando que éste fuera el de un nuevo puerto, sin duda el más considerable del mar Sahariano.

El capitán Hardigan preguntó al ingeniero si su propósito era conducir la expedición a través del Rharsa en el sentido de su longitud.

—No; vamos a ir bordeando, porque espero encontrar un material precioso que podría sernos útil aquí o en otra parte.

—¿Es que las caravanas no atraviesan por medio del Rharsa? — preguntó el teniente Villette.

—Dese luego, mi querido teniente, aunque es una ruta peligrosa por la poca firmeza del suelo; pero es más corta y menos difícil que un viaje a lo largo de las riberas obstruidas por dunas. Nosotros caminaremos en dirección oeste hasta el punto donde comienza el segundo canal; luego, de regreso, después de haber tocado en los límites del Melrir, podremos costear el límite septentrional del Rharsa y ganaremos de nuevo Gabes más rápidamente.

Tal era el plan adoptado; y después del reconocimiento de los dos canales, el ingeniero habría dado la vuelta a todo el perímetro del nuevo mar.

Al día siguiente, el señor de Schaller y los dos oficiales se pusieron a la cabeza del destacamento. El perro daba saltos delante de los caballos, levantando bandadas de pájaros.

Caminarían por la base interior de las altas dunas, por donde no había cuidado que la masa líquida se desbordara, pues sus altas riberas, parecidas a las del lecho de Gabes, no cederían a la presión de las aguas, y había, por lo tanto, seguridad completa en aquella parte meridional del Djerid.

El campamento habíase levantado al rayar el día y la marcha se reconstituyó en el orden habitual. El recorrido cotidiano no debía ser modificado, guardando una media de 12 a 15 kilómetros en dos etapas.

Lo que el señor de Schaller quería, ante todo, era examinar el litoral que iba a encerrar las aguas del nuevo mar, y si había peligro de que rebasara su límite, inundando las regiones vecinas. De este modo, la pequeña tropa seguía la base de las dunas arenosas que se sucedían a lo largo del *chott*, en dirección al oeste. Desde este punto de vista nada tenía que rectificar la mano del hombre a la obra de

la naturaleza. Que Rharsa hubiera o no sido un lago en otro tiempo, lo cierto era que estaba dispuesto para serlo, y las aguas del golfo de Gabes, que le llevaría el primer canal, quedarían estrictamente contenidas en los límites previstos.

Desde el camino que seguían los expedicionarios era posible observar la depresión en una zona muy extensa. La superficie de esta árida hondonada del Rharsa relucía bajo los rayos del sol, como si estuviese forrada de una hoja de plata, de cristal o de alcanfor. Los ojos no podían soportar el reflejo, y era necesario ampararlos con cristales ahumados para evitar las oftalmías, tan frecuentes bajo el ardor de la luz del Sahara. Los oficiales y soldados habían tomado esta precaución. Nicol no se olvidó de adquirir dos cristales negros para su caballo; pero el perro hubiera encontrado ridículo que *Adelantado* usara lentes, y ni a éste ni a los demás caballos de la escolta se les pusieron gafas, tan necesarias para los jinetes.

La hondonada ofrecía el aspecto de esos lagos salinos que se desecan en estío bajo la acción de los calores tropicales. Pero una parte del lecho líquido, arrastrada bajo la arena, arroja los gases de los que está cargada, y el suelo se eriza de hinchazones que le hacen parecer un campo sembrado de toperas. El ingeniero hizo observar a los dos oficiales que el fondo se componía de arena roja cuarzosa, mezclada con sulfato y carbonato de cal. Este lecho se recubre de eflorescencias formadas de sulfato de sodio y de cloruro de sodio, una verdadera corteza de sal. Además, el terreno pliocénico, donde se encuentran los *chotts* y los *sebkha*, produce, por sí mismo, yeso y sal en abundancia.

Bueno es hacer observar que en esta época del año aún se conservan en el fondo parte de las aguas del invierno. Alejándose a veces de los *ghourd*, es decir, de las dunas encajonadoras, los caballos se paraban en el borde de los fondos bajos llenos de un líquido estancado.

De lejos, el capitán Hardigan hubiera podido creer que un destacamento de jinetes árabes iba y venía a través de los desiertos cenagales; pero al aproximarse sus hombres toda la tropa huía, no a galope, sino al vuelo.

Tratábase de una bandada de flamencos, el plumaje de los cuales fingía los colores de un uniforme; y tan rápidamente desaparecían,

que el perro no consiguió darles alcance, a pesar de lanzarse tras ellos en una carrera loca. Al mismo tiempo, ¡las miríadas de pájaros que hizo levantar de todas partes, y la de gritos que atravesaron el espacio al vuelo de los *boa-habibis*, estos ensordecedores gorriones del Djerid!

Siguiendo los contornos del Rharsa, la expedición encontraría, sin gran trabajo, lugares donde acampar, que no hubiese hallado seguramente en el interior de la hondonada, que resultaba completamente inundable, en tanto que ciertas partes del Melrir, que tiene cota positiva, emergerían después de introducir allí las aguas del Mediterráneo. Caminábase, pues, de oasis en oasis, más o menos habitados, destinados a transformarse en *marsá*, es decir, en puertos o calas del nuevo mar. Se les designa con el nombre de *tual* en lengua beréber, y en ellos el suelo recobra toda su fertilidad, abundando las palmeras, los árboles y los pastos, sin que ni *Adelantado* ni sus camaradas tuvieran ocasión de quejarse de la carencia del forraje. Pero una vez fuera de estos oasis, el terreno recobra bruscamente su natural aridez, sucediendo a la vegetación un suelo compuesto únicamente de grava y arena.

El reconocimiento de aquel límite meridional del Rharsa iba llevándose a cabo sin grandes fatigas. Verdad es que, cuando una nube no atemperaba los ardores del sol, hombres y caballos tenían que sufrir el rigor de aquel sol ardiente al pie de las dunas. Pero los espahíes están habituados al clima abrasador, y en cuanto al ingeniero, era también un africano curtido por el sol de las exploraciones, y por esto precisamente se le había designado para dirigir los trabajos definitivos del mar del Sahara.

Los mayores peligros de la expedición estaban en lo movedizo del suelo de la gran hondonada, en los *hofra*, que son las más acusadas depresiones, en las que el suelo no ofrece ningún apoyo sólido; pero, dada la ruta que seguía la expedición, este riesgo era poco de temer.

—Verdaderamente, estos peligros son muy serios —dijo el ingeniero—; pero lo cierto es que durante la construcción del canal rara vez ha habido que lamentarlos.

—Efectivamente —añadió el capitán Hardigan—; ésa es una de las dificultades que preveía ya Roudaire... ¿No refiere que a veces se hundía él en la arena salada hasta la rodilla?

—Si, y no decía más que la verdad —afirmó el señor de Schaller—. Estos bajos fondos están sembrados de agujeros, que los árabes llaman «ojos de mar», y en los cuales las sondas no alcanzan el fondo. Así es que siempre son de temer accidentes. Cuando el reconocimiento de Roudaire, un jinete cayó con su caballo en una de esas simas, y no fue posible extraerlo, ni aun empalmando veinte baquetas de fusil.

—Pues hay que tomar precauciones —recomendó el capitán Hardigan—; que mucha prudencia nunca será excesiva. Mis hombres tienen prohibido apartarse de las dunas, a menos que no hayamos comprobado perfectamente la firmeza del suelo. Lo que me temo es que ese diablo de perro, que no cesa de correr, desaparezca súbitamente, sin que ni el mismo Nicol pueda detenerle.

—Si le ocurriera a su perro una desgracia, el bueno de Nicol no se consolaría jamás —dijo el teniente.

—Y en cuanto a *Adelantado* —añadió el capitán—, estoy seguro que se moriría de pena.

—Es una singular amistad la que existe entre estos dos animales —dijo el ingeniero.

—Muy extraña. Por lo menos, Orestes y Pílates, Niseo y Euriate, Damón y Pitias, Aquiles y Patroclo, Alejandro y Efestos, Hércules y Pinito eran de la misma raza, mientras que un caballo y un perro...

—Y un hombre, puede usted añadir, mi teniente —concluyó el capitán Hardigan—, pues Nicol, *Adelantado* y el perro forman un grupo de amigos inseparables.

Lo que había dicho el ingeniero acerca de los peligros del movedizo suelo no tenía nada de exagerado. Y, sin embargo, las caravanas transitaban por las comarcas del Rharsa, del Melrir y del Fedjedj. Aquella ruta abreviaba su recorrido, y los viajeros encontraban un camino más fácil en terreno llano. Pero no lo hacían sin asistencia de guías que conocieran perfectamente estas partes lacustres del Djerid, y sabían evitar los pasos peligrosos.

Desde su salida de Gabes el destacamento no había encontrado ni una de esas cáfilas que transportaban las mercancías, los productos del suelo o los manufacturados desde Biskra hasta el litoral de la Pequeña Sirte, y el paso de las cuales se espera con impaciencia en Nefta, en Gafsa, en Tozeur, en La Hamma, en todas

las villas y caseríos de la baja Tunicia. Pero en la tarde del día 9 encontré con una caravana; he aquí en qué circunstancias.

Eran las tres aproximadamente; después de la primera etapa de la jornada, el capitán Hardigan y sus hombres habían reanudado su marcha bajo un sol de fuego.

Se dirigían hacia la curvatura extrema que dibuja el Rharsa, algunos kilómetros más lejos, en su extremidad occidental. El suelo se elevaba sensiblemente entonces; el relieve de las dunas se acusaba más fuertemente, y no es de este lado desde el que el marco del *chott* podría ser forzado por las nuevas aguas.

Elevándose, se recorría de una mirada un amplio sector en dirección norte y oeste. La depresión centelleaba bajo los rayos del sol. Cada guijarro de este suelo salino era un punto luminoso. A izquierda, nacía el segundo canal que ponía en comunicación el Rharsa y el Melrir.

El ingeniero y los dos oficiales habían echado pie a tierra en este lugar. La escolta les siguió con los caballos de la brida.

En el momento en que todos se detenían en la explanada de la duna, el teniente Villette dijo, tendiendo la mano:

—Me parece que allá, en el fondo de la hondonada, se mueve un grupo de gente.

—Sí; debe de ser una caravana o un rebaño —añadió el capitán Hardigan.

—Es difícil precisarlo, dada la distancia —dijo el ingeniero.

Lo cierto era que hacia aquella parte, aproximadamente a tres o cuatro kilómetros de distancia, una espesa nube de polvo se elevaba de la superficie del Rharsa. Tal vez no fuese más que un rebaño en marcha hacia el norte del Djerid.

El perro daba muestras inequívocas, si no de inquietud, al menos de atención, y el suboficial le gritó:

—Vamos, *Valiente*, aguza la nariz y la vista. ¿Qué hay allá abajo?

El animal movió violentamente la cola y estuvo a punto de lanzarse en la dirección que se le indicaba. Pero Nicol le retuvo a su lado.

El movimiento que se producía en medio de aquel torbellino de polvo iba en aumento, siendo difícil de determinar la causa que lo producía. Por penetrante que fuera su mirada, ni el señor de Schaller, ni los oficiales, ni nadie del destacamento hubiera podido

afirmar si esta agitación provenía de una caravana en marcha o de ganado huyendo de algún peligro a través de aquella parte del Rharsa.

Pasados unos cuantos minutos, no existía duda acerca de este punto. Resonaron de pronto unas cuantas detonaciones, el humo de las cuales mezclábase al torbellino de polvo.

Al mismo tiempo, el perro, que su amo no pudo detener, se escapó, ladrando con furor.

—¡Disparos! —exclamó el teniente Villette.

—Alguna caravana que se defiende contra un ataque de las fieras —dijo el ingeniero.

—O tal vez contra alguna banda de forajidos, pues las detonaciones parece que son contestadas.

—¡A caballo! —Mandó el capitán Hardigan.

Un instante después los espahíes, rodeando los bordes del Rharsa, se dirigían al teatro de la lucha.

Acaso fuera una imprudencia temeraria el empeñar los hombres de la escolta en aquel lance, cuya causa se desconocía. Tal vez tuvieran que habérselas con una numerosa banda de bandidos del Djerid; pero el capitán Hardigan y su tropa no medían nunca el riesgo. Si, como era de suponer, los tuaregs u otros nómadas atacaban una caravana, era una cuestión de honor de todo soldado francés acudir en su socorro. Así pues, todos, levantando sus caballos, precedidos del perro que Nicol no intentó llamar más, abandonando los lindes de las dunas, se lanzaron a través del *chott*.

La distancia de unos tres kilómetros fue recorrida en diez minutos. Los disparos continuaban a derecha e izquierda, en medio de volutas de humo y polvo. Sin embargo, el polvoriento torbellino empezaba a disiparse bajo el soplo de una brisa del sudeste.

El capitán Hardigan pudo entonces darse cuenta de la naturaleza de aquella lucha tan violentamente empeñada.

Era, efectivamente, una caravana que había sido sorprendida. Cinco días antes había salido del oasis de Zeribet, al norte de Melrir, dirigiéndose hacia Tozeur, con dirección a Gabes. Una veintena de árabes formaba el personal que conducía un centenar de camellos.

Las bestias iban delante cargadas con sacos de dátiles. Los camelleros marchaban detrás, repitiendo un grito ronco, iniciado

por uno de ellos, para excitar a los animales.

La caravana, que hasta entonces había hecho el viaje en buenas condiciones, acababa de alcanzar el extremo oeste del Rharsa, que se disponía a atravesar en toda su longitud, dirigida por un buen guía experimentado.

De improviso una docena de jinetes surgieron de detrás de las dunas.

Era una banda de malhechores que debía tener conocimiento del personal de la cáfila. Su intento era poner en fuga a los camelleros, destrozarlos, si les oponían resistencia, y apoderarse de las bestias y de sus cargas, que conducirían hacia algún lejano oasis del Djerid, y su agresión quedaría impune, como tantas otras, vista la imposibilidad de descubrir a los autores.



La gente de la caravana intentó una resistencia que no podía tener éxito. Armados de fusiles y pistolas, hicieron uso de sus armas. Los asaltantes tiraron a su vez, y, después de diez minutos de lucha, la cáfila acabó por dispersarse; los animales, llenos de terror, huían en todas direcciones.

Un poco antes, las detonaciones habían sido oídas por el capitán Hardigan. Pero su pequeña tropa fue apercebida, y los malhechores, viendo a sus jinetes ir en ayuda de la cáfila, se detuvieron.

En aquel momento el capitán Hardigan llegaba al lugar de la

lucha. Con voz enérgica mandó:

¡Adelante!

Las carabinas, que iban en bandolera, pasaron inmediatamente a manos de los espahíes, que cayeron como una tromba sobre los bandidos.

El convoy quedó detrás bajo la guarda de los conductores.

Los bandidos no esperaron el choque. ¿Es que no se sintieron con bastante fuerza, y, sobre todo, con valor de hacer frente a este pelotón de jinetes con uniforme conocido, que avanzaba tan audazmente a su encuentro? ¿Obedecerían a alguna otra impresión que la del miedo?... Lo cierto es que cuando llegaron el capitán Hardigan y sus hombres, los agresores habían ya huido en dirección noroeste.

Sin embargo, fue dada la voz de fuego, y después de la descarga pudo verse que algunos proyectiles habían hecho blanco en los fugitivos, que no por ello se detuvieron.

No obstante, el suboficial Nicol constató con orgullo que el perro había recibido el bautismo de fuego, pues le había visto sacudir la cabeza de derecha a izquierda, y concluyó que una bala le habría silbado en las orejas.

El capitán Hardigan no juzgó conveniente perseguir a los asaltantes, que corrían a toda la velocidad de sus caballos, y que no tardaron en desaparecer detrás de un montículo que se dibujaba en el horizonte. Seguramente irían en busca de algún retiro, donde sería muy difícil encontrarlos. Los agresores no volverían a inquietar a la caravana, que podía seguir sin temor hacia el este del Rharsa.

El socorro había llegado tan oportunamente, que algunos minutos más tarde los camellos habrían caído en manos de los piratas del desierto.

El ingeniero interrogó al jefe de los camelleros, enterándose en qué condiciones habían sido atacados.

—¿Y sabe usted a qué tribu pertenece esa banda? —preguntó el capitán Hardigan.

—Nuestro guía asegura que son tuaregs.

—Dícese —repuso el ingeniero— que los tuaregs habían abandonado poco a poco los oasis del oeste para ganar el este de Djerid.

—¡Oh! Mientras haya caravanas no faltarán bribones para asaltarlas —observó el teniente Villette.

—Eventualidad que no habrá que temer cuando exista el mar interior —declaró el señor de Schaller.

El capitán Hardigan preguntó al jefe si se hablaba en el país de la evasión de Hadjar.

—Sí, capitán; hace días que corre esa noticia. —¿Y no se le ha visto por los alrededores del Rharsa y del Melrir?

—No, capitán.

—¿No sería el que mandaba a los asaltantes?

—No, señor —replicó el guía—; le conozco perfectamente. Pero esos bribones creo que son de los que él mandaba anteriormente, y sin vuestro auxilio, capitán, seguramente hubiéramos sido robados y asesinados.

—Ahora pueden ustedes continuar sin peligro el camino.

—Así lo creo. Los bandidos habrán ganado algún lugar oculto del oeste, y nosotros podremos llegar a Tozeur en tres o cuatro días.

El jefe fue reuniendo a su gente. Los camellos, que se habían dispersado, volvían a la fila; la caravana se reconstituyó sin perder un solo hombre, teniendo que lamentar únicamente algunos heridos de poca gravedad que podían continuar la marcha. Luego, después de reiterar las gracias al capitán Hardigan y sus compañeros, el jefe dio la señal de partida, y toda la caravana se puso en marcha.

Al cabo de algunos minutos la cáfila desapareció a la vuelta de un montículo, y los gritos del jefe fuéronse alejando poco a poco.

Cuando el ingeniero y los dos oficiales encontráronse reunidos, después de esta algarada que tan graves consecuencias podía haber acarreado, comunicáronse sus impresiones.

El ingeniero tomó la palabra, diciendo:

—Por lo visto, Hadjar ha reaparecido en el país.

—Era de esperar —contestó el capitán— y cada vez se hace más necesaria la inundación de estas hondonadas. Es el único medio de concluir con los malhechores de Djerid.

—Pero, desgraciadamente —hizo observar el teniente Villette—, algunos años pasarán antes de que las aguas del golfo hayan llenado el Rharsa y el Melrir.

—¡Quién sabe!... —dijo el ingeniero.

Durante la noche siguiente el campamento no fue turbado por

los tuaregs, que no volvieron a aparecer por los alrededores.

En la tarde del día siguiente, 10 de abril, el destacamento hizo alto en el punto donde comenzaba el segundo canal que unía las dos grandes hondonadas.

CAPÍTULO IX

EL SEGUNDO CANAL

El segundo canal, que unía el Rharsa y el Melrir en el *chott* Djerid, no alcanzaba más que la cuarta parte de la longitud del primero. Por otra parte, en tanto que el relieve del suelo entre Gabes y Rharsa presentaba cotas desde 46 a 15 metros, no pasaba de 10 en el lecho de Asloudje, entre estos dos últimos *chotis*.

Es importante decir que, además del Rharsa y el Melrir, había otras depresiones de algunos kilómetros de largo, de las que la principal era el *chott* de El Asloudje, y que habían sido utilizadas para abrir paso al canal.

La apertura del segundo canal había exigido menos tiempo que el primero, porque presentaba menor número de dificultades. Los trabajos definitivos podían reanudarse, con la provincia de Constantina como base de operación y aprovisionamiento, y hablase convenido antes de salir de Gabes que el señor de Schaller encontraría en el Melrir, en la terminación del segundo canal, bajo la dirección de un ayudante del Cuerpo de Caminos, un grupo de trabajadores que, después del trayecto en tren hasta Biskra y en caravana hasta la Farfaria, se pondría en comunicación con el ingeniero Schaller.

Una vez reconocidos los trabajos, el señor de Schaller no tendría más que seguir los contornos de la gran hondonada para llegar al punto de partida, y la inspección habría dado fin.

Cuando el destacamento hubo alcanzado el límite del Rharsa, el ingeniero quedó muy sorprendido por no encontrar en este lugar ninguno de los obreros árabes enviados desde Biskra por la Sociedad.

¿Qué había sucedido?

No dejaba de ser inquietante esta ausencia, después del ataque a

la caravana y de la reaparición de Hadjar. ¿Habríase verificado un cambio de programa, del que el ingeniero no había podido ser advertido a tiempo, o cambio de dirección decidida a última hora?

El señor de Schaller se quedó pensativo. El capitán Hardigan le preguntó:

—¿Es que los trabajos de esta sección no estaban del todo concluidos?

—Desde luego —le contestó—; según mis informes, la unión entre las dos partes inundables ha debido trazarse con la pendiente necesaria hasta el Melrir, cuyo nivel es inferior al del mar.

—¿Por qué le sorprende a usted tanto que los obreros no se encuentren aquí?

—Porque así estaba convenido. El director de los trabajos debiera haberlos enviado antes de que nosotros llegásemos.

—Entonces ¿cómo explica usted su ausencia?

—No me la explico más que por algún accidente que les haya podido detener al otro extremo del canal.

—Pronto saldremos de dudas —dijo el capitán Hardigan.

—Sin embargo, me contraría mucho y me preocupa la ausencia de esa gente que yo necesitaba, y cuya falta perturba mis proyectos.

—En tanto se instala el campamento, ¿quiere usted que vayamos un poco más lejos? —propuso el capitán Hardigan.

—Con mucho gusto —contestó el ingeniero.

El suboficial Nicol recibió la orden de organizar el campamento, para pasar la noche cerca de un macizo de palmeras a la orilla del canal. La hierba verdeaba al amparo de los árboles. Un riachuelo corría a sus pies. No faltaban, pues, ni el agua ni el pasto, y en cuanto a las provisiones frescas, éstas serían renovadas en un oasis de las cercanías de El Asloudje.

Nicol ejecutó inmediatamente las órdenes de su capitán, y los espahíes tornaron las medidas habituales para organizar el campamento nocturno.

El ingeniero y los dos oficiales, aprovechando lo que aún quedaba de día, descendieron por la orilla norte del canal con la intención de avanzar un kilómetro.

Esta excursión permitió al ingeniero reconocer que la trinchera estaba completamente terminada y el conjunto de trabajos en mejores condiciones de lo que esperaba. Las aguas del golfo se

deslizaría perfectamente por el canal cuando se le hubiese dado la pendiente conforme a los planos de los ingenieros.

El señor de Schaller y sus acompañantes no prolongaron su paseo más de un kilómetro. Además, en toda la extensión de la mirada, aquella parte del Rharsa, en dirección a El Asloudje, estaba absolutamente desierta. Queriendo estar de vuelta antes del anochecer, Schaller, el capitán Hardigan y el teniente Villette volvieron sobre sus pasos tomando el camino del campamento.

La tienda estaba ya montada y el señor Francois les sirvió con su habitual corrección.

Después de adoptar las precauciones necesarias para la vigilancia nocturna, no había que hacer más que buscar en el sueño reparador la fuerza para las etapas del siguiente día.

No obstante no haber encontrado a nadie durante su excursión, a pesar de parecerles absolutamente desierta aquella parte del segundo canal, no lo estaba, sin embargo. No había duda de que los obreros no habían estado allí, porque el ingeniero no halló ni la menor huella de una mano de obra reciente.



Pero él y los oficiales habían sido observados por dos hombres ocultos detrás de una espesa maleza en una brecha de las dunas, teniendo gran cuidado de que no fuese advertida su presencia. Desde su escondrijo estuvieron observando a menos de cincuenta pasos a los tres extranjeros cuando caminaban por la orilla, tanto a la ida como a la vuelta. Cuando cayeron sobre la tierra las primeras sombras del crepúsculo, los dos espías arriesgaron a acercarse al campamento.

Valiente los olfateó, sin duda, y, dando algunas señales de

inquietud, gruñó sordamente. Pero su amo le tranquilizó, después de haber dirigido una ojeada por los alrededores, y el perro fue a echarse cerca del suboficial.

De pronto detuviéronse los dos indígenas en la linde del bosquecillo. A las ocho era ya de noche, pues el crepúsculo es de corta duración en esta latitud. No había duda de que su propósito era observar todo lo más cerca posible el campamento levantado en la entrada del segundo canal.

¿Con qué objeto? ¿Quién los enviaba?...

Que los jinetes pertenecían a un regimiento de espahíes ya lo sabían, puesto que vieron a los dos oficiales durante su excursión con el ingeniero. Pero ¿de cuántos hombres constaba el destacamento? ¿Qué material escoltaba con dirección al Melrir?... Esto era precisamente lo que querían reconocer.

Los dos indígenas franquearon la linde, deslizáronse por entre la hierba, y de árbol en árbol fueron ganando terreno. En medio de la oscuridad pudieron distinguir las tiendas levantadas a la entrada del bosque y los caballos echados sobre el pasto.

En aquel momento fue cuando los gruñidos del perro les dio la voz de alerta, retirándose prudentemente hacia las dunas, sin que su presencia fuera advertida por los del campamento.

Una vez alejados, sin temor de ser oídos, nuestros dos hombres entablaron la siguiente conversación:

—¿De modo que es él... el capitán Hardigan?

—Sí, el mismo que hizo prisionero a Hadjar... —¿Y también el oficial que estaba bajo sus órdenes?

—Su teniente... Los he reconocido.

—Como ellos te habrían reconocido, sin duda, de haberte descubierto.

—Pero a ti, no; ellos no te han visto nunca, ¿verdad?

—Jamás.

—Bien... tal vez... acaso sea posible se presente una ocasión, que es preciso aprovechar, porque no volverá a presentarse.

—Y si el capitán y el teniente caen en manos de Hadjar...

—Seguramente que no se escapan como Hadjar se ha evadido del fuerte.

—Eran tres solamente cuando les hemos visto —repuso uno de los indígenas.

—Sí, y los que están acampados allí tampoco son muchos —añadió el otro.

—¿Quién era el tercero?... No era un oficial.

No... será algún ingeniero de esa maldita Compañía... Habrá venido con escolta para visitar de nuevo los trabajos del canal... antes que las aguas pasen por él... Se dirigen hacia el Melrir, y cuando lleguen... cuando vean...

—¡Que no pueden inundado! —exclamó el más violento de los dos árabes—; que no se realizará su mar del Sahara, se detendrán, no llegarán más allá, y entonces un centenar de nuestros fieles amigos...

—Pero ¿cómo prevenirles para que lleguen a tiempo?

—El oasis de Zenfig no está más que a una veintena de leguas, y si el destacamento se para en el Melrir, se le puede retener allí algunos días.

—No es imposible, sobre todo ahora que no tiene para qué continuar la marcha hacia adelante.

—Si esperan a que las aguas del golfo se repartan por estas tierras ya pueden ir abriendo su tumba, porque todos habrán muerto antes de que tal cosa suceda... Vamos, Harrig, vamos...

—Ya te sigo, Sohar.

Estos hombres eran los dos de la tribu tuareg que habían tomado parte en la evasión de Hadjar: Harrig, que había convenido la operación con el dueño del cafetín de Gabes; Sohar, el propio hermano del jefe rebelde. Ambos abandonaron aquellos lugares, desapareciendo rápidamente en la dirección de Melrir.

Al día siguiente, una hora después de salir el sol, el capitán Hardigan dio la señal de partida, y la reducida tropa siguió, en el orden acostumbrado, la orilla norte del canal. El señor Francois, recién rasurado, ocupaba su lugar habitual en la vanguardia del convoy, y el cabo Pistache, a caballo, caminaba junto a él, manteniendo una animada conversación.

—Y bien, ¿cómo va ese valor, señor Francois? —preguntó Pistache con el tono de buen humor que le era habitual.

—Divinamente —contestó el digno doméstico del ingeniero.

—Parece ser que la excursión no le produce a usted disgusto ni fatiga.

—De ningún modo; esto es un paseo a través de un país

curioso...

—Que resultará desconocido después de la inundación.

—Desconocido, en efecto —respondió el señor Francois con voz mesurada y doctoral.

Este hombre, minucioso y metódico, pronunciaba pausadamente las frases.

Diríase que las paladeaba, como un *gourmet* una exquisita pastilla.

—Y cuando pienso —repuso Pistache— que por donde nuestros caballos marchan nadarán los pescados, navegarán los barcos...

—Sí, cabo, pescados de todas clases, grandes y chicos... delfines y tiburones.

—¿También ballenas?

—No lo creo, acaso no haya bastante agua para ellas.

—¡Ya lo creo que habrá!... Según lo que nos ha dicho el suboficial Nicol, veinte metros de profundidad en el Rharsa y veinticinco en el Melrir.

—No en todos los puntos, y hace falta mucha agua para que puedan vivir a sus anchas estos colosos del mundo submarino... y para que puedan hacer sus juegos y soplar cómodamente.

—¿Y soplan muy fuerte?

—Lo suficiente para llenar los fuelles de una fragua o de los órganos de todas las catedrales de Francia.

Luego, repuso, describiendo con la mano el perímetro del nuevo mar:

—Veo ya este mar interior surcado por vapores y barcos de vela, entregándose al cabotaje en grande y pequeña escala, yendo de puerto en puerto; y ¿sabe usted cuál será mi más vivo deseo, cabo Pistache?

—Usted dirá, señor Franwis.

—Ir a bordo del primer barco que surque los nuevos mares argelinos... Tengo la esperanza de que el señor ingeniero pedirá pasaje en este navío y que daré con él una vuelta por estas aguas que nuestro esfuerzo ha traído desde el golfo al desierto.

El digno señor Francois considerábase, en cierto modo, un colaborador de su amo en esta creación del futuro mar del Sahara.

—En suma —y con este buen deseo el cabo Pistache acabó aquella interesante conversación—, puesto que la expedición había

comenzado tan bien, era de esperar que finalizara bajo tan excelentes auspicios.

Haciendo dos etapas diarias de siete a ocho kilómetros cada una, el ingeniero esperaba alcanzar pronto la extremidad del segundo canal. En cuanto el destacamento llegase al borde del Melrir se decidiría si había de recorrerse por la parte norte o por la sur. Poco importaba que se diera prelación a una u otra, puesto que el proyecto del ingeniero comprendía un reconocimiento en todo su perímetro.

La primera parte del canal pudo ser franqueada en aquella etapa. La sección partía de Rharsa, para desembocar en la pequeña depresión conocida bajo el nombre de El Asloudje, entre dos dunas de siete a diez metros de altura.

Pero antes de llegar al Melrir había que franquear una cierta cantidad de hondonaditas, que se escalonaban en todos sentidos, constituyendo una línea casi continua de depresiones menos profundas, entre dos riberas poco elevadas y que la llegada de las aguas del Mediterráneo habían necesariamente de sumergir. De ahí la necesidad de un abalizamiento, de una zanja a otra, para indicar la ruta en los *chotts* a los barcos de toda clase que no tardarían en mostrarse sobre este mar por la ciencia y la voluntad de los hombres. ¿No se había hecho otro tanto, en la abertura del canal de Suez, en la travesía de los lagos amargos, donde la dirección de los buques no sería posible sin las indicaciones precisas?

Los trabajos estaban allí bastante adelantados; la acción de poderosas máquinas había abierto profundas trincheras hasta el Melrir.

¿Qué no podría intentarse mañana, si la necesidad obligaba, con las máquinas actuales, dragas gigantescas, perforadoras a las cuales nada puede resistírsele, transportadores sobre vías férreas improvisadas..., todo el material formidable que el capitán Roudaire no podía ni sospechar siquiera, y que los inventores y constructores habían imaginado y construido en el curso de los años que habían pasado entre el principio de la ejecución del proyecto intentado por la Compañía franco-oriental —que acabó por abandonarlo, como ya dijimos— y la prosecución por la Sociedad francesa del mar del Sahara, bajo la dirección del ingeniero Schaller?

Todo lo construido hasta entonces conservábase en bastante buen estado, según las previsiones del ingeniero, que tan elocuentemente las expusiera en la conferencia de Gabes, hablando de las cualidades esenciales de conservación de este clima africano, que parece respetar hasta las ruinas, derrumbadas en otro tiempo bajo las arenas, y exhumadas hacía poco. Pero alrededor de estos trabajos de canalización casi completamente acabados, la soledad completa. Donde antes reinaba el movimiento de una masa de obreros, nada más que el silencio de los espacios despoblados, donde no se encontraba ningún ser humano y donde únicamente los trabajos abandonados atestiguaban que la perseverancia y la energía humanas habían pasado por allí y dado momentáneamente a estas regiones solitarias una apariencia de vida.

Era, pues, una inspección en la soledad lo que el señor de Schaller llevaba a cabo antes de dar cima a los nuevos y era de creer que definitivos proyectos. Sin embargo, la soledad en aquellos momentos era intranquilizadora, y el ingeniero experimentaba un invencible malestar al no ver llegar en su busca ninguno de los hombres que debieron haber salido de Biskra, según se había proyectado.

La decepción era cruel; pero, reflexionando el ingeniero, decíase, por vía de consolación, que no se va de Biskra a Rharsa como de París a SaintCloud y, que en una ruta tan larga, un incidente cualquiera habíase podido producir, frustrando todos los cálculos y combinaciones y modificando los horarios. En Gabes habíase recibido un despacho, fechado en Biskra, en el que el agente decíale que todo iba bien hasta esta última villa, conforme a las instrucciones enviadas desde París mismo. Era, pues, en el trayecto, tal vez en la región pantanosa, tan frecuentemente inundada y mal conocida de la Farfaria, entre Biskra y la región del Melrir, donde algo inesperado había detenido a los que él pensaba encontrar allí. Una vez lanzado en el campo de las hipótesis, no se sale de él. A una sucede otra con una continuidad obsesionante, y ellas trabajaban en aquel momento la imaginación del señor de Schaller, sin que le proporcionaran una explicación satisfactoria ni verosímil siquiera. Insensiblemente, su sorpresa y su disgusto convertíanse en verdadera inquietud, y llegó el fin de la etapa sin que el ingeniero lograra desechar la mala impresión reflejada en su rostro.

El capitán Hardigan consideró prudente explorar la ruta.

De este servicio fue encargado Nicol, quien con algunos jinetes fue flanqueando el canal, en tanto que el resto del destacamento continuaba su marcha.



La región estaba desierta o, más exactamente, parecía que hubiera sido abandonada hacia poco.

Al finalizar la segunda etapa, el destacamento hizo alto para pasar la noche en un lugar absolutamente desnudo de vegetación;

en la proximidad no había ningún oasis. Hasta entonces ninguna vez habíase instalado el campamento en tan deficientes condiciones. Nada de árboles, nada de pastos. Pero el convoy llevaba bastante forraje para asegurar el pienso de las bestias. Luego, en las orillas del Melrir, el destacamento encontraría varios oasis donde reponer sus provisiones. Afortunadamente, corrían algunos riachuelos, a los que se lanzaron hombres y animales; hubiérase dicho que los iban a secar, tal era el ansia con que bebían después de aquel día de marcha bajo un sol abrasador.

La noche fue tranquila y clara; una noche de luna llena, bajo un cielo tachonado de estrellas; como siempre, establecióse el servicio de vigilancia en los alrededores. En terreno tan descubierto, ni Sohar ni Harrig hubieran podido rondar en torno del campamento sin ser advertidos.

No se hubieran arriesgado a ello, tanto más que entraba en sus propósitos que el capitán Hardigan, el ingeniero y los espahíes se internasen en la parte argelina de los *chotts*.

Al romper el alba levantóse el campamento con la mayor diligencia, pues el señor de Schaller estaba impaciente por llegar a la extremidad del canal. Allí estaba abierta la trinchera que había de llevar las aguas del golfo de Gabes al Melrir.

Pero ni el más leve indicio de la gente de Biskra, cuya ausencia continuaba siendo un misterio.

¿Qué les había ocurrido? El señor de Schaller se perdía en conjeturas. Llegado al preciso lugar de la cita, no encontró a ninguno de los que esperaba, pareciéndole que esta eventualidad estaba llena de amenazas.

—Es evidente que algo grave sucede —repetía el ingeniero.

—Yo también lo temo —dijo a su vez el capitán—; tratemos de llegar al Melrir antes de que se nos eche la noche encima.

El alto de mediodía fue corto. Ni se desatalajaron los carruajes ni se desbridaron los caballos; el tiempo indispensable nada más que para tomar un refrigerio. Ya habría tiempo de reposar después de aquella última etapa.

El destacamento caminó con tanta diligencia, sin encontrar a nadie en el camino, que a las cuatro de la tarde aparecieron las alturas que encuadran la depresión por aquella parte.

A la derecha, en el kilómetro 347, se encontraba la última obra

de la compañía al término de los trabajos; después, a partir de este punto, no había más que la travesía del *chott* Melrir y de su entrada, el *chott* Sellem, para encontrar las cotas elevadas.

Según observó el teniente Villette, ninguna columna de humo distinguíase en el horizonte, y ni el más leve ruido llegaba hasta los expedicionarios.

Los caballos fueron vigorosamente espoleados, y como el perro tomara la delantera, Nicol no pudo impedir que su bravo cuadrúpedo se lanzara en pos de él.

Todos tomaron el galope, y los espahíes hicieron alto en la desembocadura del canal entre una nube de polvo. Allí, lo mismo que en Rharsa, ni la menor huella de los hombres que habían de haber ido de Biskra, y cuál no sería la sorpresa, la estupefacción del ingeniero y sus acompañantes al ver la cantería desbaratada, la trinchera casi cubierta de tierras, el paso cerrado por una valla de arena, y, por consecuencia, la imposibilidad material de que las aguas se vertieran en las profundidades del Melrir sin una reorganización completa de trabajos en este punto.

CAPÍTULO X

EN EL KILÓMETRO 347

Habíase pensado en denominar Roudaire-Ville al punto donde desembocaba el segundo canal en el Melrir. Pero luego, como el canal tenía por término el borde occidental, decidióse reemplazar su nombre por el del presidente de la Compañía franco-extranjera, y reservar el de Roudaire para el puerto que habría de establecerse del lado de Mraier o de Setil, en conexión con el transahariano, o enlazándose con una línea férrea. Pero la costumbre había hecho que, entretanto, se designase este punto por el kilómetro 347.

De la trinchera, en la última sección, apenas quedaba vestigio. Las arenas habíanse amontonado en toda su anchura y en una extensión de más de cien metros. Que la excavación no estuviera totalmente terminada era admisible. Pero, en esta época —y el señor de Schaller no lo ignoraba—, como mucho un burlete de mediocre espesor hubiera tenido que cerrar la extremidad del canal, y algunos días hubieran bastado para vaciarlo. Evidentemente, algunos grupos nómadas, adoctrinados, fanatizados, habían pasado por allí y destruido en un día lo que tanto trabajo había costado construir.

Inmóvil, sobre una reducida explanada que dominaba el canal en su unión con la hondonada, mudo, cerca de los dos oficiales, el ingeniero, no pudiendo creer a sus ojos, contemplaba melancólicamente todo el desastre.

—No faltan nómadas en el país capaces de esto y mucho más —dijo el capitán Hardigan—; bien sean tribus insurreccionadas por sus jefes, tuaregs u otras procedentes del oasis del Melrir. Todos estos salteadores de caravanas, enconados contra el mar del Sahara, se habrán lanzado en masa contra estos trabajos del kilómetro 347. Hubiera sido necesario que la comarca se vigilase noche y día por

los *maghzen* para impedir las agresiones de los nómadas.

Estos *maghzen*, de que hablaba el capitán Hardigan, constituyen un complemento del ejército regular de África. Son espahíes, encargados de la policía interior y de las represiones sumarias. Se les escoge entre los hombres inteligentes y de buena voluntad que, por una razón cualquiera, no quieren permanecer en su tribu. El uniforme azul es su signo distintivo, mientras que los *cheiks* lo tienen marrón y el rojo pertenece al de los espahíes y también es la insignia de investidura de los grandes jefes. En los poblados de alguna importancia hay algunos de estos individuos; mas para la eficacia de ese servicio era necesaria la organización de un verdadero regimiento, dispuesto a trasladarse de un punto a otro durante los trabajos, en previsión de un posible levantamiento de los indígenas, cuyos sentimientos hostiles eran sobradamente conocidos. Cuando el nuevo mar estuviese en explotación, cuando los navíos surcasen aquella comarca inundada, estas hostilidades serían mucho menos de temer. Pero, hasta entonces, importaba que el país estuviese sometido a una rigurosa vigilancia. Lo que habían hecho los indígenas en el extremo del canal podían reproducirlo en otra parte, si la autoridad militar no se preocupaba del asunto.

En aquel momento el ingeniero y los dos oficiales celebraron consejo. ¿Qué hacer? En primer término, buscar al grupo de hombres cuya ausencia no se explicaba. ¿Y cómo verificarlo? ¿A qué lado dirigir las pesquisas?... Esto era de una importancia capital.

—Es necesario —decía el señor de Schaller—, ante todo, encontrarles, pues en estas circunstancias su ausencia del lugar de la cita resulta poco tranquilizadora; luego ya se verá.

Con tal de recoger los obreros, ya se repararían con tiempo oportuno los destrozos de los nómadas.

—Pero habrá que protegerlos —añadió el capitán Hardigan—; y mis espahíes son pocos para esta misión; velar por ellos, suponiendo que se les encuentre, y preservarles contra las bandas de forajidos.

—De suerte, mi capitán —dijo el teniente Villette—, que necesitamos refuerzos, y es necesario irlos a buscar lo más cerca posible.

—Y lo más cerca es Biskra —declaró el capitán Hardigan.

Efectivamente, esta villa está situada en el noroeste del Melrir, a

la entrada del gran desierto y de la llanura del Ziban. Pertenecía a la provincia de Constantina desde 1845, en cuya época fue ocupada por los argelinos. Es el punto más avanzado que posee Francia en el Sahara, y cuenta con algunos millares de habitantes y una oficina militar. La guarnición podía, por lo tanto, proporcionar, al menos provisionalmente, un contingente de tropa que, unida a los espahíes del capitán Hardigan, sería lo bastante para proteger eficazmente a los obreros, si se conseguía dar con ellos.

Con buen deseo, bastarían unos cuantos días para ganar Biskra, mucho más cerca que Tozeur y a igual distancia de Nefta. Pero estas dos localidades no hubieran podido ofrecer los mismos refuerzos que Biskra y, por otra parte, tomando este partido, se tenía la suerte de encontrar Pointar.

—¿Y de qué serviría la protección de los trabajos —dijo el ingeniero— si faltan braceros para restablecerlos?... Lo esencial es saber si los trabajadores han sido dispersados y hacia dónde han ido huyendo de Goleah.

—Sin duda alguna —añadió el teniente Villette—; pero aquí nadie puede informarnos. Tal vez por estas cercanías encontremos algún indígena que pueda darnos noticias, si le da la gana de hacerlo.

—En todo caso —repuso el capitán Hardigan—, nuestra misión es el reconocimiento del Melrir, y habrá que decidir si vamos a Biskra o volvemos a Gabes.

El ingeniero mostrábase muy perplejo. Presentábase una eventualidad que no había podido ser prevista; y lo que se imponía, en el menor plazo posible, era la reconstrucción del canal y la adopción de las medidas necesarias para ponerse al abrigo de todo nuevo ataque. Pero ¿cómo pensar en esto antes de ir en busca del personal obrero, la ausencia del cual habíale tan vivamente preocupado desde su llegada al segundo canal?

En cuanto a la razón que había impulsado a los indígenas de aquella región a destrozar los trabajos, no había duda que era el descontento producido por la próxima inundación de la comarca. ¡Y quién sabe si no resultaría un levantamiento general de las tribus del Djerid, y la seguridad peligraría en todo el recorrido de 400 kilómetros entre el fondo del Melrir y el golfo de Gabes!

—De todos modos, cualquiera que sea la resolución que

adoptemos —dijo el capitán Hardigan, acampemos ahora aquí, y mañana nos pondremos en marcha.

Era lo mejor que podían hacer. Después de una etapa bastante fatigosa, bajo un cielo de fuego, imponíase el alto hasta el siguiente día. Diéronse, por lo tanto, las disposiciones necesarias para armar las tiendas, esperar el convoy y dejar en libertad de pastar a los caballos en el verdor del oasis, guardándolos según costumbre. Nada indicaba que el destacamento estuviese amenazado de peligro alguno. El ataque al canal debía remontarse a varios días. Además, el oasis de Goleah y sus alrededores parecían absolutamente desiertos.

En tanto que el ingeniero y los dos oficiales cambiaban impresiones, el suboficial Nicol y dos espahíes internáronse en el oasis. Acompañábales el perro, que olfateaba por entre las hierbas. De pronto se detuvo y levantó la cabeza en actitud de muestra. ¿Sería alguna pieza de caza lo que había olfateado?... ¿Alguna fiera, león o pantera dispuesta a lanzarse?...

El suboficial comprendió enseguida de lo que se trataba, por la manera de ladrar del inteligente animal.

—Por aquí hay algunos merodeadores —dijo—. ¡Si pudiéramos pescar alguno!...

El perro iba a lanzarse; pero su amo le detuvo. Si venía algún indígena en aquella dirección era preciso no espantarle.

Nicol no tardó en salir de dudas. Un hombre, un árabe, avanzaba por entre los árboles, observando a derecha e izquierda, sin preocuparse de ser o no visto. Así que hubo advertido a los tres hombres, parados a corta distancia, dirigióse resueltamente hacia ellos con paso tranquilo.

Era un indígena de unos treinta y cinco años, vestido como los obreros de la baja Argelia, de los que se ocupan en toda clase de faenas del campo, y Nicol pensó al momento que tal vez su capitán pudiera sacar algún provecho del encuentro. Resolvióse, pues, a llevarle este indígena, de grado o por fuerza, cuando éste, avanzando, preguntó:

—¿Hay franceses por aquí?

—Sí, un destacamento de espahíes —contestó Nicol.

—Condúzcame usted a donde esté su jefe —se limitó a añadir el árabe.

Nicol, precedido del perro, que lanzaba sordos gruñidos, volvió hacia la linde del oasis.

Los dos espahíes marchaban detrás; pero el indígena no manifestaba ninguna intención de huir.

En cuanto hubo franqueado los últimos árboles, el teniente Villette, que habíalo advertido, exclamó:

—¡Ha caído pieza!...

—¡Calle! —dijo Hardigan—; ese Nicol es hombre de suerte.

—Acaso ese hombre pueda informarnos —añadió el ingeniero.

Un instante después el árabe hallábase en presencia de los dos oficiales, alrededor de los cuales agrupábanse los espahíes.

Nicol refirió entonces en qué condiciones habían encontrado este hombre.

El árabe erraba a través del bosque, y en cuanto vio al suboficial y a sus acompañantes hablase dirigido hacia ellos. Sin embargo, añadió que el recién llegado le parecía sospechoso, y que estaba en el caso de hacer partícipes a sus jefes de su recelo. El capitán procedió inmediatamente al interrogatorio del indígena.

—¿Quién eres tú? —preguntóle en francés.

Y el árabe contestó en la misma lengua, con bastante corrección:

—Un originario de Tozeur.

—¿Cómo te llamas?

—Mezaki.

—¿De dónde vienes?

—De allá abajo, de El Zeribet.

Este nombre era el de un oasis argelino situado a 45 kilómetros de la hondonada.

—¿Y qué venías a hacer por aquí?

—Ver lo que pasaba en la comarca.

—¿Para qué? ¿Acaso eres obrero de la Sociedad? —preguntó vivamente el ingeniero.

—Sí, durante muchos años he guardado por aquí los trabajos del canal. El jefe Pointar me tomó a su servicio desde su llegada. Así se llamaba, efectivamente, el jefe del grupo de trabajadores esperado de Biskra, y cuya ausencia tan vivamente inquietaba al señor de Schaller. Por fin iba a tener noticias.

Luego el indígena añadió:

—Y también le conozco a usted, señor ingeniero, pues le he visto

más de una vez cuando visitaba la región.

No había lugar a duda acerca de lo que decía Mezaki, que era uno de los numerosos árabes que la compañía había empleado en las obras del canal, entre el Rharsa y el Melrir, y que los agentes de la nueva Sociedad del mar del Sahara esforzábanse de reclutar cuidadosamente. Era un hombre vigoroso, con una fisonomía tranquila, propia a todos los de su raza; pero una mirada viva, mirada de fuego, escapábase de su negra pupila.

—Y bien, ¿dónde están tus camaradas, que debían instalarse en el lugar del trabajo? —preguntó el ingeniero.

—Allá abajo, del lado de Zeribet —contestó el indígena, tendiendo su brazo hacia el norte—, cerca del oasis de Gibeb hay un centenar.

—¿Y por qué han partido?... ¿Acaso ha asaltado su campamento alguna banda?

—Si, señor; eso es; por una banda de beréberes.

Estos indígenas, beréberes, o de origen beréber, ocupan el país del Icham, región comprendida entre el Tuat al norte, Timbuctú al sur, el Níger al oeste, y el Fezzan al este. Sus tribus son numerosas: arzchers, ahaggars, mahingas, thagimas; casi siempre en lucha con los árabes, y principalmente con los chaambas argelinos, sus mayores enemigos.

Mezaki refirió entonces lo que había sucedido en el tajo ocho días antes.

Varios centenares de nómadas, soliviantados por sus jefes, habíanse arrojado sobre los obreros en el momento que éstos se disponían a reanudar el trabajo.

Conductores de caravanas, veían que su oficio peligraba con el proyecto del mar del Sahara, pues entonces sería la marina mercante la que hiciese todo el tráfico interior de Argelia y de Tunicia.

De aquí el acuerdo mancomunado de las diversas tribus, ante la prosecución de los trabajos, para destruir el canal que debía llevar las aguas de la Pequeña Sirte.

La brigada de trabajadores de Pointar no había podido rechazar el inesperado ataque. Dispersados en un instante, no pudieron evitar el desastre más que ganando el norte del Djerid.

Volver hacia el Rharsa, luego hacia el oasis de Nefta o de

Tozeur, les había parecido peligroso, porque los asaltantes podían cortarles el camino, y decidieron buscar refugio del lado de Zeribet. Después de su huida, los agresores habían destruido la trinchera, incendiado el oasis y completado la obra de destrucción.

Y cuando la desembocadura del canal estuvo completamente obstruida, los nómadas desaparecieron con tanta presteza como habían llegado.

Seguramente si el segundo canal, entre el Rharsa y el Melrir, no estaba guardado por fuerzas suficientes, estaría expuesto de continuo a las agresiones de este género.

—Sí —dijo el ingeniero, cuando el árabe hubo acabado su relato—, es necesario que la autoridad militar adopte las medidas necesarias para la protección de los trabajos... Luego, el mar del Sahara ya sabrá defenderse solo.

El capitán Hardigan dirigió algunas preguntas más a Mezaki. ¿De cuántos hombres estaba compuesta esa banda de agresores?

—Aproximadamente, de cuatrocientos a quinientos —contestó el árabe.

—¿Y se sabe hacia dónde se retiraron? —Hacia el sur— afirmó Mezaki.

—¿Y no tomaron parte los tuaregs en esa fechoría?

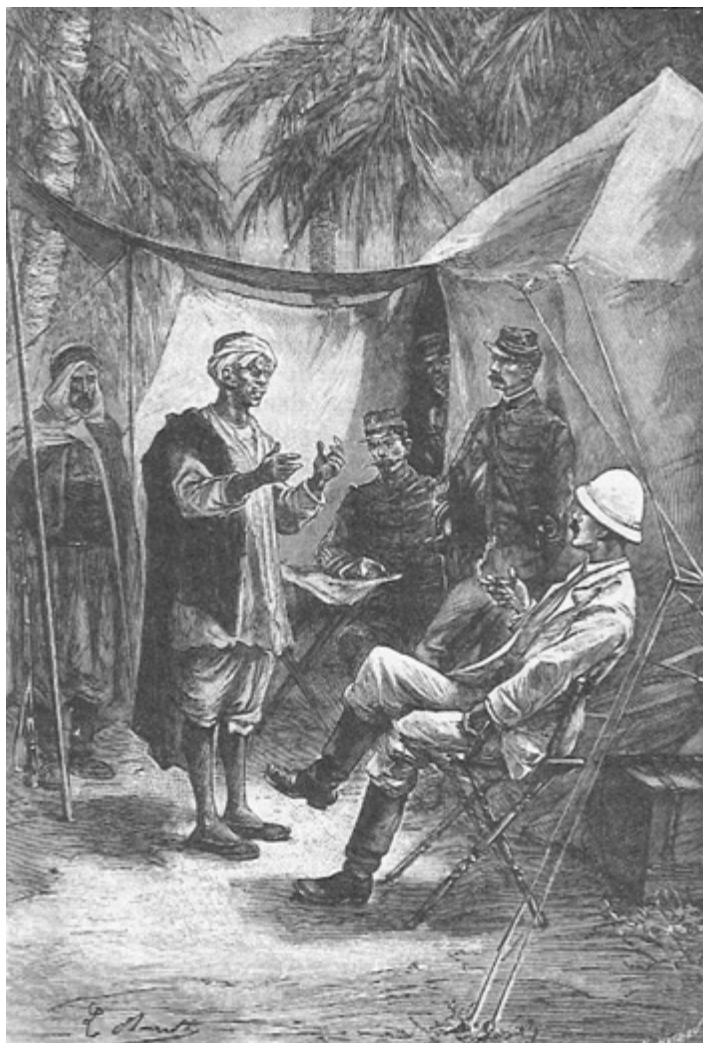
—No, señor, sólo beréberes.

—¿No ha vuelto a aparecer Hadjar por el país?

—¿Y cómo iba a ser eso, si hace tres meses que le cogieron prisionero y que está encerrado en el fuerte de Gabes?

De suerte que este indígena ignoraba la evasión de Hadjar, y mal podía ser él quien indicase si se le había vuelto a ver por la región. Pero lo que sí estaba en condiciones de decir era lo concerniente a los obreros de Pointar, y a la pregunta que le dirigió el ingeniero, contestó Mezaki:

—Repito que huyeron con dirección norte, hacia la parte de Zeribet.



—¿Y Pointar está con ellos? —preguntó el señor de Schaller.

—No los ha dejado un momento, y también los capataces están con ellos.

—¿En este momento, dónde?

—En el oasis de Gizeb.

—¿Muy lejos?

—A una veintena de kilómetros del Melrir.

—¿Y tú podrías ir a prevenirles que hemos llegado al oasis de Goleah con unos cuantos espahíes? —preguntó el capitán Hardigan.

—Puedo, si usted quiere —contestó Mezaki—; pero si voy solo tal vez el jefe Pointar dudará...

—Vamos a deliberar sobre el caso —concluyó el capitán, después de dar las órdenes para que se diese algo de comer al indígena, que parecía tener gran necesidad de alimento y descanso.

El ingeniero y los dos oficiales conferenciaron acerca del caso. No les pareció sospechosa la veracidad del árabe, que conocía a Pointar y había reconocido al señor de Schaller. Indudablemente, era uno de los obreros empleados en las obras de aquella sección.

En las actuales circunstancias lo Más urgente era, como se ha dicho, encontrar a Pointar y reunir las dos expediciones. Además se rogaría al comandante militar de Biskra que enviase refuerzos para que las brigadas pudieran reanudar los trabajos.

—Lo repito —decía el ingeniero—, después de la inundación nada habrá que temer; pero hasta tanto es preciso restablecer la trinchera del canal, y para ello recoger a los obreros desaparecidos.

Resumiendo, he aquí el partido que tomaron el ingeniero y el capitán Hardigan, teniendo en cuenta las circunstancias.

No había nada que temer de la banda beréber, que, según Mezaki, se había retirado al sudoeste del Melrir.

No se corría riesgo alguno en el kilómetro 347, y lo mejor sería instalar un campamento en espera del regreso de los obreros. El teniente Villette, el suboficial Nicol y todos los hombres disponibles acompañarían a Mezaki hasta el oasis de Gizeb, donde el jefe Pointar y los trabajadores se encontraban, según decía el indígena.

El oficial contaba con poder regresar al campamento en aquel mismo día. Probablemente Pointar acompañaría a Villette, quien pondría un caballo a su disposición. En cuanto a los obreros, estarían a las cuarenta y ocho horas en el lugar del trabajo si podían partir a la mañana siguiente.

Suspendíase, pues, momentáneamente la exploración alrededor del Melrir. Tales fueron las disposiciones adoptadas de común acuerdo entre el ingeniero y el capitán Hardigan.

Mezaki no hizo objeción alguna, aprobando el envío del teniente Villette y sus jinetes al oasis de Gizeb. Opinaba que los obreros no dudarían en acudir al trabajo en cuanto supieran que se hallaban allí el ingeniero y el capitán. Ya se vería luego si era conveniente que se enviara desde Biskra un fuerte destacamento de *maghzen*,

que guardaría los trabajos hasta que las primeras aguas del golfo inundaran el Melrir.

CAPÍTULO XI

UNA EXCURSIÓN DE DOCE HORAS

A las siete de la mañana el teniente Villette y sus hombres salieron del campamento. El día prometía ser caluroso con amenaza de tormenta, una de esas violentas tempestades que se desencadenan frecuentemente en las llanuras del Djerid. Pero no había tiempo que perder, pues el ingeniero tenía gran prisa en encontrar a Pointar y su gente.

No hay para qué decir que Nicol montaba a *Adelantado*, y que *Adelantado* iba precedido de su gran amigo el perro.

Antes de partir los espahíes habían cargado sus caballos de víveres en cantidad suficiente.

Durante la ausencia del teniente Villette, el ingeniero y el capitán Hardigan se entretuvieron en organizar el campamento, con el concurso del cabo Pistache, del señor Franqpis, de cuatro espahíes, que no formaban parte de la escolta del teniente y de los conductores de carros. Los pastos del oasis estaban abundantemente provistos de hierba, refrescada por un riachuelo que serpenteaba por entre el verdor.

La excursión del teniente Villette no debía durar más que medio día. Efectivamente, la distancia comprendida entre el kilómetro 347 y Gizeb no pasaba de veinte kilómetros. Sin forzar la marcha de los caballos, esta distancia podía ser franqueada en toda la mañana. Después de un alto de dos horas, bastaría la tarde para poder regresar al campamento en unión de Pointar.

A Mezaki habíanle dado un caballo, y se vio que era buen jinete, como todos los árabes. Trotaba a la cabeza, cerca del teniente Villette y del suboficial, en dirección del nordeste, que tomó en cuanto hubieron dejado el campamento a retaguardia.

Una inmensa llanura extendíase en todo el alcance de la vista: el

desierto en toda su aridez, las arenas del cual brillaban a los rayos del sol. Por esta porción del Djerid no pasaba a la sazón ni un ser viviente.

Ninguna caravana la atravesaba entonces para ganar alguna importante villa del Sahara, Uargla o Tuggurt, en el límite del desierto. Ningún rebaño de rumiantes vagaba por los contornos, para sumergirse luego en las aguas del riachuelo, como hacía el perro, produciendo la envidia de *Adelantado*, que le veía saltar cubierto de gotitas brillantes.

La tropa iba remontando la orilla izquierda del curso del agua. A una pregunta que el oficial le dirigiera, Mezaki contestó:

—Si, seguiremos todo el río hasta el oasis de Gizeb, por medio del cual pasa.

—¿Está habitado este oasis?

—No —contestó el indígena—; por esta razón al dejar Zeribet tuvimos que proveemos de víveres.

—¿De suerte que la intención de Pointar era acudir al punto designado por el ingeniero?

—Desde luego; y yo vine para asegurarme de que los beréberes lo habían abandonado.

—¿Y estás seguro de que le encontraremos en Gizeb?

—Si, allí le dejé, donde convinimos que me esperaría. Si apretáramos a los caballos, llegaríamos en un par de horas.

No era posible forzar la marcha bajo aquel sol abrasador, y así lo hizo ver el suboficial. Además, con una marcha moderada estarían al mediodía en el oasis, y después de dar algún descanso a los caballos podían estar de regreso en Goleah antes de anoecer.

Verdad es que, a medida que el sol remontaba sobre el horizonte, el calor hacía-se más intenso, y los pulmones respiraban un aire abrasador.

—Por todos los diablos, mi teniente —repetía Nicol—, no he tenido tanto calor en los tres años que llevo de africano. Es fuego lo que se respira, y, si bebiera una agua, herviría en el estómago... ¡Y al menos si pudiera uno aliviarse sacando la lengua como el perro...! Vea usted, le cuelga hasta el pecho...

—Haga usted otro tanto Nicol —le dijo el teniente Villette—; haga lo mismo, aunque no sea reglamentario.

—¡Si pudiera!... Más valdría cerrar la boca y abstenerse de

respirar. Pero este medio...

—Creo que el día no terminará sin que haya una fuerte tormenta.

—Así lo creo —contestó Mezaki, que por su condición de indígena resistía mejor estas excesivas temperaturas.

Y añadió.

—Tal vez lleguemos antes a Gizeb, donde podremos guarecernos al abrigo del oasis y dejar pasar la borrasca.

—Así sea —repuso el teniente—. Apenas si se dibujan algunas nubes hacia el norte, y aquí no se deja sentir el viento.

Estas tormentas de África no necesitan viento; marchan solas, como los vapores que hacen la travesía de Marsella a Túnez... ¡Parece que llevan una máquina en la tripa!

Cualquiera que fuese el ardor de la temperatura y aunque la fatiga fuese el resultado, el teniente Villette apretaba la marcha. Tenía prisa en finalizar esta etapa; una etapa de veinte kilómetros sin parar, a través de esta llanura sin abrigo. Esperaba adelantarse a la tormenta; ésta tendría todo el tiempo para desencadenarse durante la parada de Gizeb. Sus espahíes, entonces, reposarían y se reharían con las provisiones que llevaban en su saco. Después, con el gran calor meridiano pasado, se pondrían en ruta hacia las cuatro de la tarde, y, antes del crepúsculo, estarían de vuelta en el campamento.

Los caballos sufrieron tanto durante esta etapa, que los jinetes no pudieron mantenerlos al trote. El aire era irrespirable bajo la influencia de esta amenazadora tempestad. Las nubes, que hubieran podido velar el sol, ascendían con lentitud extrema, y la tropa habría llegado seguramente al oasis antes de que hubiesen invadido el cielo hasta el cenit. Todavía no cambiaban entre ellas sus descargas eléctricas, y el oído no percibía aún el lejano rodar de los truenos.

La llanura abrasadora prolongábase indefinidamente, sin que se advirtiese ni un punto que pudiera indicar su término.

—¡Eh, tú! —repetía el suboficial, interpelando al guía—. ¿Dónde diablos está ese maldito oasis?

—Seguramente allá, en medio de aquellas nubes, y no lo veremos hasta el momento en que descarguen sobre nosotros...

—¿No habrás equivocado la dirección? —preguntó el teniente

Villette a Mezaki.

—No —contestó el indígena—; no me puedo equivocar, puesto que no hay más que remontar el río hasta Gizeb.

—Sin embargo, ya debíamos divisarlo, puesto que nada se opone a la mirada —observó el oficial.

—Allí está —se limitó a contestar Mezaki, tendiendo la mano hacia el horizonte.

Efectivamente, a una legua de distancia, poco más o menos, dibujábanse algunos macizos. Eran los primeros árboles del oasis, que podía ganarse de una galopada.

Mas no era posible intentar con los caballos este último esfuerzo, pues hasta el duro *Adelantado* iba comiendo cola, como vulgarmente se dice.

Así es que serian las once de la mañana cuando el oficial llegó al oasis.

Era muy extraño que los jinetes no hubieran sido divisados por los que, según Mezaki, debían esperar en Gizeb. Y como el teniente hiciera esta observación, dijo el árabe, demostrando sorpresa, real o fingida:

—¿Será que ya no están aquí?...

—¿Y por qué no habían de estar? —preguntó el oficial.

—Es lo que no podría explicar. Ayer estaban aquí. Tal vez, por temor a la tormenta, hayan buscado refugio en el interior del oasis; pero yo sabré dar con ellos.

—Entretanto, mi teniente —dijo el oficial Nicol—, yo creo que haremos bien dando algún descanso a los hombres.

—¡Alto! —Mandó el oficial.

A cien pasos de allí abríase una explanada rodeada de altas palmeras, donde los caballos podrían reposar. No había que temer que ellos quisieran salir, y, en cuanto al agua, ellos estarían bien servidos por el riachuelo que lo limitaba por uno de sus lados. De allí, se dirigía hacia el nordeste, y contorneaba el oasis en dirección a Zeribet.

Después de dejar el ganado a la sombra, los jinetes se ocuparon de ellos mismos, disponiéndose a restaurar el estómago con la única comida que habían de hacer en Gizeb.

Mezaki remontó por la orilla derecha del riachuelo algunos centenares de pasos en compañía de Nicol, precedido por el perro.

De creer al árabe, la cuadrilla de Pointar debía estar por los alrededores, esperando su regreso.

—¿Es aquí donde dejaste a tus camaradas?...

—Aquí —contestó Mezaki—. Llevamos en Gizeb unos cuantos días, y a menos que no se hayan visto obligados a volver a Zeribet...

—¡Por vida del demonio! —exclamó Nicol—. ¡No faltaba más que tuviéramos que cargarnos otra caminata!...

—Yo espero que no será menester; el jefe Pointar no debe de estar lejos...

—De todos modos, volvamos sobre nuestros pasos... El teniente estaría inquieto si nuestra ausencia se prolongara... Vamos a tomar un refrigerio... Después recorreremos el oasis, y si la gente está aquí todavía no tardaremos en dar con ella.

Luego, dirigiéndose a su perro:

—¿Tú no hueles nada?

El animal se irguió a la voz de su amo, que repetía:

—Busca... busca...

El perro se limitó a dar vueltas, sin que nada indicara que había encontrado una pista. Luego, abrió la boca en un prolongado bostezo, cuya significación no podía escapar al suboficial.

—Sí, ya comprendo; te mueres de hambre, y te comerías de buena gana un buen pedazo de carne... A pesar de todo, me extraña que si Pointar y sus hombres están aquí no haya encontrado sus huellas.

Cuando el teniente Villette estuvo al corriente de lo sucedido, se mostró no menos sorprendido que Nicol.

—Pero, en fin —le preguntó a Mezaki—, ¿estás seguro de no haberte equivocado?

—Segurísimo, puesto que he seguido para venir desde el kilómetro 347 el mismo camino que para ir allá...

—¿Es éste el oasis de Gizeb?

—Sí, Gizeb; siguiendo, como hemos seguido, todo el curso del agua, no es posible equivocarse.

—Entonces, ¿dónde pueden estar Pointar y sus hombres?

—En alguna otra parte del bosque, pues no comprendo que hayan podido volver a Zeribet...

—Dentro de una hora recorreremos el oasis —concluyó el teniente Villette.

Mezaki sacó los víveres de su saco, y sentándose algo apartado, en el borde del arroyo, se puso a comer.

El teniente y su inmediato subordinado sentáronse a comer al pie de una palmera, y a su lado el perro, que engullía todo lo que le echaba su amo.

—Es singular —repetía Nicol— que no hayamos visto a nadie, ni encontrado el menor vestigio de campamento.

—¿Y el perro no ha olfateado nada? —preguntó el oficial.

—Nada.

—Diga usted, Nicol, ¿no hay ya motivos para sospechar de Mezaki? —preguntó el oficial, mirando de reojo al árabe.

—A fe mía, mi teniente, que al principio desconfié de él, y bien sabe usted que no lo oculté. Nosabemos quién es, ni de dónde viene... Pero lo cierto es que hasta ahora no ha dado lugar para que recelemos de él. Además, ¿qué interés había de tener en engañarnos? ¿Con qué propósito había de habernos traído a Gizeb si Pointar y sus hombres no estuviesen o hubieran estado aquí?... Bien sé que con estos demonios de árabes no está uno nunca seguro. No cabe duda de que reconoció al ingeniero, y todo hace creer que es uno de los árabes al servicio de la Compañía.

El oficial dejaba explayar a Nicol, cuya argumentación no carecía de lógica; pero, no obstante, seguía pareciéndole extraordinario no haber encontrado en el oasis ninguno de los obreros a las órdenes de Pointar.

Si éste y los suyos sabían que Mezaki iba en busca del ingeniero, ¿por qué no habían esperado su regreso? ¿Cómo no había salido al encuentro del grupo de espahíes, que debían de haber divisado desde lejos?... Y si se habían retirado al interior del bosque, ¿qué causa les había obligado a ello? ¿Podría admitirse que se hubiesen remontado hasta Zeribet?

Y en todo caso, ¿sería prudente prolongar hasta allí el reconocimiento?... Seguramente, no; y una vez comprobada la ausencia de los que se buscaban, volverían a reunirse con el capitán Hardigan. Así es que cualquiera que fuese el resultado de la expedición a Gizeb, aquella misma noche estarían de regreso en el campamento.

Era la una y media cuando el teniente Villette se levantó. Después de observar el estado del cielo, que las nubes iban

invadiendo, le dijo al árabe:

—Vamos a registrar el oasis antes de partir; tú nos guiarás.

—A sus órdenes —dijo Mezaki, disponiéndose a emprender la marcha.

—Nicol —añadió el oficial—, acompáñeme usted con dos hombres. Los otros que esperen aquí nuestro regreso.

—Está bien, mi teniente —contestó el suboficial, llamando a dos espahíes.

En cuanto al perro, no hay para qué decir que siguió a su amo sin necesidad de recibir la orden.

Mezaki, que precedía al oficial, tomó la dirección norte. Se alejaban del arroyo; pero, de retorno, descenderían por la orilla izquierda, de manera que el oasis sería visitado en toda su extensión.

El oasis no tenía más que unas 25 hectáreas, y jamás había sido habitado por indígenas sedentarios, siendo únicamente un lugar de descanso para las caravanas que se dirigían de Biskra al litoral.

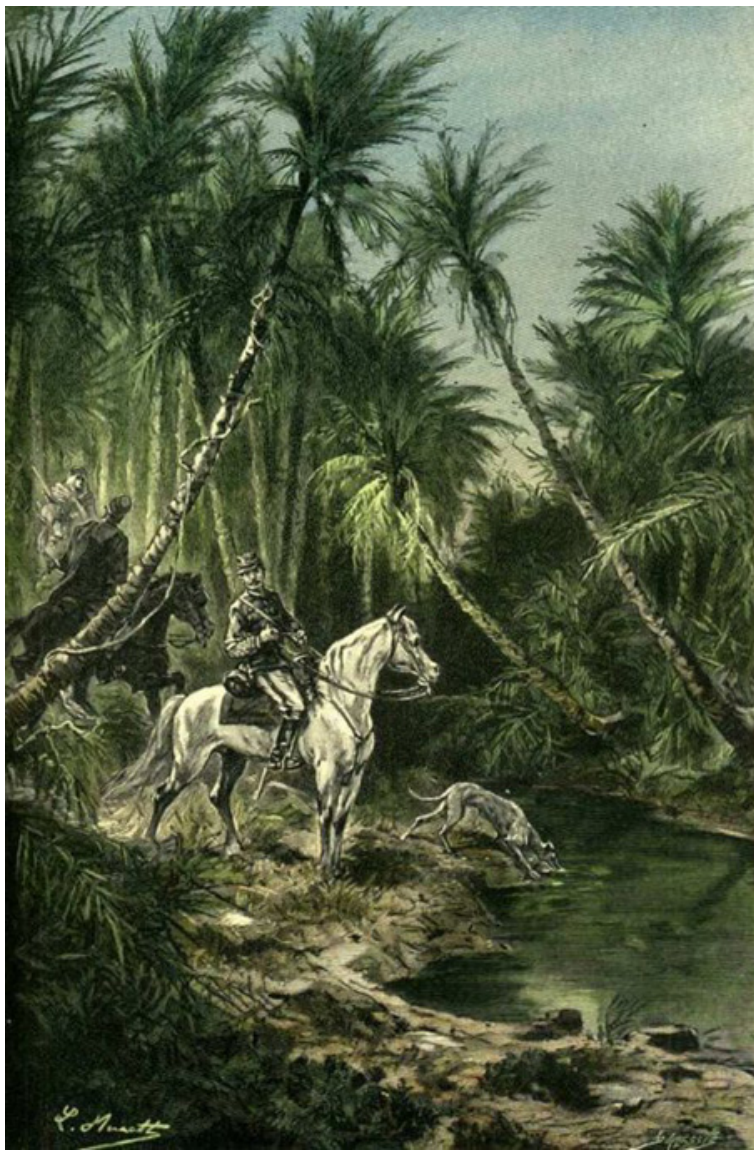
El teniente y su guía marcharon en aquella dirección media hora. La espesura de los árboles no impedía ver el cielo, por donde se deslizaban grandes volutas de vapor que iban ya tocando el cenit.

Allá en el horizonte iban propagándose los sordos rumores de la tormenta, y algunos relámpagos iluminaban las lejanas zonas del norte.

Llegado al límite del oasis, el teniente se detuvo. Ante él extendíase la amarillenta llanura silenciosa y desierta.

Si la cuadrilla había dejado Gizeb, donde, según Mezaki, había quedado la víspera, ya debían de estar lejos, bien hubiesen tomado el camino de Zeribet o el de Nefta.

Pero había que comprobar si estaban acampados en algún otro paraje del oasis, y las investigaciones continuaron, volviendo hacia el riachuelo.



Anduvieron una hora más el oficial y sus hombres sin encontrar huellas de campamento. El árabe parecía muy sorprendido.

A las interrogadoras miradas del oficial, Mezaki respondía invariablemente:

—Aquí estaban ayer los operarios y el jefe... Pointar mismo fue quien me mandó a Goleah... Tienen que haberse marchado esta

mañana.

—¿Pero dónde habrán ido, según tú? —preguntó el teniente Villette.

—Tal vez a las obras.

—No, porque los hubiéramos encontrado. —No habrán tomado el mismo camino.

—¿Y por qué habían de seguir uno distinto?

Mezaki no supo qué contestar.

Serían las cuatro de la tarde cuando el oficial regresó a donde dejara el resto de su fuerza.

Las pesquisas habían resultado infructuosas. El perro no se había lanzado por ninguna pista. Todos los signos hacían creer que el oasis no había sido frecuentado en mucho tiempo ni por la gente de Pointar, ni por el personal de una cáfila.

Entonces el suboficial, no pudiendo resistir más a un pensamiento que le dominaba, se aproximó a Mezaki y le dijo mirándole fijamente:

—¡Eh, tú! Me parece que has querido jugarnos una pasada.

Mezaki mantuvo imperturbable la mirada de Nicol, y se encogió de hombros de un modo tan desdeñoso que el suboficial lo hubiera agarrado por la garganta de no habérselo impedido el teniente Villette.

—Basta, Nicol —dijo severamente—. Vamos a ponernos en marcha hacia Goleah, y Mezaki nos acompañará.

—Entre dos de nuestros hombres...

—Estoy dispuesto —contestó fríamente el árabe, cuya mirada, inflamada un instante por la cólera, recobró su habitual indiferencia.

Los caballos, rehechos con el pasto, abrevados en el agua corriente, estaban ya en condiciones de franquear la distancia que separa Gizeb del Melrir. La reducida tropa estaría seguramente de regresó antes de la noche.

Su reloj marcaba las cuatro y cuarenta cuando el teniente dio la orden de partida. El suboficial se colocó junto a él, y el árabe entre dos españoles que no habían de perderle de vista.

Hay que advertir que los soldados compartían con Nicol las sospechas respecto a Mezaki, y aunque el oficial no quería hacerlo ver, no cabe duda que experimentaba análoga desconfianza. Así es

que todos tenían gran prisa por llegar al campamento y por informar al capitán Hardigan y al ingeniero de lo que ocurría, para que ellos resolviesen, en vista de que no era posible reanudar los trabajos con los obreros desaparecidos.

Los caballos caminaban rápidamente, sobreexcitados por la tempestad que no tardaría en desencadenarse.

Las nubes cubrían ya el cielo por completo y sentíase una gran tensión eléctrica. Los primeros relámpagos rasgaron el espacio y el trueno se hizo sentir con ese terrible estruendo particular en las llanuras del desierto, donde los sonidos no encuentran eco alguno que los repercuta.

Por otra parte, ni el más ligero soplo de viento, ni una sola gota de agua. Los humanos seres abrasábanse en medio de aquella atmósfera y los pulmones respiraban un aire de fuego.

Sin embargo, el teniente Villette y los suyos podrían regresar, a costa de grandes fatigas, y sin mucho retraso, de no empeorar el estado de la atmósfera. Pero podía sobrevenir de un momento a otro el viento y la lluvia; ¿dónde refugiarse en aquella explanada árida, que no ofrecía ni siquiera un árbol?

Lo importante era llegar al kilómetro 347 en el más breve plazo.

Llegó un momento en que todos los esfuerzos de los jinetes resultaban inútiles. Los caballos no respondían ya a la espuela, y hasta el brioso *Adelantado* llegó a dar muestras tales de cansancio, que su dueño llegó a temer que se le acostara sobre la arena calcinada por los rayos del sol.

Animados de continuo por su jefe, el pelotón de espahíes había recorrido, a las seis de la tarde, las tres cuartas partes del camino.

Si el sol no hubiera estado oculto por una espesa capa de nubes, hubiérase podido percibir desde allí el Melrir. Pronto empezaron a distinguirse vagamente los macizos del oasis, y admitiendo que faltase una hora para llegar, no habría cerrado del todo la noche cuando los expedicionarios franquearan los primeros árboles.

—¡Vamos, amigos míos, valor! —repetía el oficial—. Hay que hacer un último esfuerzo.

Pero por duros que fuesen sus hombres, el teniente comprendía que habían llegado al límite de la resistencia y que poco faltaba para que el desorden invadiese las filas. Ya algunos jinetes quedaban rezagados, y, para no abandonarlos, fuerza era suspender

la marcha unos instantes.

Era de desear que la tormenta se mostrase por algo más que por truenos y relámpagos. Más valía, para hacer el aire respirable, que las enormes masas de vapores se resolviesen en lluvia. Era aire lo que faltaba, y los pulmones funcionaban cada vez peor en medio de esta asfixiante atmósfera.

El viento sopló al fin, pero con violencia, debido a la extrema tensión eléctrica del espacio. Formáronse opuestas corrientes de una extraordinaria intensidad, con terribles remolinos en los puntos de encuentro.

La tromba encontró en su camino a la columnita de espahíes, produciendo entre los jinetes un espantoso desorden. No se veía nada, no se oía nada, no se sentía nada. El torbellino lo envolvía todo, dirigiéndose vertiginoso hacia las llanuras meridionales del Djerid.

El teniente Villette no podía darse cuenta de la dirección en medio de la tormenta. Que sus hombres y él hubiesen sido arrastrados hacia el *chott* era posible, pero alejándose del campamento.

Afortunadamente, sobrevino una lluvia torrencial y la tromba pasó, en medio de una profunda oscuridad.

El pelotón hablase dispersado, y era necesario reunirlo. A la luz de los relámpagos, el oficial había podido reconocer que el oasis estaba ya a un kilómetro hacia el sudeste.

Después de repetidas llamadas, hombres y caballos lograron reunirse. De pronto exclamó Nicol:

—¿Dónde está el árabe?

Los dos espahíes encargados de vigilar a Mezaki no pudieron responder. Habían sido violentamente separados el uno del otro en el momento en que la tromba los arrastraba entre su torbellino.

—¡El canalla se ha largado! —repetía el suboficial—. Se ha largado, y con él su caballo... o mejor dicho, nuestro caballo... Este indígena nos ha engañado miserablemente.

El teniente callaba sumido en sus reflexiones.

Enseguida el perro rompió a ladrar furiosamente, y antes de que Nicol pudiera detenerle, se lanzó de un salto en dirección del campamento.

—¡Aquí, ven aquí! —gritaba Nicol.

Pero fuese que no le hubiera oído, o que no le quisiera oír, lo cierto es que el perro desapareció en la oscuridad.

Después de todo, tal vez el perro se hubiese lanzado en persecución de Mezaki, y este esfuerzo no hubiera podido pedirlo Nicol a su caballo, fatigado hasta el extremo.

Entonces fue cuando al teniente Villette le asaltó la idea de si, durante su ausencia, habría ocurrido alguna desgracia en Goleah, o si el ingeniero, el capitán Hardigan y sus hombres corrían algún peligro. La inexplicable desaparición del árabe hacía posibles todas las hipótesis, justificando la sospecha de haber sido víctimas de un traidor.

—¡Al campamento todo lo deprisa posible! —Mandó el teniente.

Era noche cerrada, a pesar de que el sol acababa de desaparecer tras del horizonte. Dirigirse hacia el oasis resultaba difícil, porque no se distinguía ninguna luz que indicase la posición del campamento.

Y era esto tanto más alarmante cuanto que el ingeniero no hubiese descuidado esta precaución para asegurar el regreso del teniente. El combustible no faltaba seguramente... A pesar del viento y de la lluvia, hubiérase podido mantener una hoguera, cuyo resplandor fuera visible a una regular distancia, y la tropa estaba, aproximadamente, a medio kilómetro.

—Marchemos —dijo el teniente, dirigiéndose al suboficial—, ¡y quiera Dios que no lleguemos demasiado tarde!

Como se habían desviado algo de la verdadera dirección, la marcha se prolongó algún tanto, y serían ya las ocho y media cuando la tropa hizo alto en el Melrir.

Nadie salió a recibirla, y sin embargo los espahíes habíanse dado a conocer por gritos repetidos.

Algunos minutos después, el teniente distinguió la explanada donde debían encontrarse los carros y las tiendas.

Tampoco allí había nadie; ni el ingeniero, ni el capitán, ni el cabo, ni los demás espahíes.

Se les llamó a grandes voces; se dispararon los fusiles... Nadie dio señales de vida. Encendiéronse ramas resinosas, que proyectaron su claridad a través de los macizos.

Las tiendas no existían, y en cuanto a los carros, a primera vista se comprobaba que habían sido saqueados y destrozados. El ganado

del tiro, los caballos de la tropa, todo había desaparecido.

No cabía duda de que el campamento había sido atacado y de que Mezaki no era más que un cómplice de los agresores, que inventó una fábula para impedir el concurso del teniente Villette y los individuos que fueron con él a Gizeb.

No hay para qué decir que el árabe no apareció. Nicol llamó inútilmente al perro, y transcurrió la noche sin que éste apareciera por el campamento de Goleah.

CAPÍTULO XII

LO QUE HABÍA SUCEDIDO

Después de partir el teniente Villette el ingeniero había empezado a tomar sus disposiciones en prevención de una estancia que podía prolongarse algunos días.

Nadie había concebido la menor sospecha respecto a Mezaki; nadie dudaba que, al llegar la noche, Pointar estaría en el campamento con los obreros recogidos por el teniente Villette.

En el kilómetro 347 no quedaban más que diez hombres en total: el ingeniero, el capitán Hardigan, el cabo Pistache, el señor Francois, cuatro espahíes y los dos conductores de los carros. Todos se ocuparon en preparar el campamento en la linde del bosque, cerca de las obras. Así se llevaron los vehículos y, una vez descargado el material, fueron levantadas las tiendas, como de costumbre. Los soldados escogieron un buen forraje para sus monturas. El destacamento disponía de víveres para unos días. Por otra parte, era de suponer que Pointar y sus obreros no se presentarían sin las correspondientes provisiones de boca que habrían podido proporcionarse ampliamente en Zeribet.

Además, contábase con los recursos de los poblados próximos, Nefta, Tozeur y La Hamma. Más tarde, los indígenas no podrían nada contra la gran obra de los continuadores de Roudaire.

Como interesaba que desde el primer día estuviera asegurado el aprovisionamiento del kilómetro 347, el ingeniero y el capitán Hardigan estuvieron de acuerdo en enviar mensajeros a Nefta o a Tozeur. Al efecto escogieron a los dos conductores de carros, que conocían perfectamente el camino, por haberlo recorrido muchas veces con las caravanas. Eran dos tunecinos, en los que se podía depositar una confianza absoluta. A la mañana siguiente, al rayar el día, los dos hombres partirían para regresar al Melrir algunos días

después con abundante provisión de víveres. Llevarían dos cartas, una del ingeniero para un alto empleado de la compañía, otra del capitán Hardigan para el comandante militar de Tozeur.

Después del almuerzo, el ingeniero y el capitán Hardigan conversaban bajo la tienda, al abrigo de los primeros árboles del oasis.

—Ahora, mi querido Hardigan —dijo el señor de Schaller—, dejemos a Pistache, al señor Francois a los soldados proceder a las últimas instalaciones... Quisiera darme cuenta más exacta de las reparaciones que hay que hacer en esta última sección del canal.

La recorrió en toda su extensión para evaluar la cantidad de escombros que habían sido echados al interior.

Y, a propósito de esto, dijo a su compañero:

—Seguramente, esos indígenas deben de ser muy numerosos, y me explico que Pointar y los suyos no hayan podido resistirles.

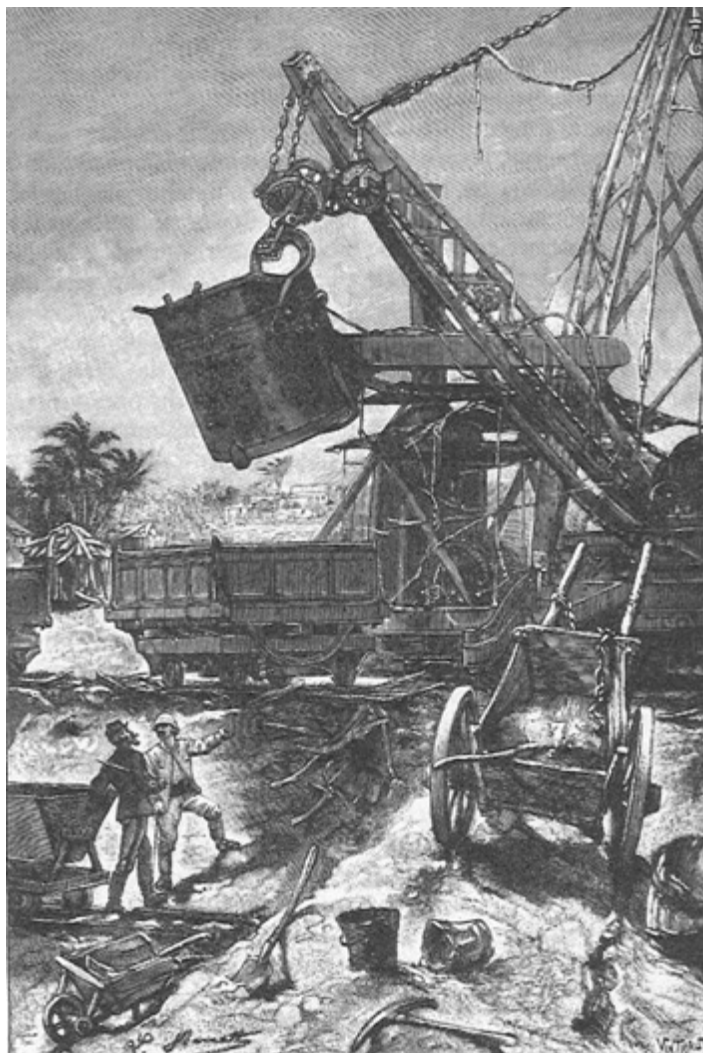
Los dos amigos salieron de la tienda para examinar nuevamente los desperfectos.

El ingeniero los examinaba con gran atención.

—Comprendo —afirmó Hardigan— que los obreros no tuvieran más remedio que retirarse, rechazados; pero lo que no me explico es cómo han podido destrozar todo esto, arrojar tantos materiales en el lecho del canal... Habrán necesitado para ello mucho tiempo; lo contrario de lo que nos ha dicho Mezaki.

—Como no había más que arena, con el material que Pointar y sus hombres abandonaron en su precipitada fuga, la tarea ha sido mucho más sencilla de lo que a primera vista parece.

—En ese caso, ¿usted cree que con cuarenta y ocho horas habrán tenido bastante para realizar su fechoría?



—Creo que sí, y estimo que las reparaciones podrán efectuarse en quince días, a lo sumo.

—Está visto que se impone la protección del canal hasta que corran por él las aguas del golfo, y protegerlo en toda su extensión, porque lo que ocurre aquí podría suceder en otro punto cualquiera. No cabe duda de que los indígenas del Djerid, especialmente los nómadas, están muy excitados contra la creación de un mar interior, y las agresiones son siempre muy de temer. Así es que las autoridades militares deben estar prevenidas. Con las guarniciones

de Biskra, de Nefta, de Tozeur, de Gabes, no será difícil establecer una vigilancia activa y poner los trabajos al abrigo de otro golpe de mano.

Esto era, en realidad, lo más urgente, e interesaba mucho que el Gobernador general de Argelia y el Residente general en Tunicia fueran puestos sin dilaciones al corriente de la situación. Ellos sabrían poner a salvo los grandes intereses comprometidos en este gran proyecto.

Verdad es —como repetía el ingeniero— que cuando estuviera en explotación el mar del Sahara, se defendería por sí solo. Sin embargo, no hay que olvidar que la obra se calculó que duraría diez años en los comienzos del proyecto; aunque después de un detenido estudio del terreno, este período fue reducido a la mitad. Pero, de todos modos, había que guardar una extensa línea durante mucho tiempo.

Y para contestar a la observación que a este propósito le había hecho el capitán Hardigan, el ingeniero no pudo más que repetir lo que ya había dicho respecto al asunto:

—Continúo con mi idea de que el suelo del Djerid, en la parte comprendida entre el litoral y el Rharsa y el Melrir, nos reserva sorpresas. Esto no es, en realidad, más que una costra salífera, y yo mismo he comprobado que tiene oscilaciones de amplitud bastante considerable. Es, pues, admisible que el canal se ensanchará al paso de las aguas, y con esta eventualidad contaba Roudaire, no sin razón, para completar los trabajos. La naturaleza colabora a veces con el genio humano... En cuanto a las depresiones, que son lechos desecados de antiguos lagos, bien bruscamente, bien de un modo gradual, irán profundizándose, bajo la acción de las aguas, más de la cota que actualmente acusan. Mi convicción es, por lo tanto, que la inundación completa tardará menos tiempo del que se ha supuesto. Repito que el Djerid no está libre de ciertas conmociones sísmicas, y estos movimientos no pueden ser más que favorables a nuestra empresa... En fin, mi apreciado capitán, ya veremos... ya veremos. Yo no soy de los que recelan del porvenir, sino de los que cuentan con él. ¿Qué diría usted si antes de dos años, antes de un año, toda una flotilla mercante surcara la superficie del Rharsa y del Melrir?...

—Acepto vuestras hipótesis, mi querido amigo —contestó el

capitán Hardigan—; pero sea cual sea el tiempo que necesiten los trabajos, no hay más remedio que protegerlos contra las agresiones de los indígenas.

—Desde luego, soy de la misma opinión de usted, e interesa mucho establecer inmediatamente la vigilancia en toda la extensión del canal —dijo el señor de Schaller.

Esta medida imponíase, efectivamente; y desde el día siguiente, después de la llegada de los obreros, el capitán Hardigan se entendería con el comandante militar de Biskra. Entretanto, la presencia de algunos espahíes bastaría tal vez para defender la sección, y no habría que temer un nuevo ataque de los indígenas.

Terminada la inspección, el ingeniero y el capitán volvieron al campamento, la organización del cual se proseguía con actividad, y no había más que esperar el regreso del teniente, que estaría seguramente de vuelta antes del anochecer.

Una de las cuestiones más importantes, en las circunstancias en que se encontraba actualmente la expedición, era la del aprovisionamiento. Hasta entonces, habíase asegurado la manutención de hombres y caballos por las reservas almacenadas en los carros y por los víveres comprados en los poblados de aquella parte del Djerid, y no faltaban provisiones.

Pero si la estancia en el kilómetro 347 habíase de prolongar, era necesario que el capitán Hardigan solicitase de las autoridades militares vecinas el envío de víveres para todo el tiempo que durase su estancia en el oasis.

Se recordará que desde el amanecer de aquel día, 13 de abril, pesados vapores se amontonaban en el horizonte. Todo anunciaba que la mañana, como la tarde, serían sofocantes. No había duda de que se preparaba hacia el norte una gran tormenta.

Y contestando a las observaciones que a este propósito hacía el cabo Pistache, dijo el señor Francois:

—No me extrañaría que tuviéramos una tormenta de las gordas, y desde que ha amanecido estoy esperando una verdadera lucha de elementos en esta parte del desierto.

—¿Y por qué? —preguntó Pistache.

Porque, cuando esta mañana me estaba afeitando, encontré que mis pelos se erizaban hasta tal punto, y estaban tan duros, que tuve que pasar dos o tres veces la navaja. De cada punta hubiérase dicho

que se desprendía una microscópica llama.

—¡Es curioso! —exclamó el cabo, sin poner ni por un momento en duda las palabras de hombre tan grave como el señor Francois.

Que el sistema piloso de este digno hombre gozara de propiedades eléctricas, como la piel de un gato, quizá no era nada. Pero Pistache lo admitía fácilmente.

—Y entonces... ¿esta mañana? —continuó mirando el rostro rasurado de su compañero.

—Esta mañana, es para creerlo. Mis mejillas, mi mentón, se sembraban de penachos luminosos...



—¡Hubiera querido verlo! —respondió Pistache.

Aparte de las observaciones meteorológicas del señor Francois, no había duda de que la tempestad se estaba formando hacia el nordeste, y que la atmósfera iba saturándose de electricidad.

El calor era sofocante. Así es que, después de la comida, el ingeniero y el capitán acordaron dormir una buena siesta. Bajo la tienda había una atmósfera tórrida, y ni el menor soplo de viento se propagaba a través del espacio.

Este estado de cosas no dejaba de inquietar al ingeniero y al capitán. La tempestad no tardaría en descargar sobre el oasis de Gizeb. Los relámpagos empezaban a surcar el cielo por esta parte, y pronto oíríase el estrépito del trueno. Tal vez el teniente dejaría que pasara la tempestad al abrigo del oasis, no regresando al campamento hasta la mañana siguiente.

—Es posible que no volvamos a verle esta noche —observó el capitán Hardigan—. Si Villette hubiese salido a las dos, estaría ya a la vista del oasis.

—Nuestro teniente habrá hecho muy bien en no aventurarse con un cielo tan amenazador. Sería muy lamentable que sus hombres fueran sorprendidos por la tempestad en la llanura, donde no pueden encontrar ningún abrigo...

—Éste es mi parecer —concluyó el capitán Hardigan.

Transcurrió la tarde sin que nada anunciara la proximidad del teniente y sus espahíes; y sin que se oyeran los ladridos del perro. La pesada masa de nubes, rebasando el cenit, avanzaba lentamente hacia el Melrir. Antes de media hora la tormenta estaría sobre el campamento.

No obstante, el ingeniero, el capitán Hardigan, el cabo y dos de los espahíes estaban en la linde del oasis. Ante sus ojos extendíase la vasta llanura, alumbrada por los relámpagos.

En vano sus miradas interrogaron el horizonte. Ningún grupo de jinetes aparecía en lontananza.

—Seguramente el destacamento no se ha puesto en marcha —dijo el capitán—; no hay más remedio que esperarlo hasta mañana...

—Así lo creo, mi capitán —añadió Pistache—. Incluso, después de la tormenta, en la oscuridad sería muy difícil dirigirse hacia Goleah.

—Villette es un oficial experimentado, y hay que contar con su prudencia... Volvamos al campamento, pues la lluvia no tardará en caer.

Apenas habían andado una veintena de pasos cuando el cabo se detuvo diciendo:

—Escuche usted, mi capitán.

Todos se volvieron.

—Me parece oír ladridos. ¿Será el perro del suboficial?

Todos prestaron atención. En los intervalos de calma no se percibía ladrido alguno. Sin duda, Pistache se había engañado.

El capitán Hardigan y sus compañeros reanudaron el camino del campamento y, después de haber atravesado el oasis, los árboles del cual se curvaban bajo la violencia del viento, ganaron sus tiendas.

Unos momentos más y hubieran sido asaltados por las ráfagas que soplaban huracanadas en medio de una lluvia torrencial.

Eran las seis. El capitán adoptó sus precauciones contra el temporal, pues la noche se presentaba como la peor desde que la expedición había salido de Gabes.

A pesar de que la tormenta justificaba la ausencia del teniente, el capitán y el ingeniero no dejaban de experimentar serias preocupaciones.

No podían sospechar que Mezaki pudiera haber representado un papel para urdir alguna maquinación criminal contra la expedición enviada al Melrir. ¿Pero cómo habían de olvidar el estado de ánimos en la población nómada o sedentaria del Djerid, la excitación que reinaba entre las diversas tribus contra el proyectado mar del Sahara?... ¿Acaso no había tenido lugar contra los obreros de la compañía un ataque reciente, que probablemente se reproduciría en cuanto se reanudasen los trabajos?... Verdad es que Mezaki había dicho que los agresores habíanse retirado hacia el sur; pero otras partidas recorrían el campo, y el destacamento del teniente Villette podía topar con una de ellas y sucumbir a la superioridad numérica.

Aunque sus temores resultasen exagerados, lo cierto es que el ingeniero y el capitán no podían sustraerse a ellos.

¿Y cómo habían de imaginarse que si algún peligro amenazaba no era ciertamente en el camino de Gizeb a Villette y sus hombres, sino al capitán y al ingeniero en el oasis?...

A las seis y media, la tempestad estaba en todo su apogeo. Algunos árboles recibieron descargas eléctricas, y en poco estuvo que la tienda del ingeniero no sufriera la misma suerte. La lluvia caía a torrentes, y los arroyos, desbordados, convertían el suelo del oasis en una laguna. Al mismo tiempo, el viento hablase desencadenado con una horrible impetuosidad. Las ramas y las palmeras se rompían al impulso del huracán.

Era inútil intentar salir fuera. Afortunadamente, los caballos estaban al amparo de un enorme macizo de árboles capaces de resistir al vendaval, y, a pesar del espanto que les producía la tempestad, permanecieron en su abrigo.

No sucedió lo mismo con las mulas que había en la explanada. Espantadas por las descargas eléctricas, y a pesar de los esfuerzos de sus conductores, escaparon a través del oasis.

Uno de los espahíes lo comunicó al capitán Hardigan, que exclamó:

—¡Es preciso recuperarlas a toda costa!... —Los dos conductores se han lanzado en su persecución— contestó el cabo.

—Que vayan también dos de nuestros hombres —ordenó el oficial—. Si las mulas salen del oasis, será imposible cogerlas en la llanura, estarán perdidas.

A pesar del azote de la tempestad, dos de los cuatro espahíes lanzáronse en la dirección de la explanada, guiados por los gritos de los conductores que se dejaban oír entre el fragor de la tormenta.

Por lo demás, aunque la intensidad de los truenos y rayos de la tormenta no disminuyó, ocurrió lo contrario con las ráfagas, que se redujeron de repente, apaciguándose el viento y la lluvia. Pero la oscuridad era tan densa, que no se veía nada más que a la luz de los relámpagos.

El ingeniero y el capitán Hardigan salieron de la tienda, seguidos por el señor Francois, el cabo y los dos espahíes que habían quedado en el campamento.

No hay para qué decir que, dado lo avanzado de la hora y la violencia de la tempestad, que seguramente duraría hasta media noche, nadie esperaba el regreso del teniente Villette. El oficial y sus hombres no se pondrían en marcha hasta el día siguiente, cuando el camino estuviera practicable.

¡Cuáles no serían, por tanto, la sorpresa y también la satisfacción

del capitán y sus acompañantes cuando oyeron ladridos en dirección norte!

Esta vez no había lugar a dudas; un perro se dirigía hacia el oasis, y hasta podía asegurarse que se aproximaba rápidamente.

—¡Es el perro de Nicol, lo reconozco! —exclamó el cabo Pistache.

—Entonces Villette no está lejos —dijo el capitán.

En efecto, el fiel animal precedía siempre a su amo, y, por lo tanto, los expedicionarios debían estar al llegar.



En aquel momento, sin que nada hubiera anunciado su aparición, una treintena de indígenas cayeron de improviso sobre el campamento. El capitán, el ingeniero, su criado y los otros tres se vieron rodeados, sin que les dieran tiempo de defenderse. Y además, ¿qué podían hacer seis hombres contra aquella avalancha que acababa de sorprenderles?

En un instante todo fue saqueado y los caballos arrastrados hacia el Melrir.

Los prisioneros, separados unos de otros, sin posibilidad de comunicarse entre sí, salieron del campamento empujados por los indígenas, seguidos por el perro, que se había lanzado sobre sus huellas.

Estaban ya lejos cuando el teniente Villette y los suyos llegaron al campamento, donde no encontraron los hombres y los caballos que habían dejado allí aquella misma mañana.

CAPÍTULO XIII

EL OASIS DE ZENFIG

El plano geométrico del chott Melrir, comprendiendo, al norte, los pantanos de Farfaria y, al sur, otras depresiones de la misma naturaleza como el chott Merouan, afecta la forma de un triángulo rectángulo.

Su hipotenusa, de norte a este, la constituye una línea casi recta desde la dirección de Tahir-Nassou hasta el punto por encima de los 34 grados y de la extremidad del segundo canal. El cateto mayor se desarrolla a lo largo del paralelo 34 y se encuentra como prolongado al este por chotis secundarios. Al oeste, el menor sube hacia el poblado de Tahir-Nas-sou, siguiendo poco a poco una dirección paralela a la línea del transhariano, proyectado como prolongación de la línea Philippeville-Constantina-Batna-Siskra, cuyo trazado debía ser modificado para evitar un ramal, uniéndola a un puerto del nuevo mar, en la ribera opuesta a la llegada del segundo canal.

La anchura de esta gran depresión —menos extensa, sin embargo, que la superficie del Djerid y del Fedjedj— mide 55 kilómetros entre el final de la última sección del canal y el puerto a establecer sobre la costa occidental, en un punto que habría de figurar definitivamente entre el Signal de Chegga y el Itel. El proyecto de ganar Mraier, situado más al sur, parecía abandonado; pero no podía ser inundada más que en una extensión de 6.000 kilómetros cuadrados, o sea, 600.000 hectáreas, pues el resto de su superficie tenía una cota superior al nivel del Mediterráneo. En realidad, el nuevo mar ocuparía 8.000 kilómetros cuadrados y emergerían unos 5.000, después de la completa inundación del Rharsa y del Melrir.

Las partes no inundadas vendrían a ser islas, constituyendo en el

interior del Melrir una especie de archipiélago que comprende dos grandes islas. La primera, llamada Hinguiz, figuraba un rectángulo acodado en medio del chott que se dividirá en dos partes. La otra ocupará la extrema porción comprendida entre los dos lados del ángulo derecho después de Strarie. En cuanto a los islotes, es principalmente hacia el sudeste donde se encontrarán en líneas paralelas. Así, los navíos al aventurarse en ellos deberían atenerse estrictamente a los trazados hidrográficos establecidos para disminuir los riesgos de esta peligrosa navegación.

En la parte inundable existían algunos oasis con sus datileras y sus campos, y era natural que se indemnizase la propiedad que había de quedar bajo el agua; pero según había calculado el capitán Roudaire, estas indemnizaciones no pasarían de la suma de cinco millones de francos, a cargo de la Compañía franco-extranjera, que pensaba resarcirse con los 2.500.000 hectáreas de tierras y de bosques cedidos por el Gobierno.

Entre los diversos oasis del Melrir, uno de los más importantes ocupaba tres o cuatro kilómetros superficiales en medio del Hinguiz, en su parte norte. Este oasis era muy rico en palmeras, dátiles de la mejor especie, que, transportados por la cáfilas, son muy solicitados en los mercados del Djerid. Se denominaba Zenfig, y sus relaciones con los poblados próximos, La Hamma, Nefta, Tozeur, Gabes, reducíanse a la visita de muy pocas caravanas durante la época de la recolección.

Bajo los grandes árboles de Zenfig vivía una población de trescientos o cuatrocientos individuos de origen tuareg, una de las tribus más inquietantes del Sahara. Un centenar de casas ocupaban toda aquella parte del poblado que había de convertirse en litoral. Hacia el centro, extendíanse los prados y los campos cultivados, que aseguraban la subsistencia a hombres y bestias. Un riachuelo destinado a ser uno de los brazos del nuevo mar, aumentado con pequeños ríos de la isla, era suficiente para las necesidades de la población.

Ya hemos dicho que el oasis de Zenfig mantenía muy poca relación con los otros oasis de la provincia de Constantina. Era verdaderamente temido por las caravanas, que evitaban todo lo posible su proximidad, sabiendo que la mayor parte de los ataques procedían de Zenfig.

Además, los alrededores del oasis resultaban también peligrosos por la inconsistencia del suelo. Aquí y allá existían movedizos arenales, donde podía desaparecer una caravana entera. Solamente los habitantes conocían las sendas practicables, a través de estas superficies constituidas por terreno pliocénico, arenas impregnadas de yeso y sal, que no había más remedio que seguir para evitar el peligro de hundirse en el falso terreno. Era evidente que el Hinguiz sería fácilmente abordable cuando las aguas cubrieran aquella inconsistente superficie, en la que el pie no podía encontrar un apoyo seguro. Pero, precisamente, era lo que los tuaregs no querían permitir. Allí se encontraba el foco más activo, más ardoroso de la oposición.

De Zenfig partían incesantes llamamientos a la guerra santa contra los extranjeros.

Entre las diversas tribus del Djerid, la de Zenfig ocupaba el primer puesto, ejerciendo una gran influencia en la confederación. Podía ejercerla con toda seguridad, sin miedo a ser turbada en su retiro, casi inaccesible. Pero su predominante situación desvaneceríase el día que las aguas del golfo, inundándolo todo, convirtiesen Hinguiz en la isla central del Melrir.

En el oasis de Zenfig habíase conservado la pureza original de la raza tuareg. Los trajes y las costumbres no habían sufrido ninguna alteración. Los hombres tenían hermosa presencia, fisonomía grave, actitud orgullosa, marcha lenta, llena de dignidad. Todos llevaban el anillo de serpentina verde, que, según ellos, daba mucho mayor vigor a su brazo derecho. De una gran bravura, ninguno terne a la muerte. Se visten todavía como sus antepasados: la gandura del Sudán, la camisa blanca y azul, el pantalón ajustado al tobillo, las sandalias de cuero, el fez fijado sobre la cabeza por un pañuelo enrollado en turbante, al cual se ata el velo que desciende hasta la boca y que preserva los labios del polvo.

Las mujeres, de un tipo soberbio, ojos azules, cejas espesas, largas pestañas, van con la cara descubierta, que sólo velan delante de los extranjeros. El hogar tuareg, en oposición con los preceptos del Corán, no admite la poligamia y sí el divorcio.

Así es que en esta región del Melrir los tuaregs forman como una población aparte, y no se mezclan nunca con las otras tribus del Djerid. Cuando sus jefes se lanzan afuera con sus fieles es para

alguna fructuosa operación contra alguna caravana que despojar o alguna represalia contra algún oasis rival. En realidad, estos tuaregs de Zenfig eran temibles piratas, cuyas agresiones extendíanse a veces a través de las llanuras de la baja Tunicia hasta las cercanías de Gabes. Las autoridades militares organizaban expediciones contra estos bandidos que bien pronto encontraban seguro abrigo en su lejano retiro del Melrir.

El tuareg es, sobre todo, sobrio; come muy poca carne y le basta con los higos, los dátiles, la harina y los huevos. En cambio, tiene esclavos a sus servicio, los imrhad, encargados de las rudas tareas, pues él demuestra un gran desdén por toda clase de trabajo. Los vendedores de amuletos, los ifguna, ejercen una gran influencia sobre la raza tuareg. El tuareg es, además, muy supersticioso, cree en los espíritus, teme a los aparecidos y no llora por sus muertos, ante el temor de que resuciten; así es que en las familias el nombre del difunto se extingue con su vida.

Tal era, a grandes rasgos, aquella tribu de Zenfig, a la que Hadjar pertenecía. Siempre había sido reconocido por su jefe, hasta el día en que cayera en manos del capitán Hardigan.

Allí también estaba la cuna de su familia, pre-dominante en esta población especial de Zenfig, así como en otras tribus del Melrir. Numerosos oasis existían en la superficie del chott, en diversos puntos del Hinguiz y en el vasto perímetro de la depresión.

La madre del rebelde era también objeto de gran veneración de parte de las tribus tuaregs, y las mujeres, sobre todo, llevaban este sentimiento hasta la adoración. Todas compartían con Djemma sus sentimientos de odio hacia el extranjero. Ella las fanatizaba, como su hijo arrastraba a los hombres; y no hay que olvidar la gran influencia que poseen las mujeres tuareg. Éstas aventajan en cultura a sus maridos y hermanos, pues en tanto que éstos apenas si saben leer, las mujeres leen y escriben y enseñan en las escuelas el idioma y la gramática. Por lo que respecta al gran proyecto del capitán Roudaire, su oposición era cada día más grande.

Tal era la situación antes de ser preso el jefe tuareg. Estas tribus del Melrir, como las de Zenfig, verían llegar la ruina con la inundación. Ya no más cáfilas que atravesaran el Djerid, entre Biskra y Gabes, y, por lo tanto, concluiría la vida de piratas del desierto. Y, además, no sería fácil alcanzarlas hasta en sus guaridas,

dado que las naves podrían acercarse y puesto que ya no tendrían para protegerlas este suelo movedizo o los caballos y los jinetes en peligro de ser engullidos a cada paso.

El lector conoce las circunstancias en que fue preso Hadjar en su encuentro con los espahíes del capitán Hardigan; cómo fue encerrado en el fuerte de Gabes, y de qué manera, con ayuda de su madre, la de su hermano y algunos de sus fieles partidarios, Ahmet, Harrig, Horeb, había logrado huir la víspera del día en que un vapor de guerra había de transportarlo a Túnez para ser juzgado por un tribunal militar. Después de su evasión, había ganado sin contratiempo el oasis de Zenfig, donde Djemma no había tardado en reunirse con él.

La noticia de la captura de Hadjar produjo entre los suyos una extraordinaria emoción. El jefe tuareg en poder de sus despiadados enemigos significaba su irremisible perdición; estaba condenado de antemano.

Júzguese con qué entusiasmo se recibiría la noticia de su regreso a la tribu. El fugitivo fue llevado en triunfo. De todas partes estallaron alegres detonaciones, batieron los tabel, que son sus tambores, y sonaron los rebata, que son los violines de las orquestas tuaregs. En medio de este increíble delirio, Hadjar no hubiera tenido más que hacer un signo para arrojar todos sus fieles partidarios sobre los poblados del Djerid.

Pero Hadjar supo contener las fogosas pasiones de los tuaregs. Ante la amenaza de que iban a reanudarse las obras, era necesario salvarse de la inundación, y para ello, lo primero era inutilizar todos los trabajos de aquella parte del canal.

De aquí el ataque que el mismo Hadjar en persona había dirigido contra la última sección, y que acababa de dispersar los obreros de la sociedad. Unos cuantos centenares de tuaregs habían tomado parte en la agresión, y una vez cegado el canal, emprendieron de nuevo el camino de Zenfig.

Pero, al mismo tiempo, Hadjar supo que la expedición, bajo las órdenes del capitán Hardigan, haría alto antes de cuarenta y ocho horas en la extremidad del canal, donde debía encontrar a otra procedente de la provincia de Constantina.

Y si Mezaki había dicho que Hadjar no había tomado parte en el ataque a los trabajos, si había manifestado que los obreros estaban

en Gizeb, si había hecho alejarse del campamento al teniente y los espahíes, todo tenía por objeto facilitar el plan de apoderarse del capitán Hardigan, el ingeniero y sus acompañantes, que, sorprendidos por una treintena de árabes, apostados, bajo las órdenes de Sohar, en los alrededores de Goleah, habían sido internados en el oasis de Zenfig antes de que pudieran auxiliarlos el teniente Villette y su espahíes.

Al mismo tiempo que sus seis prisioneros, los tuaregs se adueñaron de los caballos que quedaban en el campamento, el del ingeniero, el del oficial, el del cabo y los de los dos espahíes. El señor Francois, que justo entonces había tomado sitio en uno de los carros de la expedición, después de la partida de Gabes, no tenía montura. Pero, a doscientos pasos de la obra, esperaban los caballos y los dromedarios que habían traído la banda de los tuaregs.

Los prisioneros fueron obligados a montar a caballo, mientras que un camello fue reservado al señor Francois, que debió, bien o mal, montar sobre él. Después, toda la tropa desapareció en medio de aquella noche tormentosa, bajo un cielo de fuego.

Hay que advertir que el perro de Nicol llegó en el momento del ataque, y no sabiendo que precedía al destacamento, Sohar le dejó marchar detrás de los prisioneros.

En previsión de lo que pudiera ocurrir, los piratas llevaban provisiones, que aseguraban la subsistencia de la banda hasta el regreso al oasis.

Pero el viaje iba a ser penoso, porque había que franquear unos cincuenta kilómetros entre la extremidad oriental del chott y el oasis de Zenfig.

La primera etapa condujo a los prisioneros al lugar donde Sobar había hecho alto antes de atacar el campamento de Goleah. Allí se detuvieron los tuaregs, tomando toda clase de precauciones para impedir la huida del capitán Hardigan y sus compañeros. Tuvieron que pasar una noche espantosa, azotados por las violentas ráfagas de la tempestad, que no se calmó hasta el amanecer. Por todo abrigo tenían la frondosidad de un bosquecillo de palmeras. Pegados los unos a los otros, rodeados por los tuaregs, era imposible escapar. Hablar, sí podían; pero ¿de qué, no siendo de aquella agresión inesperada de la que acababan de ser víctimas? No tenían datos para sospechar que fuese aquello obra de Hadjar; pero el

espíritu de rebelión esparcido entre las diversas tribus del Djerid, y especialmente del Melrir, explicaba suficientemente las cosas.

Algunos jefes tuaregs deberían saber la próxima llegada de un destacamento de espahíes a la obra... Los nómadas les debieron de hacer conocer que un ingeniero de la compañía venía a inspeccionar los contornos del Melrir, antes que los últimos golpes de pico hubieran vaciado el lecho de Gabes.

El capitán Hardigan empezó a comprender que el indígena encontrado la víspera en Goleah era un cómplice de los agresores, que les había tendido una celada.

—Tiene usted razón, mi capitán —declaró el cabo—. Ese animal me fue sospechoso desde el primer momento.

—Pero entonces —dijo el ingeniero—, ¿qué habrá sido del teniente Villette?... Seguramente no habrá encontrado ni a Pointar ni a ninguno de los obreros en el oasis de Gizeb.

—Suponiendo que haya llegado hasta allí. Si Mezaki es el traidor que sospechamos, el único fin que se proponía era alejar del campamento a Villette y sus hombres...

—¡Y quién sabe si no se habrá reunido ya con la banda que ha caído sobre nosotros! —dijo uno de los espahíes.

—No me extrañaría —añadió Pistache—. ¡Y cuando pienso que hubiera bastado un cuarto de hora para que nuestro teniente cayera sobre estos árabes, librándonos de sus garras!...

—Efectivamente —asintió el señor FranQois—, el destacamento no debía de estar lejos, puesto que oímos los ladridos del perro en el instante que los árabes nos atacaban.

—¡Ah, ese perro! —repetía el cabo Pistache—. ¿Dónde estará? ¿Nos habrá seguido hasta aquí?... ¿Habrá vuelto en busca de su amo para decirle?...

—Aquí está, aquí está —dijo en aquel momento uno de los espahíes.

Fácil es imaginar el recibimiento que se le hizo, cuántas caricias se le prodigaron y qué sonoros besos le dio Pistache.

—Sí, sí, somos nosotros... ¿Y los demás?... ¿Y Nicol, tu amo, dónde está?

Desde luego, hubiera contestado de buena gana con significativos ladridos, pero el cabo le hizo callar. Los tuaregs creían sin duda que el perro estaba en el campamento con el capitán y los

suyos, y que era natural que les quisiera seguir.

¿Hasta dónde les llevarían?... Tal vez hacia algún ignorado oasis del Melrir, acaso hasta las profundidades del inmenso Sahara.

Al rayar el día, se distribuyeron algunos alimentos entre los prisioneros, un pastel aglutinado de cuscús y de dátiles; bebida no tenían más que el agua de un arroyuelo.

Desde donde estaban, la vista se extendía por la hondonada, cuyas cristalizaciones salinas brillaban a los rayos del sol naciente. Pero hacia el este la mirada deteníase bruscamente en la barrera de las dunas, que impedía dominar el oasis de Goleah.

En vano el ingeniero, el capitán y sus compañeros miraron hacia aquel lado con la esperanza de ver aparecer al teniente y sus espahíes.

—No cabe duda —decía el oficial— que Villette no ha llegado anoche a Goleah. Al no encontrarnos allí, al ver nuestro campamento saqueado, ¿cómo admitir que no se haya puesto inmediatamente en nuestra busca?

—Suponiendo que no haya sido también atacado cuando remontaba hacia el oasis de Gizeb —hizo observar el ingeniero.

—Sí, sí, todo es posible con ese Mezaki —dijo Pistache—. ¡Ah, si llega a caer un día entre mis uñas ese canalla, no le arriendo la ganancia!...

En aquel momento Sohar dio la orden de partir.

El capitán Hardigan le preguntó:

—¿Qué quieres hacer de nosotros?

Sohar no contestó.

—¿Adónde nos conduces?

Sohar se limitó a mandar brutalmente:

—¡A caballo!

No hubo más remedio que obedecer; y lo más desagradable para el señor Francais fue que aquella mañana no podía afeitarse.

En aquel momento, el cabo no pudo contener un grito de indignación.

—¡Miradlo, miradlo! —repetía.

Todas las miradas se dirigieron hacia el personaje que Pistache designaba a sus compañeros.

Era Mezaki. Después de conducir el destacamento hasta Gizeb había desaparecido, como sabemos, entre el fragor de la tormenta, y

durante la marcha logró unirse a la banda de Sohar.

—¡No digáis nada a ese miserable! —exclamó el capitán Hardigan. Y como Mezaki mirara con cínico descaro, el oficial le volvió la espalda. Entonces fue cuando el señor Franqois se decidió a decir:

—Decididamente, ese tuareg no parecía ser una persona recomendable.

—¡Tú lo has dicho! —respondió Pistache, que al emplear esta vulgar locución tuteaba por primera vez al señor Franqois.

A la tormenta de la víspera sucedió un tiempo soberbio. Ni una nube en el cielo, ni el menor soplo de viento en la superficie de la tierra. Así es que el camino se hizo muy penoso, por no encontrar oasis donde descansar de la fatigosa etapa. La tropa no encontraría el abrigo de los árboles hasta la punta de Hinguiz.

Sohar forzaba la marcha. Tenía prisa de ganar Zenfig, donde su hermano le esperaba. Por lo demás, nada podía aún hacer sospechar a los prisioneros que habían caído en manos de Hadjar. Lo que el capitán Hardigan y el señor de Schaller se imaginaban, no sin razón, era que aquel ataque no había tenido por objeto el pillaje del campamento de Goleah, sino que el golpe de mano debía ser una represalia de las tribus del Melrir. ¡Y quién sabe si el capitán y sus acompañantes no iban a pagar con su libertad, con su vida tal vez, este proyecto del mar del Sahara!

Esta primera jornada comprendió dos etapas, o sea, un recorrido de 25 kilómetros en total.

El calor había sido de una intensidad verdaderamente extraordinaria. El que más sufrió durante la marcha fue seguramente el señor Franqois, que iba a lomos de un camello. Poco acostumbrado a las sacudidas de este género de montura, estaba literalmente molido, y fue necesario atarle para que no se cayera cuando la bestia trotaba.

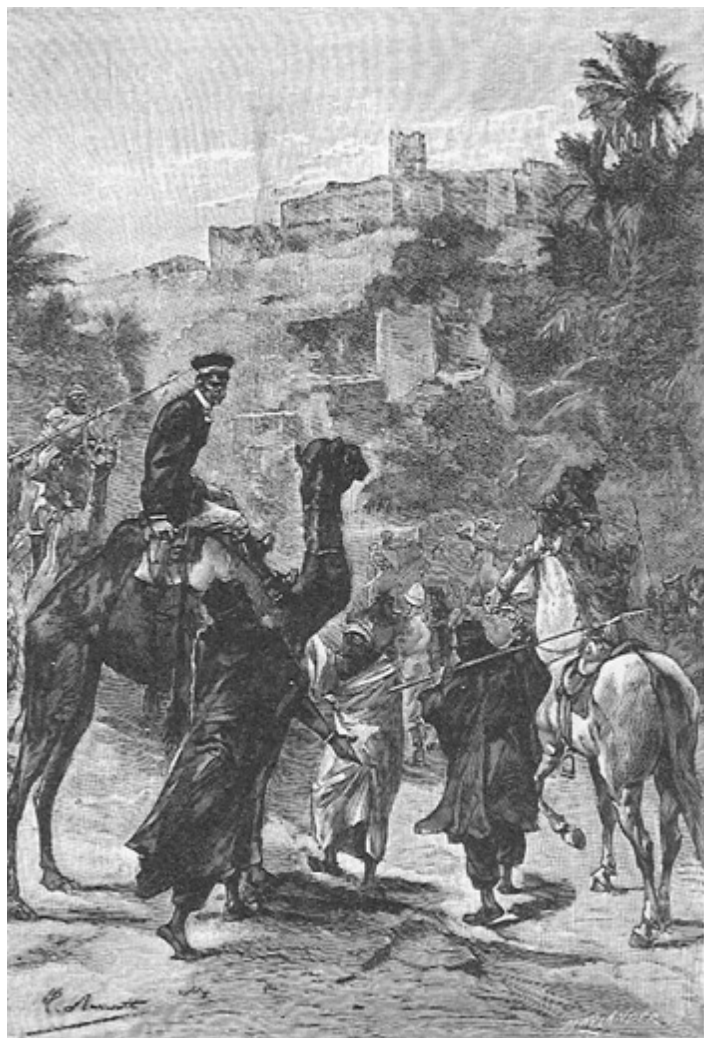
La noche se pasó tranquilamente, salvo algún que otro rugido de las fieras que rondaban por las cercanías.

Durante las primeras etapas, hubo que caminar por sendas que Sohar conocía; pero luego la marcha se efectuó sobre el suelo del Hinguiz, que ofrecía seguridad.

Las marchas del 15 de abril se hicieron en mejores condiciones que las anteriores, y, al caer la tarde, Sohar detúvose con sus

prisioneros en el oasis de Zenfig.

¡Y cuál no sería su sorpresa, cuál su justificada inquietud al encontrarse en presencia de Hadjar!...



CAPÍTULO XIV

EN CAUTIVERIO

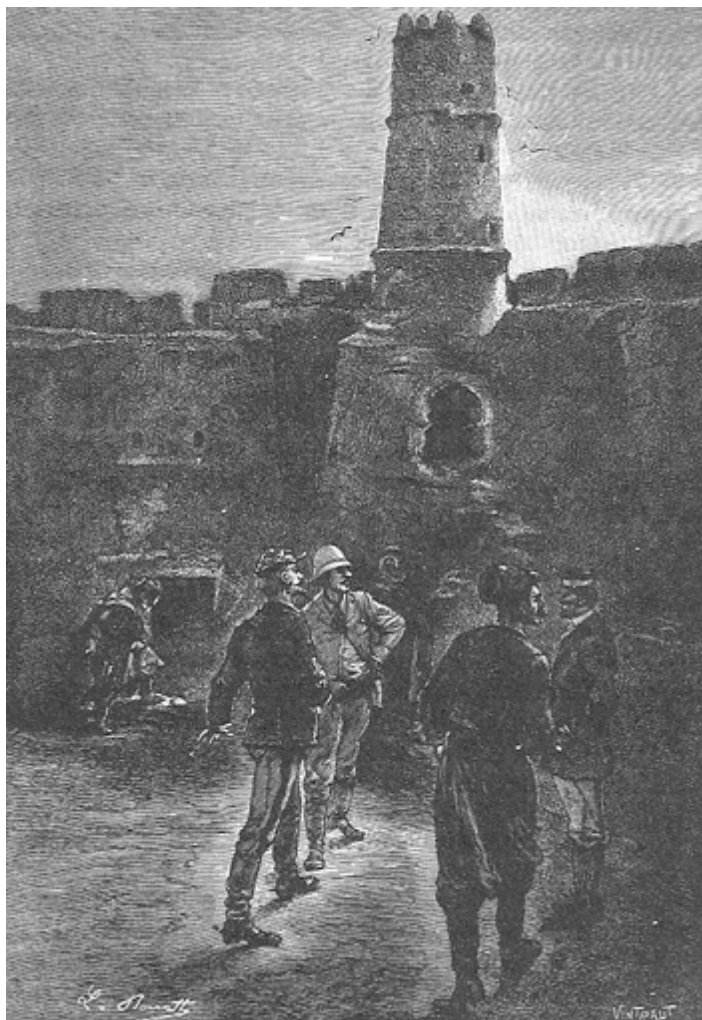
La estancia donde fueron conducidos los prisioneros de Sohar era el antiguo fuerte del poblado, que hacía mucho tiempo estaba en ruinas. Antiguamente, este castillo había servido a los tuaregs de Zenfig, cuando las grandes luchas que sostuvieron las tribus entre sí en toda región del Djerid; pero, después de la pacificación, nadie se había ocupado en hacer las necesarias reparaciones para mantenerlo en buen estado. Sin embargo, por derruido que estuviese el fuerte, ofrecía alguna parte habitable en el centro de la construcción. Dos o tres habitaciones sin muebles daban acceso a un patio interior, separadas por espesas paredes capaces de resistir todas las inclemencias del tiempo. Allí fue donde el ingeniero, el capitán Hardigan, el cabo Pistache, el señor Fralloy y los dos espahíes fueron conducidos desde su llegada a Zenfig. Hadjar no les dirigió la palabra, y Sohar, que les condujo al fuerte bajo la escolta de una docena de árabes, no contestó a ninguna de sus preguntas.

No hay para qué advertir que el capitán y sus compañeros no tuvieron tiempo de echar mano a sus armas cuando les atacaron los asaltantes, que les despojaron de sus sables, revólveres y carabinas, de todo el dinero que llevaban y hasta de la navaja de afeitar del señor Frarwois, legítimamente indignado por este atropello.

Cuando Sohar los hubo dejado solos, el primer cuidado de los prisioneros fue explorar el fuerte.

—Cuando a uno le encierran en una prisión, lo primero que debe hacer es visitarla —observó el ingeniero.

—Y lo segundo, escaparse —añadió el capitán Hardigan.



Todos recorrieron el patio interior, en medio del cual alzábase el minarete. A primera vista reconocieron que las murallas que lo rodeaban, de unos 20 pies de altura, eran infranqueables. No se descubría en ellas brecha alguna. Una sola puerta, que se abría sobre el camino de ronda, daba acceso al patio central. Sohar habíala cuidadosamente cerrado tras de sí, y su espeso herraje era capaz de resistir a todos los esfuerzos. Aquélla era la única salida posible, y, aun consiguiendo salir por aquí, era preciso contar con la segura vigilancia del exterior.

Había cerrado la noche, una noche que los prisioneros tendrían que pasar en la oscuridad más completa, pues no les era posible

procurarse luz. Tampoco disponían de alimentos. Durante las primeras horas, esperaron en vano que les llevaran víveres y agua para apagar la sed que les devoraba.

Cuando examinaron el patio lucían las últimas luces del crepúsculo; luego se reunieron en una de aquellas habitaciones, donde unos montones de alfalfa seca iban a servirles de camastros. Entonces fue cuando se abandonaron a las más tristes reflexiones. En el curso de la conversación el cabo dijo de pronto:

—¿Pero nos quieren dejar morir de hambre esos canallas?

El hambre no era temible de momento. Antes de la última etapa, a 10 kilómetros de Zenfig, la banda había hecho alto y repartido a los prisioneros parte de sus provisiones. Seguramente que aquella noche hubieran comido algo de muy buena gana; pero el hambre no sería intolerable hasta el siguiente día, si al lucir el alba no se les proporcionaba el suficiente alimento para remediarla.

—Trataremos de conciliar el sueño —dijo el ingeniero.

—Y de soñar que estamos ante una mesa bien servida —añadió el cabo.

—¡Ya nos contentaríamos con una buena sopa! —dijo el señor Franwis.

¿Cuáles eran las intenciones de Hadjar con respecto a sus prisioneros? Indudablemente había reconocido al capitán Hardigan, y era muy probable que quisiera vengarse de haberle capturado.

¿Le condenarían a muerte junto con sus compañeros?

—No lo creo —declaró el señor de Schaller—. No es probable que nuestra vida esté en peligro. Al contrario; los tuaregs están interesados en conservarnos como rehenes en previsión del porvenir. Para impedir que los trabajos del canal se acaben, es de suponer que Hadjar y los suyos renovarán sus ataques contra las obras del kilómetro 347; si los obreros de la compañía vuelven a la tarea, Hadjar puede fracasar en una de sus tentativas... Si llegara a caer prisionero, se le guardaría tan bien que su evasión sería absolutamente imposible. Le interesa, por lo tanto, que continuemos vivos en su poder, por si un día tiene necesidad de decir a las autoridades francesas: «Mi vida y la de los míos por la de mis seis prisioneros». Yo creo que ese día está próximo, pues el nuevo golpe de audacia de Hadjar debe ser ya conocido a estas horas, y bien pronto tendrán en frente fuerzas considerables enviadas en nuestro

socorro.

—Es posible que tenga usted razón —contestó el capitán Hardigan—; pero no hay que olvidar que este Hadjar es un hombre vengativo y cruel. Su reputación está muy legítimamente probada. Razonar como nosotros lo hacemos no va con su naturaleza. Ante todo y sobre todo, hay pendiente una venganza que satisfacer.

—Y es precisamente contra usted, mi capitán —dijo el cabo Pistache—, puesto que usted fue quien le echó el guante no hace mucho.

—Efectivamente, y me extraña que habiéndome reconocido no se haya entregado desde el primer momento a alguna violencia... Pero, en fin, allá veremos. Lo cierto es que estamos en su poder, y que ignoramos la suerte de Villette y de Pointar, como ellos ignoran la nuestra. Por lo demás, yo no soy hombre, mi querido Schaller, capaz de servir de garantía a la libertad de Hadjar, ni de trofeo de su vida de bandidaje. Cueste lo que cueste, es necesario escapar, y cuando llegue el momento propicio yo haré lo imposible por salir de aquí; por lo que a mí respecta, quiero ser libre y no un prisionero canjeado cuando me presente ante mis camaradas; y quiero también conservar mi vida para encontrarme, revólver o sable en mano, frente a ese bandido, que sólo por sorpresa es capaz de apoderarse de nosotros.

Si el capitán Hardigan y el ingeniero meditaban planes de evasión, Pistache y el señor François, siempre decididos a seguir a sus jefes, contaban más con el socorro del exterior, y tal vez aún más con la inteligencia de su amigo el perro.

No habrá olvidado el lector que éste había seguido a los prisioneros hasta Zenfig, sin que los árabes trataran de impedirlo. Pero cuando el capitán Hardigan y sus compañeros fueron conducidos al fuerte, el fiel animal fue separado de sus amigos. ¿Era intencionadamente? Hubiera sido difícil saberlo. Lo que no admitía duda era que todos sentían no tenerlo a su lado. Y sin embargo, ¿qué iba a hacer allí?, ¿qué servicio podía prestarles?

—Quién sabe, quién sabe... —repetía el cabo Pistache, hablando con el señor François; los perros tienen un instinto que en ocasiones vale más que las ideas de los hombres. Sería capaz de ir en busca del teniente Villette y de Nicol, y de hacerles entender que estábamos aquí... Verdad es que si nosotros no podemos salir de

esta maldita prisión, tampoco podría hacerlo el perro... ¡Pero no importa, quisiera tenerlo aquí!... Y menos mal, si esos brutos no hacen algo contra él.

El señor Francois se limitó a inclinar la cabeza sin responder, frotándose el mentón y las mejillas, ya ásperas por el acceso de los primeros pelos.

Los prisioneros, convencidos de que aquella noche no habían de comer, dispusieron a tomar reposo, de que tan necesitados estaban. Después de acomodarse sobre los montones de alfalfa, durmieron más o menos tarde, despertándose al amanecer después de aquella primera mala noche.

—De que anoche no cenáramos —objetó el señor Francois—, ¿será cosa de deducir que hoy no vamos a desayunar?

—Sería muy deplorable —repuso el cabo Pistache, que bostezaba, no de sueño, sino de hambre.

Los prisioneros no tardaron en salir de dudas acerca de esta interesante cuestión. Una hora después, Ahmed y una docena de tuaregs penetraban en el patio, depositando carne fiambre y dátiles en cantidad suficiente para satisfacer a seis personas durante el día. También dejaron el agua suficiente para apagar la sed de los prisioneros.

Una vez más, Hardigan quiso saber la suerte que les estaba reservada, e interrogó a Ahmed.

Éste guardó el mismo impenetrable silencio en que Sobar habíase encerrado la víspera.

Tenía, sin duda, severas órdenes, y abandonó el patio sin haber pronunciado una sola palabra.

Transcurrieron tres días sin que la situación cambiara en lo más mínimo. Intentar evadirse del fuerte era empresa vana, al menos escalando las altas murallas, operación imposible sin la ayuda de una escala. Tal vez, si estos muros pudieran ser franqueados aprovechando la oscuridad, el capitán y sus compañeros lograsen huir a través del oasis. No parecía probable que el fuerte fuese vigilado exteriormente ni de día ni de noche, pues ningún ruido de pasos resonaban en el camino de ronda. ¿Pero cómo hacerlo?... Los muros oponían un obstáculo infranqueable, y la puerta del patio no podía forzarse.

Desde el primer día de su cautiverio el cabo Pistache había

podido darse cuenta de la disposición del oasis. Después de muchos esfuerzos, expuesto cien veces a romperse la cabeza, había logrado subir hasta lo alto del minarete.

Desde allí, mirando con gran cuidado para no ser advertido, observó el ancho panorama que ante sus ojos se desarrollaba.

Alrededor del fuerte extendíase el poblado entre los árboles del oasis de Zenfig. Más allá, se prolongaba el territorio del Hinguiz, en una anchura de tres o cuatro kilómetros de este a oeste. Del lado norte se alineaban las moradas en mayor número, muy blancas entre el verdor. Por el movimiento que se observaba frente a una de ellas, dado el número de estandartes que flameaban al viento, Pistache se dijo, no sin razón, que debía de ser la casa de Hadjar. No se equivocaba.

En la tarde del 20, el cabo, que había vuelto a su puesto de observación, observó una gran animación en el poblado, cuyas casas iban vaciándose poco a poco. Además, de distintos puntos del oasis llegaban un buen número de indígenas. Y no eran caravanas de comercio, puesto que no conducían ninguna bestia de carga.

¡Quién sabe si se reuniría aquel día alguna importante asamblea convocada por Hadjar!... Una numerosa muchedumbre acabó por invadir bien pronto la plaza principal del poblado.

Viendo lo que sucedía, el cabo juzgó conveniente informar a su capitán.

Hardigan, no sin grandes esfuerzos, logró reunirse con Pistache en lo alto del minarete.

No cabía duda de que algo extraordinario congregaba a los indígenas de Zenfig. Llegaba bien clara hasta los prisioneros la algarabía y los gritos, acompañados de grandes ademanes, sin que cesara la efervescencia hasta la aparición de un personaje, seguido de un hombre y una mujer, que con él acababan de salir de la casa que el cabo suponía que era la del jefe.

—¡Es Hadjar, es él! —exclamó el capitán Hardigan—; le reconozco.

—Tiene usted razón, mi capitán —añadió Pistache—; yo también le reconozco.

Era, efectivamente, Hadjar con su madre Djemma y su hermano Sohar, que fueron aclamados al aparecer en la plaza.

Luego, se produjo un gran silencio, y Hadjar hizo uso de la

palabra durante una hora, siendo interrumpido varias veces por las entusiastas aclamaciones de la arengada muchedumbre.

Pero su discurso no podía ser oído por el capitán y el cabo.

La multitud prorrumpió en nuevos gritos cuando acabó la reunión, y habiendo Hadjar entrado en su casa, el poblado recobró bien pronto su habitual tranquilidad.

El capitán y su subordinado descendieron del minarete para comunicar a sus compañeros lo que habían observado.

—Me figuro que esa reunión habrá tenido por objeto protestar de la inundación del oasis, y que será seguida de alguna nueva agresión —dijo el ingeniero.

—Soy de la misma opinión —declaró el capitán—; y bien pudiera ser indicio de que Pointar está instalado de nuevo en la sección de Goleah.

—A menos que no se trate de nosotros —añadió el cabo Pistache —, y que todos esos bribones no se hayan reunido para asistir al suplicio de los prisioneros.

Un largo silencio siguió a esta observación. El capitán y el ingeniero cambiaron una mirada que traicionaba sus secretos pensamientos.

Verdaderamente había motivo para temer que, deseoso de represalias, Hadjar había convocado a diversas tribus del Hinguiz para comunicarles que estaba resuelto a un castigo ejemplar con la pública ejecución de los prisioneros franceses. Y, por otra parte, ¿cómo mantener la esperanza de que pudiera llegar en su ayuda un socorro cualquiera, bien de Biskra o de Goleah, si el teniente Villette ignoraba a qué lugar habían sido conducidos los prisioneros y hasta en manos de qué tribu habían caído?

Antes de abandonar el minarete, el capitán Hardigan y el cabo Pistache echaron una última ojeada a toda la parte del Melrir que ante su vista se extendía. Todo estaba desierto. Ninguna caravana mostrábase a través de la vasta depresión. En cuanto al destacamento del teniente Villette, aun suponiendo que sus pesquisas le hubieran conducido hacia Zenfig, ¿qué hubiesen podido hacer unos cuantos hombres contra todo el oasis?...

No había más remedio que esperar los acontecimientos en medio de mortales aprensiones. De un momento a otro iba tal vez a abrirse la puerta del fuerte para dar paso a Hadjar y a los suyos. ¿Sería

posible resistirles si el jefe tuareg les arrastraba hacia la plaza para sacrificarles?

Y si esto no sucedía hoy, ¿no ocurriría mañana?

Pasó el día, no obstante, sin ningún sensible cambio en la situación. Las provisiones que por la mañana les dejaran en el patio bastaron para satisfacer su necesidad, y cuando se apagó el crepúsculo, echáronse sobre la alfalfa que les había servido de lecho la noche precedente.

Pero apenas había pasado media hora, cuando se oyó cierto ruido que procedía del exterior. ¿Sería algún indígena que remontase el camino de ronda?... ¿Acaso Hadjar enviaría a buscar a sus prisioneros?

Pistache se levantó de un salto y se puso a escuchar a la puerta de entrada.

No era un ruido lo que llegaba a su oído, era más bien una especie de ladrido sordo y lastimero. Un perro rondaba el exterior.

—¡Es el perro de Nicol! ¡Es él! —exclamó Pistache.

Y echándose a ras del suelo, llamó:

—¿Eres tú?

El animal reconoció la voz del cabo, como hubiese reconocido la de su dueño, y contestó con nuevos ladridos.

—Sí, somos nosotros, nosotros, mi buen perro —repetía Pistache—. ¡Ah! ¡Si pudieras encontrar a tu amo y decirle dónde estamos encerrados!...

El capitán y los otros compañeros se aproximaron a la puerta. Si ellos hubieran podido servirse del perro como medio de comunicación, quién sabe si el fiel animal, con un escrito atado al cuello, hubiera podido llegar hasta el teniente Villette, quien seguramente arbitraría algún medio para salvarles.

De todos modos, era necesario que el perro no fuese sorprendido en el camino de ronda.

Así es que el cabo le dijo:

—¡Vete de aquí, vete!...

El perro lo comprendió y alejóse de la puerta, después de un último ladrido lastimero.

Al día siguiente y a la misma hora, las provisiones fueron depositadas, como la víspera, y todo inducía a creer que la situación no cambiaría en aquel día.

Durante la siguiente noche, el perro no acudió a la puerta de la prisión; al menos Pistache no lo oyó, preguntándose con inquietud si el pobre animal habría sido víctima de algún atentado de parte de aquella canalla. En los dos días que se sucedieron no hubo que señalar novedad digna de mención. El oasis ofrecía su aspecto normal.

El 24, a las once de la mañana, el capitán Fiardigan, que estaba de observación en el minarete, notó cierto movimiento en Zenfig. Oíase demasiado tumulto de caballos y ruido de armas. Al mismo tiempo, la población se dirigía en masa a la plaza principal, hacia la cual se encaminaban numerosos jinetes.

¿Habría sonado la hora para el capitán Hardigan y sus compañeros?

No, tampoco era aquél el momento elegido.

Tratábase únicamente de la próxima partida del jefe tuareg. A caballo, en medio de la plaza, pasaba revista a un centenar de jinetes.

Media hora después, Hadjar poníase a la cabeza de aquella tropa, y, al salir del poblado, dirigióse hacia el este del Hinguiz.

El capitán bajó donde estaban sus compañeros para anunciarles la novedad.

—Alguna expedición contra el Goleah, donde, sin duda, se han reanudado los trabajos —dijo el ingeniero.

—Y quién sabe si Hadjar no se dirige al encuentro de Villette y su destacamento —objetó el capitán.

—Si, todo es posible; pero no seguro —dijo el cabo—. Lo que sí es cierto que puesto que Hadjar y sus bribones han salido del oasis, ha llegado el momento de huir.

—¿Cómo? —preguntó uno de los espahíes.

Sí, ¿cómo? ¿Cómo aprovechar la ocasión que acababa de presentarse? ¿No continuaban siendo infranqueables los muros del encierro? ¿No continuaba sólidamente cerrada la puerta del patio?... Por otra parte, ¿de quién esperar socorro?...

Y sin embargo, el socorro llegó. Véase en qué condiciones.

Durante la noche siguiente, lo mismo que había hecho la primera vez, el perro hizo oír sordos ladridos, al mismo tiempo que arañaba el suelo cerca de la puerta.

Guiado por su instinto, había descubierto en aquella parte del

muro un agujero a medio cegar que comunicaba del exterior al interior.

Y súbitamente apareció en el patio como un fantasma.

Tan pronto como el cabo, el capitán y los otros acudieron, el perro volvió hacia el agujero que acababa de franquear.

Era un orificio que, con muy poco esfuerzo, quedaría capaz para dar paso a un hombre.

—Vaya una suerte! —exclamó Pistache.

Sí, una suerte que había que aprovechar antes de que Hadjar estuviese de regreso en Zenfig.

Y, sin embargo, atravesar el poblado y luego el oasis no dejaba de ofrecer serias dificultades. ¿Cómo los fugitivos iban a orientarse en medio de la oscuridad?... ¿Cómo evitar el encuentro con la tropa de Hadjar?... ¿De qué manera franquear los 50 kilómetros que les separaban de Goleah, sin víveres, sin más alimento que los tubérculos del oasis?

Pero nadie se paró a pensar en estos peligros. Nadie dudó un momento en seguir al perro, que desapareció el primero.

—Pase usted —dijo el oficial a Pistache.

—Usted primero, mi capitán —respondió el subordinado.

Hubo que tomar algunas precauciones para no provocar el derrumbamiento del muro.

Al cabo de un cuarto de hora todos los prisioneros estaban en el camino de ronda.

La noche estaba oscura, nublada, sin estrellas.

El capitán Hardigan y los suyos no hubieran sabido qué dirección tomar si el perro no hubiese estado allí para guiarles. No tuvieron más que confiarse al inteligente animal para llegar, sin encontrar a nadie, hasta las afueras del poblado.

Eran las once de la noche. Los fugitivos marchaban con grandes precauciones. En el poblado reinaba el silencio, y a través de las ventanas no se filtraba ningún rayo de luz.

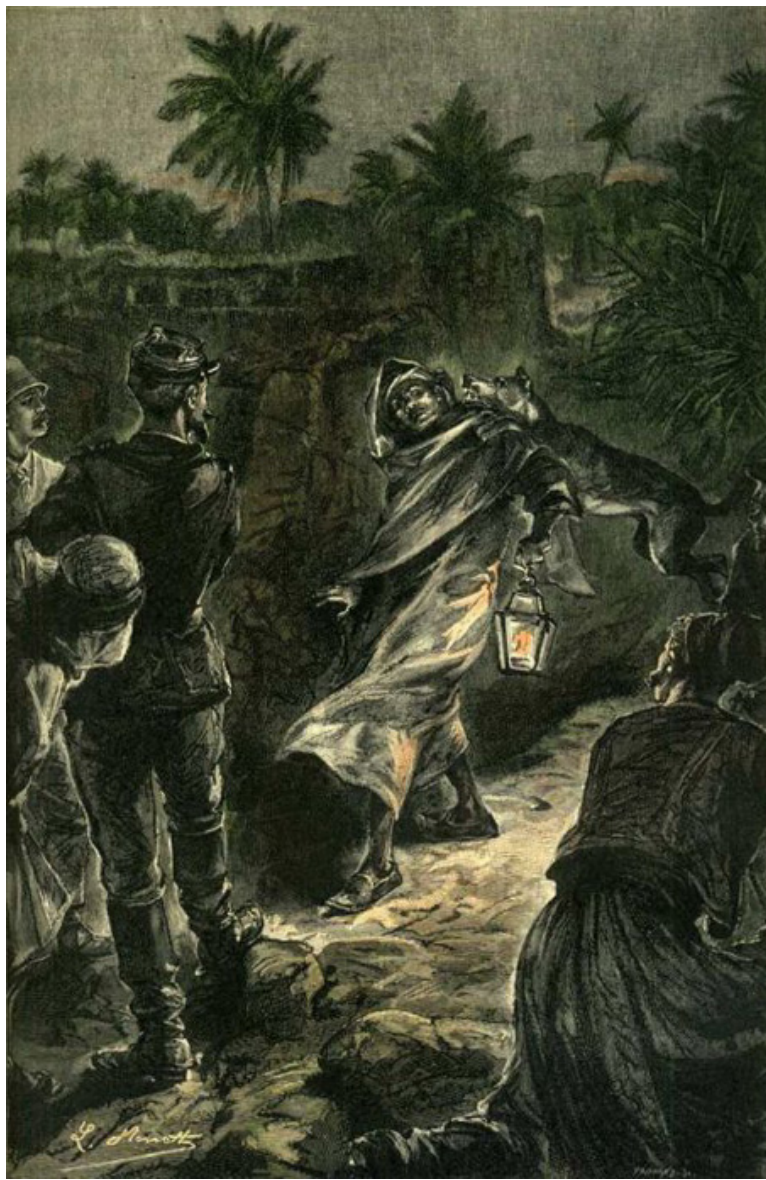
De pronto, apareció ante ellos un hombre con una linterna en la mano.

Uno y otros se reconocieron desde el primer instante.

Era Mezaki, que iba hacia su casa, en este lado del poblado.

El traidor indígena no tuvo tiempo de lanzar un grito. Rápido como el rayo, el perro le saltó al cuello, dejándole caer a tierra sin

vida.



—¡Bien, bien, mi perro! —exclamó el cabo.

El capitán y sus compañeros no tenían para qué preocuparse de este miserable, y, con paso rápido, continuaron la marcha siguiendo por el lindero del Hinguiz, dirigiéndose hacia el este del Melrir.

CAPÍTULO XV

EN FUGA

El capitán Hardigan se decidió a marchar hacia el este, después de maduro examen. En la parte opuesta, un poco más allá de la linde occidental del Melrir, se encontraba la pista frecuentada de Tuggurt que seguía el trazado del transahariano, y desde donde hubiera sido fácil ganar Biskra con seguridad en un tiempo ordinario. Pero esta parte del *chott* no la conocía, pues había ido por el este de Goleah a Zenfig, y, remontar el Hinguiz hacia el oeste, no sólo le era desconocido, sino que había el riesgo de encontrar gentes de Hadjar vigilando las tropas, pudiendo llegar a Biskra por ese lado. Por otra parte, el recorrido era aproximadamente igual entre Zenfig y la terminal del canal. Los obreros podían estar de nuevo en la obra prevenidos. Y, además, volviendo a Goleah, era posible encontrarse con el destacamento del teniente Villette que debía de efectuar sus expediciones en esta parte del Djerid. Y, en fin, había tomado aquella dirección, y «sus razones tendría para ello», como decía el cabo.

—Mi capitán —dijo Pistache—, sigamos al perro, que no se equivoca. Además, ve de noche lo mismo que de día... Le aseguro a usted que es un perro que tiene ojos de gato.

—Sigámosle —había contestado el capitán Hardigan.

Era lo mejor que podían hacer. En medio de aquella oscuridad, en el dédalo del oasis, los fugitivos hubieran corrido el riesgo de errar alrededor del poblado sin alejarse de él. Afortunadamente, guiados por el perro, lograran alcanzar muy pronto la linde septentrional del Hinguiz.

Había que caminar con grandes precauciones, pues el suelo del Melrir es peligroso en extremo, repleto de hoyos de los cuales hubiera sido imposible salir.

Los pasos practicables que había entre ellos sólo eran conocidos por los tuaregs de Zenfig y de los poblados vecinos, que hacían de guías y que, frecuentemente, ofrecían sus servicios para saquear a las caravanas.

Al amanecer, después de una marcha rápida en la que no tuvieron ningún mal encuentro, hicieron alto en un bosque de palmeras.

Dada la dificultad de avanzar mucho en plenas tinieblas, era de suponer que no habrían andado más de siete u ocho kilómetros en aquella primera etapa.

Quedaría, pues, una veintena para alcanzar el extremo del Hinguiz y otro tanto desde aquí al oasis del Goleah.

El capitán Hardigan juzgó a propósito este sitio para reposar una hora de las fatigas de la nocturna marcha. El bosque estaba desierto, y los poblados más próximos ocupaban el límite meridional de aquella futura isla central.

Además, en toda la extensión que la vista abarcaba, no se notaba el menor indicio que denunciase la presencia de la tropa de Hadjar. Había partido de Zenfig quince horas antes, y ya debía de estar muy lejos.

Pero el reposo, tan necesario para los fugitivos, no sería completamente reparador si no se procuraban algún alimento. Las últimas provisiones habían desaparecido y no podían contar más que con los frutos que recogiesen al atravesar el oasis del Hinguiz, nada más que dátiles y algunas raíces comestibles, que conocía Pistache, y que, asadas al calor de un montón de cañas, proporcionaría una sustanciosa alimentación.

Era de esperar que el capitán Hardigan y sus compañeros podrían satisfacer el hambre y la sed, pues agua no faltaba. Tal vez pudiesen atrapar alguna pieza de caza con el concurso del perro. Pero todas estas probabilidades se desvanecerían cuando se dirigieran a través de las arenosas llanuras estériles, sobre esos terrenos salinos, donde no encontrarían más que algunas matas inapropiadas para la alimentación.

Después de todo, si los prisioneros habían tardado dos días en ser conducidos de Goleah a Zenfig, ¿tardarían más en ir de Zenfig a Goleah? Seguramente sí, por dos razones: la primera, que no disponían de caballos, y la segunda, que, no conociendo los pasos

practicables, su marcha había de retardarse forzosamente.

—En suma —observó el capitán—, se trata de medio centenar de kilómetros. Esta tarde habremos hecho la mitad; después de una noche de reposo, reanudaremos la marcha, y aunque necesitemos doble tiempo para la otra mitad, estaremos a la vista del canal a última hora de pasado mañana.

Después de reposar una hora y de comer algunos dátiles, los fugitivos siguieron su camino. El cielo estaba cubierto. Apenas si algunos rayos de sol filtrábanse por entre las nubes. La lluvia amenazaba; pero por fortuna no llegó a descargar sobre los fugitivos, que hicieron alto a mediodía.

No se había producido ninguna alarma ni encontrado un solo indígena. En cuanto a la banda de Hadjar, no había duda que estaba de ellos a una distancia de 40 kilómetros lo menos, al este. El alto duró una hora. Los dátiles no faltaban, y el cabo desenterró raíces, que puso a asar bajo la ceniza.

Al llegar la noche habían sido franqueados 25 kilómetros, y el capitán Hardigan deteníase en el extremo este del Hinguiz. Estaban en el lindero del último oasis. Más allá extendíanse las vastas soledades de la depresión, sobre la cual, faltos de guía, el camino iba a ser difícil y peligroso. Pero, en fin, los prisioneros estaban bien lejos de su prisión, y si Ahmet y otros habíanse aprestado a perseguirles, lo cierto era que no habían dado con sus huellas. Todos tenían gran necesidad de reposo, y por mucho que fuera su interés en llegar a Goleah, no tuvieron más remedio que pasar la noche en aquel sitio. Por otra parte, aventurarse en medio de la oscuridad sobre terrenos movedizos hubiera sido demasiado expuesto. ¡Gracias que salieron con bien en plena luz! No teniendo que temer al frío en aquella época del año y en aquella latitud, los caminantes se acomodaron al pie de un grupo de palmeras. Parecía prudente que uno de ellos vigilase, mientras los demás dormían. Ofrecióse a ello el cabo durante las primeras horas, y se convino que sería relevado por los dos espahíes. En tanto que sus compañeros caían en un pesado sueño, Pistache se mantuvo en su puesto, acompañado del perro; pero apenas había transcurrido un cuarto de hora rindióle el cansancio. Inconscientemente, sentóse en el suelo, luego, se tumbó a lo largo, y sus ojos se cerraron a pesar suyo. Afortunadamente el fiel perro hacía mejor guardia, pues poco

antes de media noche sordos ladridos despertaron a los que dormían. —¡Alerta, alerta!— exclamó el cabo, que acababa de levantarse de un salto.

En un instante, Hardigan estuvo a su lado.

—Escuche usted, mi capitán —dijo Pistache. Un violento tumulto producíase por la parte izquierda del macizo de árboles; un ruido de ramas tronchadas a unos cuantos centenares de pasos.

—¿Serán los tuaregs que nos persiguen? —dijo Hardigan.

No era dudoso que, si los árabes habían descubierto la evasión, se lanzarían tras las huellas de los franceses. El capitán Hardigan, después de haber escuchado atentamente, siguió diciendo:

—No, no son los indígenas... Tratarían de sorprendernos sin hacer ruido.

—Perto ¿entonces?... —preguntó el ingeniero—. Son animales, fieras que rondan alrededor del oasis —contestó el cabo.

Efectivamente, el campamento no estaba amenazado por los tuareg, sino por uno o varios leones, cuya presencia constituía también un gran peligro. Si se arrojaban sobre los fugitivos, ¿cómo defenderse sin disponer de un arma siquiera?

El perro daba señales de la más viva agitación. El cabo pudo, a duras penas, contenerle e impedir que se lanzara hacia el lugar de donde salían furiosos rugidos.

¿Qué sucedía? ¿Acaso las fieras peleaban entre sí, disputándose con encarnizamiento alguna presa?... ¿Habrían olfateado a los fugitivos y se dispondrían a precipitarse sobre ellos?

Pasaron unos instantes de profunda ansiedad. Si habían sido descubiertos el capitán Hardigan y sus compañeros, pronto estarían sobre ellos las fieras. Más valía esperar en el mismo sitio, subiéndose a los árboles para preservarse del ataque.

Ésta fue la orden que dio el capitán, e iba a ser ejecutada, cuando el perro se escapó de las manos del cabo, desapareciendo hacia la derecha del campamento.

—¡Aquí, ven aquí! —gritó Pistache.

Pero el perro no le oyó o no quiso oírle; lo cierto es que no volvió.

Después, el tumulto y los rugidos parecieron alejarse, disminuyendo poco a poco, hasta cesar por completo. Y los únicos ruidos, apenas perceptibles, fueron los ladridos del perro, que no tardó en

reaparecer.

Sin duda, las fieras han partido. No deben habernos olfateado, y nada tenemos que temer.

—¿Pero qué tiene este perro? —exclamó Pistache, que al acariciar al perro sintió sus manos húmedas de sangre—. ¿Habrá sufrido algún zarpazo?

No, no se quejaba; saltaba alegre en torno al cabo, como si quisiera arrastrarlo hacia el punto de donde venía; y como Pistache se dispusiera a seguirle, el capitán le ordenó:

—No; quédese usted. Esperemos a que amanezca y veremos lo que se ha de hacer. El cabo obedeció, y cada cual recobró el sitio que los rugidos de las fieras habían hecho abandonar. El sueño no fue turbado de nuevo por ningún incidente, y cuando los fugitivos se despertaron, el sol empezaba a desbordar el horizonte del Melrir. El perro se lanzó de nuevo hacia el interior del bosque, y, cuando volvió, pudo comprobarse que tenía huellas de sangre fresca. —Decididamente —dijo el ingeniero— hay algún animal herido o muerto. Uno de los leones que esta noche se han batido... — ¡Lástima que no se pueda comer, pues nos lo engulliríamos con mucho gusto!— dijo uno de los espahíes.

—Vamos a ver lo que pasa —repuso Hardigan.

Todos siguieron al perro, que les precedía ladrando, encontrando a unos cien pasos a un animal bañado en sangre.



No era un león, sino un antílope, que las fieras habían matado, y por cuya presa se batieron sin duda, concluyendo por abandonarla. ¡Ah, qué suerte! —exclamó el cabo—. ¡Vaya una pieza!... Llegamos muy a punto para proporcionarnos carne para todo el viaje. Era, verdaderamente, un dichoso azar. Los fugitivos no tenían que limitarse a los tubérculos y a los dátiles. Los espahies y Pistache se pusieron a la tarea y cortaron los mejores pedazos del antílope, dándole su parte al perro. Total, unos cuantos kilogramos de excelente carne, que, asada sobre las ascuas, proporcionaron a los

pobres franceses un succulento almuerzo, del que hacia mucho tiempo no disfrutaban.

El sustancioso refrigerio les proporciono nuevas energías, y cuando concluyeron de comer, la satisfacción era general.

—En marcha —dijo el capitán Hardigan—; no hay tiempo que perder; continuamos bajo la amenaza de la persecución de los tuaregs de Zenfig.

Antes de partir observaron con gran atención toda la llanura del Hinguiz, sin que en todo el espacio que la vista podia abarcar descubrieran un ser viviente.

No solamente las fieras y los rumiantes no se atrevían a aventurarse sobre aquellas desoladas regiones, sino que ni los pájaros podían cruzarlas de un vuelo. Y por que lo habrían de hacer, puesto que los diversos oasis del Hinguiz les proporcionaban los recursos que no les habría procurado la árida superficie del *chott*?

—Si existiera ya el mar del Sahara —dijo el ingeniero—, ¡que cómodamente haríamos el viaje a bordo de un vapor!

—Desde luego —dijo Pistache riéndose—; pero si habíamos de esperar el barco que había de transportarnos, ya podíamos armarnos de paciencia.

—Indudablemente —contesto el señor de Schaller—; pero persisto en creer que la inundación del Rharsa y del Melrir se efectuara en menos tiempo del que se supone.

—Aunque no durara más que un año, seria demasiado para nosotros —replico jocosamente el capitán—. En cuando los preparativos estén terminados daré la señal de partida.

—Vamos, señor Francois —dijo entonces Pistache—, es preciso mover bien las piernas; y procure usted que hagamos pronto alto en un poblado donde haya peluquería, porque si no vamos a concluir por tener unas barbas de capuchino.

—¡Si, de capuchino! —murmuro el señor Francois, que ya no se reconocía cuando las aguas de un arroyo reflejaban su peluda cara.

Los preparativos no podían ser ni largos ni complicados en las condiciones en que marchaban los fugitivos. Sin embargo, algo los retraso la necesidad de asegurar el sustento para los dos días que les quedaban de viaje hasta el Goleah. No tenían a su disposición mas que los pedazos de antílope, del que sólo habían comido una

pequeña parte. Pero ¿cómo proveerse de fuego durante la travesía? Aquí, al menos, los combustibles no faltaban, y las ramas rotas por las violentas ráfagas del Djerid llenaban el suelo.

El cabo y los dos espahies encendieron una buena hoguera, que proporciono abundantes brasas donde asar la carne, que fue partida en seis partes iguales, tomando cada cual la suya, que envolvieron en hojas frescas.

A juzgar por la posición del sol, que se elevaba en medio de rojizas brumas que anunciaban una cálida jornada, serian las siete de la mariana.

Las etapas sucesivas serian muy duras, porque no dispondrían de abrigo contra los ardores de los rayos solares. A esta lamentable circunstancia había que añadir otra, cuyo peligro era más serio.

En tanto que siguiendo la linde del oasis el riesgo de ser advertidos no era grande, cuando estuvieran en pleno desierto este riesgo aumentaría considerablemente. Y si algunas bandas de tuaregs se cruzaban en su camino.

¿Querían refugiarse para evitar su encuentro?... ¿Y si aquel día, o al siguiente, Hadjar y su tropa regresaban hacia Zenfig?...

Si a esto se añaden las dificultades de marchar sobre un terreno movedizo, del que ni el capitán ni el ingeniero conocían los pasos practicables, se comprenderá los peligros que ofrecía aquel recorrido de 25 kilómetros entre el extremo del Hinguiz y la cantera del Goleah.

El capitán Hardigan y el señor de Schaller ya habían reflexionado y todavía pensaban en ello.

Pero no había más remedio que hacer frente a todas las contingencias, mucho más tratándose de hombres enérgicos, animosos, capaces de todos los esfuerzos.

—¡En marcha! —dijo el capitán.

—Si... en ruta... ¡buena tropa! —respondió el cabo Pistache.

CAPÍTULO XVI

EL *TELL*

Serían poco más de las siete cuando el capitán Hardigan y sus compañeros se pusieron en marcha. La naturaleza especial del suelo obligaba a caminar con grandes precauciones. Las eflorescencias de su superficie no permitían reconocer si ésta ofrecía una resistencia suficiente y si, a cada paso, uno se arriesgaba a caer en un hoyo.

El ingeniero, por los informes del capitán Roudaire y los sondeos que él mismo había hecho, sabía a qué atenerse acerca de la composición de aquellos terrenos. En la parte superior se extiende una corteza salífera, sujeta a muy sensibles oscilaciones. Por debajo, las arenas se mezclan con margas, en las que el agua entra por las dos terceras partes, lo que les priva de toda consistencia. A veces, las sondas no encuentran la roca más que a grandes profundidades; así es que hombres y caballos desaparecen, a veces, en esos terrenos medio líquidos, sin que haya medio de socorrerlos.

Lo que había que desear era que, al salir del Hinguiz, los fugitivos encontrasen las huellas del paso de Hadjar y su tropa, a través de esta pequeña parte de la gran hondonada. Las señales de las pisadas no podían haber desaparecido, puesto que ni el viento ni la lluvia habían sacudido el suelo del Melrir. En este caso no había más que seguir su pista para no apartarse de las sendas seguidas por los indígenas, únicas que podían considerarse como pasos seguros. Pero en vano buscó el señor de Schaller; no cabía duda de que la banda no había pasado por allí.

El capitán y el ingeniero marchaban en cabeza, precedidos del perro, que hacía las veces de explorador. Antes de aventurarse en tal o cual dirección, trataban de determinar la composición del suelo, examen que resultaba bastante dificultoso. La marcha efectuábase con lentitud, así es que la primera etapa, que duró

hasta las once de la mañana, no dio por resultado más que un recorrido de cuatro a cinco kilómetros. Fue necesario hacer alto, tanto para descansar como para comer. La vista no descubría ni un oasis, ni un bosque, ni siquiera un árbol. Solamente una ligera ondulación arenosa rompía la uniformidad de la llanura a unos cien pasos de distancia.

—No tenemos donde escoger —dijo el capitán Hardigan.

Todos se dirigieron hacia el pequeño montículo, sentándose del lado que podían estar al abrigo de los rayos del sol. Cada cual sacó del bolsillo un pedazo de carne; pero en vano trataron de proporcionarse agua con que apagar la sed; por allí no pasaba ningún riachuelo, y lo único de que disponían para refrescar la boca eran los dátiles recogidos en el último campamento.

Después de mediodía reanudóse la marcha, que los fugitivos continuaron, no sin grandes fatigas y dificultades. En tanto era posible, el capitán Hardigan procuraba mantener su dirección hacia el este, basándose en la posición del sol; pero a cada momento la arena cedía bajo los pies. La depresión no comportaba entonces más que un nivel bastante débil y seguramente, ésta sería inundada entre el Hinguiz y la linde del canal, donde el *chott* tendría su mayor profundidad; es decir, cerca de una treintena de metros por debajo del nivel del mar.

Esto fue lo que observó el ingeniero:

—No me extraña que este suelo sea más inestable que otros del Melrir. Durante la estación de las lluvias estos fondos deben recibir todas las aguas corrientes de la gran hondonada, y jamás pueden afirmarse.

—Es lamentable que no los podamos evitar. En cuanto a remontar el norte o descender hacia el sur, sin la seguridad de encontrar mejor camino, sería perder estérilmente un día entero. Nuestra dirección marca la distancia más corta, y no debemos abandonarla.

—Desde luego —declaró el señor de Schaller—. Lo que también puede asegurarse es que si Hadjar y su banda se han dirigido al kilómetro 347, no ha sido por este camino.

Efectivamente, no se encontraba el más leve rastro de su paso.

¡Qué lenta y penosísima marcha, y qué dificultades para mantenerse sobre los pasos!

A cada momento había que detenerse, tantear el terreno, echarse a la derecha o a la izquierda, prolongándose el camino en una inacabable serie de rodeos. En estas condiciones, en esta segunda etapa no se pudo ganar más que legua y media. Al declinar la tarde, tuvieron que detenerse extenuados. Y aunque todavía conservasen ánimos, ¿cómo aventurarse en una marcha nocturna?

Eran las cinco de la tarde. El capitán Hardigan había comprendido que sus compañeros no podían ir más lejos; y, sin embargo, el lugar no tenía nada de propicio para acampar. La llanura rasa y pelada; ni el más ligero declive, ni una gota de agua potable. Algunos pájaros atravesaban rápidamente esta región desolada para ganar los oasis próximos a varias leguas de allí, sin duda.

En aquel momento el cabo se aproximó al oficial y le dijo:

—Sea dicho con todo respeto, mi capitán, creo que podríamos hacer algo mejor que acampar aquí, donde nos podrían ver los tuaregs.

—¿Dónde, pues?

—Mire usted, hacia allí, a menos que yo no me engañe, veo como una especie de duna, que se marca allá abajo, con algunos árboles encima.

Y, con la mano extendida hacia el nordeste, Pistache mostraba un punto de la hondonada, distante unos tres kilómetros.

Todas las miradas siguieron aquella dirección. Pistache no se había engañado. Había allí, por fortuna, una de esas colinitas que son como jorobas del desierto, un *tell*, por encima del cual se perfilaban tres o cuatro árboles, bien raros en aquella región. Si el capitán Hardigan y sus compañeros podían llegar hasta allí, pasarían la noche en mejores condiciones.

—Es preciso llegar hasta allí a toda costa —dijo el capitán.

—Tanto más —añadió el ingeniero—, puesto que no nos separaremos mucho de nuestra ruta.

—Y luego, ¡quién sabe si así el suelo será más beneficioso para nuestras piernas! —dijo el cabo.

—Vamos, amigos, ¡un último esfuerzo! —ordenó Hardigan, poniéndose en marcha. Todos le siguieron.

Pero, más allá de este *tell*, si, como acababa de decir Pistache, el terreno se elevaba, si, al día siguiente los fugitivos debían encontrar

una superficie más consistente, no fue así durante la última hora de esta etapa.

—¡Yo no llegaré nunca! —repetía el señor Francois.

—Si; cójase usted de mi brazo —le dijo el animoso Pistache.

Apenas habían andado dos kilómetros cuando el sol desapareció. Al crepúsculo, muy corto en aquella latitud, sucedería una oscuridad profunda; de suerte que era menester aprovechar lo poco que de luz quedaba para llegar hasta el *tell*.

El capitán Hardigan, el ingeniero, el señor Francois y los dos espahíes marchaban en fila. El suelo era cada vez más inconsistente. La corteza cedía bajo el pie, que se hundía a veces hasta la rodilla, dejando salir a la superficie el agua subterránea. En un momento, el señor Fralloy, que se había apartado un tanto hacia la derecha, se hundió de pronto hasta la cintura.



—¡A mí, a mí! —gritó, debatiéndose para no ser engullido por completo.

—¡Allá voy, allá voy! —le contestó el cabo, acudiendo inmediatamente en su socorro.

Todos hicieron alto al mismo tiempo; pero el primero en llegar junto al señor Francois fue el perro, que le sirvió de asidero, agarrándose fuertemente al cuello del robusto animal.

El digno hombre salió del atasco hecho una lástima.

Aunque no era ocasión de bromear, Pistache le dijo:

—No hay para qué asustarse, señor Francois; aunque el perro no hubiera acudido, yo le hubiera a usted sacado tirándole de la barba.

No se puede dar una idea de lo que fue la azarosa marcha durante una hora más sobre este suelo traicionero. Los fugitivos no podían avanzar sin riesgo de quedar sepultados. Deslizábanse sobre la arena, los unos cerca de los otros, a fin de sostenerse mutuamente en caso de necesidad.

En esta parte de la depresión, el fondo continuaba bajando. Era como un gran cauce en el que se debían acumular las aguas y que alimentaba la red hidrográfica del *chott*.

No había más que una probabilidad de escapar con bien: llegar al *tell* señalado por Pistache. Allí seguramente el suelo tendría la necesaria consistencia para pasar la noche con tranquilidad.

Pero en medio de la oscuridad resultaba difícilísimo orientarse. Apenas se advertía el *tell*. No se sabía si echar a la derecha o a la izquierda.

El capitán Hardigan y sus compañeros caminaban al azar, y sólo el azar podía mantenerlos en el buen camino.

Al fin, el perro, que era el verdadero guía, ladró precipitadamente.

—¡Ya estamos en la altura! —dijo el cabo.

Efectivamente, a muy corta distancia estaba el *tell*. Los ladridos del perro eran un llamamiento a los pobres fugitivos, que hubieron de hacer un considerable esfuerzo.

El suelo iba ascendiendo gradualmente, al mismo tiempo que hacíase más consistente. En su superficie había algunas matas rugosas, a las cuales los dedos pudieron agarrarse, y fue así como todos, tras haber dado Pistache un último golpe de mano al señor Francois, se encontraron en el *tell*.

¡Al fin llegaron a la altura!

Serían las ocho de la noche. La oscuridad impedía ver los alrededores. Tendiéronse al pie de los árboles, disponiéndose a reparar sus fuerzas con alimento y reposo. El cabo, el señor Francois y los dos espahíes no tardaron en dormirse; pero Hardigan y su compañero hicieron vanos esfuerzos para conciliar el sueño, al que las preocupaciones cerraban el acceso. ¿No se encontraban como unos náufragos lanzados sobre un islote desconocido, y sin saber si lo podrían dejar? ¿Encontrarían pasos practicables al pie de este

tell? Al día siguiente, ¿deberían aventurarse todavía en un terreno movedizo? Y ¿quién sabría si, incluso, en la dirección de Goleah, el fondo del *chott* no descendería aún más?

—¿A qué distancia cree usted que estamos de Goleah? —preguntó el capitán al ingeniero.

—De doce a quince kilómetros —contestó el señor de Schaller.

—¿De suerte que habremos hecho ya la mitad del recorrido?

—Así lo creo.

¡Con qué lentitud transcurrieron las horas de aquella noche del 26 al 27 de abril! El ingeniero y el capitán debieron envidiar a sus compañeros, a quienes la fatiga sumía en un profundo sueño, del que no les hubiera sacado ni un cañonazo.

A pesar del estado eléctrico de la atmósfera, no se desató la tempestad, y aunque la brisa había caído, produjéronse ciertos rumores que turbaban el silencio. Sería poco más de media noche cuando los rumores se convirtieron en acentuados ruidos.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó el capitán Hardigan, incorporándose.

—No sé qué es esto —contestó el ingeniero.

—¿Será una tempestad lejana?...

—No, más bien parecen ruidos subterráneos.

No hubiera tenido nada de extraordinario. Se recordará que, cuando se efectuaron los trabajos de nivelación, Roudaire había comprobado que la superficie del Djerid estaba bajo la influencia de oscilaciones de una amplitud bastante considerable, que más de una vez dificultaron sus operaciones. Estas oscilaciones eran, sin duda, debidas a algún fenómeno sísmico que se verificaba en las capas inferiores.

El cabo Pistache y el señor Franwis acababan de ser despertados por los rumores subterráneos, cuya intensidad era creciente.

En aquel momento, el perro dio muestras de una singular agitación. Varias veces descendió hasta el pie del *tell*, y, la última, subió completamente mojado, como si acabase de salir de una balsa de agua.

—Si, es agua, agua —repetía Pistache—; y hasta se diría que es agua de mar. Esta vez no se trata de sangre.

Esta observación aludía a lo sucedido cuando el perro reapareció lleno de sangre del antílope estrangulado por las fieras.

Había, pues, alrededor de aquella colinita una capa de agua, lo suficientemente profunda para que el perro pudiera zambullirse. Y, sin embargo, cuando los fugitivos llegaron al *tell* no había semejante líquido.

¿Era, pues, que acababa de efectuarse un súbito descenso del suelo, elevándose a la superficie el agua de las capas inferiores, convirtiendo el *tell* en islote?

¡Con qué temerosa impaciencia esperaron el día! Imposible conciliar de nuevo el sueño. Además, la intensidad de las perturbaciones subterráneas iba aumentando por instantes. Era de suponer que las fuerzas plutonianas y neptunianas luchaban entre sí, modificando poco a poco la estructura de la vasta hondonada. A veces producíanse sacudidas tan violentas, que los árboles se curvaban, como a impulsos de una ráfaga huracanada, amenazando desgajarse.

En aquel momento, el cabo, que se había aventurado hacia la parte baja, dijo que existía ya una capa de agua de dos a tres pies de profundidad.

¿De dónde procedía esta agua? ¿Habíanla empujado hacia el exterior las interiores perturbaciones?... ¿Y no era posible que, bajo la acción de este extraordinario fenómeno, la superficie del *chott* hubiera descendido, incluso hasta por debajo del nivel mediterráneo?

¿Podría despejarse la incógnita cuando el sol apareciera en el horizonte?

Hasta las primeras luces del alba no cesaron de turbar el espacio los lejanos rumores que parecían proceder del este.

Producíanse a intervalos regulares fuertes sacudidas que hacían estremecer al *tell* en su base, en torno del cual precipitábase el agua con ese ruido de resaca de la marea ascendente contra las rocas de un litoral.

Cuando todos trataban de adivinar por el oído lo que sus ojos no podían ver, el capitán Hardigan rompió el silencio, diciendo:

—¿Será posible que el Melrir se haya inundado con las aguas subterráneas remontadas a la superficie?

—Sería bien inverosímil —contestó el ingeniero—. Yo creo que hay una explicación más admisible.

—¿Cuál?

—Que sean las aguas del golfo las que han llegado hasta aquí, invadiendo desde Gabes toda esta porción del Djerid.

—Entonces —exclamó el cabo— no nos quedaría más que un recurso: ¡salvarnos a nado!

El día comenzaba a clarear, pero la escasa luz que aparecía por Oriente era muy pálida y parecía como si una espesa cortina de bruma se extendiera por todo el horizonte.

De pie, junto a los árboles, todos miraban anhelosos, esperando las primeras luces del alba para darse cuenta de la situación. Pero, por una deplorable circunstancia, quedó frustrado su deseo.

CAPÍTULO XVII

DESENLACE

Alrededor de la duna extendíase una niebla tan espesa que los primeros rayos del sol no podían atravesarla. No se veía a cuatro pasos de distancia y las ramas de los árboles estaban anegadas en estos espesos vapores.

—¡Decididamente tenemos el santo de espaldas! —exclamó el cabo.

—¡Estoy casi convencido de ello! —respondió el señor Franqois.

Sin embargo, había la esperanza de que cuando el sol adquiriera fuerza las brumas acabarían por disiparse y la vista podría extplayarse sobre toda la extensión del Melrir.

No había más remedio que tener paciencia y economizar las provisiones, que ya no había medio de renovar. En cuanto a la sed, lo que sobraba era agua, buena o mala, con que apagarla.

Transcurrieron tres horas. Los rumores habían ido disminuyendo poco a poco. Una brisa bastante fuerte agitaba las ramas de los árboles, y, con la ayuda del sol, no pasaría mucho tiempo sin que la niebla se disipara por completo.

La claridad empezó a alumbrar los esqueléticos árboles del *tell*, y una ráfaga de aire acabó por levantar las brumas, empujándolas hacia el oeste.

Y entonces el Melrir se descubrió en una vasta extensión.

Su superficie estaba en parte inundada, y un cinturón líquido de unos cincuenta metros de ancho rodeaba el *tell*.

De trecho en trecho reaparecían anchas llanuras arenosas en los niveles más elevados, que reverberaban a los rayos del sol naciente.

El capitán Hardigan y el ingeniero habían dirigido sus miradas hacia todos los puntos del horizonte; luego, el señor de Schaller dijo:

—No cabe duda que se ha producido un considerable fenómeno sísmico. Los fondos de la hondonada se han rebajado y las capas líquidas del subsuelo han invadido la superficie.

—Yo creo que debemos partir antes de que se nos cierre por todas partes —contestó el capitán—. Es preciso salir de aquí al instante.

Todos iban a bajar de la meseta cuando quedaron como petrificados por el terrorífico espectáculo que a sus ojos se ofrecía.

A una media legua hacia el norte apareció una bandada de animales, que huían a toda velocidad, procedentes del nordeste: un centenar de fieras y de rumiantes, leones, gacelas, antílopes... salvábanse hacia el oeste del Melrir. Preciso era que un común espanto los uniese para que pudieran caminar juntos la ferocidad de los unos y la timidez de los otros, sin más propósito que huir alocados para sustraerse al peligro que provocaba aquella carrera vertiginosa de los cuadrúpedos del Djerid.

—¿Pero qué sucede allá abajo? —preguntó el cabo Pistache.

—Sí, ¿qué será aquello? —añadió el capitán Hardigan.

Y el ingeniero, a quien se dirigía la pregunta, la dejó sin respuesta.

Entonces uno de los espahíes exclamó:

—¡Es que esas bestias se dirigen hacia nosotros!

—¿Y cómo huir? —añadió el otro.

En aquel momento, la avalancha no estaría a más de un kilómetro, y se aproximaba con la rapidez de un expreso. Pero no parecía que los animales en su carrera loca hubieran advertido los seis hombres refugiados en el *tell*. Efectivamente, en un mismo movimiento, todos oblicuaron hacia la izquierda y acabaron de desaparecer en medio de un torbellino de polvo.

Por orden del capitán Hardigan, sus compañeros se echaron al pie de los árboles, a fin de no ser descubiertos.

—¿Pero qué será esto? —No cesaba de preguntar Pistache.

Serían ya las cuatro de la tarde, cuando no tardó en revelarse la causa de este extraño éxodo.

Del lado del este las capas líquidas empezaban a extenderse por la superficie y la llanura quedó bien pronto inundada por completo, pero sólo por una ligera capa de agua. Las eflorescencias salinas desaparecían poco a poco hasta el alcance extremo de la vista, y

eran verdaderos lagos lo que entonces reflejaban los rayos del sol.

—¿Serán las aguas del golfo que han invadido el Melrir? —dijo el capitán Hardigan.

—No me cabe duda —contestó el ingeniero—. Los rumores subterráneos que hemos oído procedían de un temblor de tierra. En el suelo han tenido que producirse considerables perturbaciones: un rebajamiento total de la superficie del Melrir, y tal vez de toda esta parte del Djerid. El mar, después de haber roto el dique, habrase desbordado hasta el Melrir.

Esta explicación debía de ser exacta. Hallábanse en presencia de un fenómeno sísmico, cuya importancia todavía no les era dable apreciar. Y por efecto de estas perturbaciones era posible que el mar del Sahara se hubiera hecho por sí mismo, y aún más vasto de lo que el capitán Roudaire había soñado.

Por otra parte, un nuevo rumor, todavía lejano, llenaba el espacio. No era a través del suelo, sino del aire por donde se propagaba de modo creciente.

Y he aquí que de pronto, hacia el norte, se elevó una nube de polvo, de la que salió un tropel de jinetes huyendo a toda velocidad, como habían hecho los animales.

—¡Hadjar! —exclamó el capitán Hardigan.

Sí, era el jefe tuareg y sus compañeros, que huían a rienda suelta de un monstruoso torbellino que amenazaba arrollarlos, extendiéndose por toda la hondonada.

Dos horas habían transcurrido desde que los animales hubieron pasado y el sol había desaparecido. En medio de la inundación creciente, el *tell* era el único refugio que se ofrecía a la banda de Hadjar: una isla en medio de aquel nuevo mar.

Seguramente, los árabes habíanlo divisado, y hacia él se dirigían en un galope desenfrenado. ¿Conseguirían alcanzarlo antes de que el torbellino los arrastrase? Pero la montaña liquida corría más que ellos, en una sucesión de olas espumosas de tan irresistible potencia y velocidad, que los más ligeros caballos no hubieran podido aventajarla.



Entonces, el capitán y sus compañeros presenciaron el terrible espectáculo: caballos y jinetes fueron arrollados por la gigantesca corriente, y las últimas luces del crepúsculo alumbraron sus cadáveres, arrastrados hacia el oeste del Meirir.

Aquel día, cuando el sol descendió por occidente, era un horizonte de mar lo que alumbró en sus postrimerías.

¡Qué noche para los fugitivos! Si había desaparecido el peligro de un ataque de las fieras y de un encuentro con los árabes

fugitivos, la inundación era un peligro tan grande como los otros.

Pero no siendo posible abandonar la altura, pasaron aquellas eternas horas oyendo con espanto el ascenso del agua, en medio de una profunda oscuridad llena de ruidos de resaca y de los agudos gritos de las aves de mar, que volaban sobre la superficie del Melrir.

Reapareció el día. La inundación no había invadido el refugio de los fugitivos, y todo hacía creer que había ya alcanzado su máximo nivel.

Nada en la superficie de esta inmensa llanura líquida. La situación de los fugitivos parecía desesperada. No tenían alimentos para el día, ni medios de proporcionárselos sobre aquel árido islote. Huir... ¿Por qué medios?... ¿Construir una barca con los árboles? Pero ¿cómo abatirlos?... Y seguro que esta frágil embarcación sería imposible que navegara entre las violentas corrientes del Melrir.

—Será difícil que podamos salir de esta situación —dijo Hardigan, tras mirar en torno a él.

—¿Quién sabe, mi capitán? —repuso el animoso Pistache—; puede que recibamos algún socorro.

El día terminó sin que cambiara la situación. El Melrir hablase convertido en un lago, como sin duda le había sucedido al Rharsa.

¿Hablase inundado Nefta? ¿Alcanzaría el desastre a toda aquella parte del Djerid hasta el golfo de Gabes?

La noche se aproximaba, y después del ligero refrigerio de la mañana, los fugitivos no tenían ya nada que comer. En el islote no había ningún tubérculo comestible; en los árboles no posaba ni el más diminuto pajarillo con el que se hubiera contentado un estómago atormentado. En vano trató Pistache de ver si podía hallar algún pescado; y en cuanto a la sed, no podía apagarla el agua salobre del mar.

Hacia las siete y media de la tarde, en el momento en que los rayos solares iban a extinguirse, el señor Francois, que miraba en dirección nordeste, dijo con una voz en la que nadie hubiera descubierto la menor emoción:

—Humo...

—¿Humo? —exclamó Pistache.

—Humo —repitió el señor Francois.

Todos los ojos se volvieron en la dirección indicada.

No cabía duda, era una columna de humo que el viento

empujaba hacia el *tell*, y que se veía ya distintamente.

Los fugitivos permanecieron mudos, con el temor de que aquella esperanzadora señal de salvación no desapareciese con el navío que la producía.

Así pues, la explicación del ingeniero era verdadera. Sus previsiones acababan de realizarse.

Durante la noche del 26 al 27, las aguas del golfo se habían esparcido por la superficie de esta parte oriental del Djerid. Desde entonces, existía de hecho una comunicación entre la Pequeña Sirte y el Melrir, comunicación perfectamente practicable, puesto que un barco había podido seguir una ruta marítima a través de la región inundada de los *sebkha* y de los *chotts*.

Veinte minutos después, dibujábase en el horizonte la chimenea del vapor, del primer vapor que surcaba las aguas del nuevo mar.

—¡Señales, hagamos señales! —dijo uno de los espahíes.

¿Cómo hacer para que los de a bordo las divisaran?

El barco debía de estar a dos leguas, lo menos, y la noche se echaba encima.

Entonces, el mismo espahí no fue dueño de exclamar en un raptó de desesperación:

—¡Estamos perdidos!...

—¡Nada de eso! ¡Salvados, salvados! —exclamó Hardigan—. Nuestras señales, que no hubieran divisado de día, serán perfectamente visibles durante la noche.

Y añadió:

—¡Fuego a los árboles!

—¡Bravo, mi capitán! —gritó entusiasmado Pistache—. ¡Fuego a los árboles!

Inmediatamente se hizo un montón de hojarasca y ramas secas; funcionó el eslabón. Desprendióse una viva llama que ganó las ramas superiores, y una viva claridad iluminó las tinieblas alrededor del islote.

—¡Si no ven nuestro fuego de alegría, es que están ciegos en ese vapor! —dijo Pistache.

Sin embargo, la llamarada no duró más de una hora. La reseca madera de los árboles se consumió rápidamente, y cuando se extinguieron los últimos resplandores no se sabía si el navío hablase aproximado al *tell*, pues no señaló su presencia por ningún

cañonazo de a bordo.

Profundas tinieblas volvieron a reinar en torno al islote. La noche transcurrió sin que ninguna sirena de vapor, ningún ruido de hélice llegase a los oídos de los fugitivos.

—¡Allí está! ¡Allí está! —gritó Pistache en cuanto despuntó el alba, al mismo tiempo que el perro ladraba con todas sus fuerzas.

El cabo no se equivocaba.

A dos millas del *tell* estaba anclado un vaporcito con pabellón francés. Cuando las llamas iluminaron la cresta del *tell*, el comandante había modificado el rumbo poniendo proa al sudeste. Pero extinguida la luz que hacía las veces de faro, no era prudente avanzar, y echó el ancla para pasar allí la noche.

El capitán Hardigan y sus compañeros lanzaron grandes voces, que fueron contestadas por los de a bordo, e inmediatamente se destacó un bote, en el que reconocieron al teniente Villette y al suboficial Nicol.

Era el aviso. *Benassir* de Tunez, un vapor de poco tonelaje que hacia una semana estaba en Gabes y que se había lanzado intrépidamente en el canal.

Pocos minutos después, el bate atracaba en el *tell*, que había sido la salvación de los fugitivos; el capitán Hardigan recibió en sus brazos al teniente Villette, y Nicol estrechaba entre los suyos al cabo Pistache, en tanto que el perro le saltaba al cuello. En cuanto al señor Francois, Nicol apenas lo reconoció en ese hombre barbudo y mostachudo que tan ansioso estaba de afeitarse al llegar a bordo del *Benassir*.

He aquí lo que había sucedido cuarenta y ocho horas antes:

Un temblor de tierra acababa de modificar toda la región oriental del Djerid entre el golfo y el Melrir. Después de la rotura del lecho de Gabes y del rebajamiento del nivel del suelo en una extensión de 200 kilómetros, las aguas del golfo habíanse precipitado a través del canal, que no fue suficiente para contenerlas, invadiendo no solamente el Rharsa, sino la vasta depresión del Fejey-Tris.

Los poblados de La Hamma, Nefta, Tozeur y otros habíanse salvado de la inundación, gracias a su situación elevada, y podrían figurar en el mapa coma puertos de mar.

Par lo que al Melrir respecta, el Hinguiz habíase convertido en

una gran isla central; y si Zenfig hablase librado, al menos Hadjar y su tropa de piratas acababan de desaparecer definitivamente.

El teniente Villette trabajo lo imposible par encontrar a sus compartiros, pero sus pesquisas no habían dada fruto. Después de registrar los alrededores del Melrir por el lado de las obras del kilometro 347, en las que no habían reparado los obreros, se dirigió a Nefta, a fin de organizar una expedición a través de las diversas tribus tuaregs.

Habia reunido a los conductores y a los dos espahies que, gracias a un incidente fortuito, habían podido escapar a la suerte de sus jefes.

En esta villa se encontraba cuando el temblor de tierra y cuando el *Benassir*, procedente de Gabes, llego a dicho punto en exploración del nuevo mar.

El comandante del aviso recibió la visita del teniente, a quien ofreció pasaje tan pronto se hubo enterado de la situación.

Lo que más urgía era ponerse en busca del capitán Hardigan, del ingeniero y demás compartiros. Asi es que el *Benassir*, navegando a todo vapor, después de atravesar el Rharsa, se lanzo por la superficie del Melrir, a fin de registrar los oasis de la Farfaria inaccesibles a las aguas del mar.

En la segunda noche de navegación las llamas que procedían del *tell* hicieron que el comandante pusiera hacia allí la proa del *Benassir*.

En cuanto el aviso hubo recibido a bordo los nuevos pasajeros, hizo rumbo hacia Tozeur, donde el comandante quería depositarlos y hacer llegar a sus jefes por vía rápida sus informaciones antes de proseguir su viaje de reconocimiento hasta los últimos limites del Melrir.

Cuando los fugitivos desembarcaron en Tozeur, el capitán Hardigan encontró el resto de su destacamento, cuyos soldados le recibieron con muestras del mayor júbilo.

Allí fue también donde el perro volvió a encontrar a su viejo amigo *Adelantado*, y no es posible expresar los testimonios de satisfacción que se cambiaron entre el perro y el caballo.

Todo esto en medio de una muchedumbre entusiasta, pero siempre sobreexcitada por todos los acontecimientos que habían rodeado el cataclismo, y que se agolpaba en torno a los primeros

exploradores del nuevo mar.

De pronto el ingeniero vio ante si a un desconocido que había llegado hasta el abriéndose camino a codazos, que le saludo primeramente en voz baja, y luego le dijo con un pronunciado acento exótico:

—¿Es al señor de Schaller en persona a quien tengo el honor de dirigirme?

—Me parece que si —contestó el interpelado.

—Entonces, señor, me honro en significarle que, según un documento autentico redactado ante notario, legalizado por el señor presidente del tribunal de primera instancia de la residencia oficial de la Compania franco-extranjera, con el *exequatur* del Residente general de Francia en Tunez, registrado en el folio 200, yo soy el mandatario de los liquidadores de la referida compañía, con amplios poderes para transigir o para litigar. En su nombre vengo a pedir a usted cuenta de los trabajos realizados por la sociedad representada, y que usted se comprometió a utilizar.

En la alegría desbordante que le iba invadiendo poco a poco, por haber encontrado a sus compatriotas y ver su obra concluida de modo tan fantástico, el ingeniero estuvo muy lejos de corresponder al tono solemne del desconocido, y le dijo con acento jocoso:

—Senor mandatario, el de los amplios poderes, un consejo de amigo: ante todo, procure usted tomar acciones del mar del Sahara.

Y como en medio de las manifestaciones y de las felicitaciones seguía su ruta, se puso a anotar los presupuestos de los nuevos trabajos que debían figurar en la relación que quería enviar ese mismo día a los administradores de la sociedad.

